THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY
865C64
Oc1918
ROMANCE
DEPARTMENT

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/corazonyabolengo00codo

19035
244
2el

Corazón y abolengo.

A.

Antonio Codorníu de la Matta.

Corazón y abolengo

(Novela.)

MADRID, 1918
Taller tip. de EL IMPARCIAL. - Duque de Alba, 4.

Obras de A. Codorníu de la Matta.

POESÍAS (un tomo de versos, 1916).

PROSA Y VERSO (Españolas, poesías; Deber y Amor, novela), con un prólogo de Antonio Zozaya.

865 C64
Oc1918 Romance

A D. Antonio Zozaya.

A usted, maestro de los maestros, dedico este libro. Para mí, el mayor mérito que puede tener es el de llevar su nombre ilustre en la primera página. Usted, que lo es todo, sociólogo, poeta, prosista, psicólogo, conocerá muy bien los defectos que tenga; pero su exquisita bondad sabrá disculparlos. Yo me creo muy honrado dedicándoselo con todo el afecto y consideración que se merece el amigo caballeroso y digno y el escritor que es gloria de nuestras letras.

A. Codorníu de la Matta.

Rom Fitzgerald 3m19 3d 5 Ap 19
417787

Es mi deseo dar a la Prensa mis más afectuosísimas gracias por los juicios críticos al juzgar mi obra anterior, *Prosa y Verso,* que, aunque ha sido la segunda que he publicado, puede considerarse como la primera, porque ésta fué poco conocida.

Debo agradecimiento a los críticos de periódicos tan serios como *La Epoca, La Mañana, A B C, La Acción, Revista General de Enseñanza y Bellas Artes, El Imparcial, El País, El Mundo, El Universo, La Ilustración Española y Americana, Heraldo de Madrid* y *Adelantado de Segovia.* Todos estos, unos, extendiéndose mucho; otros, menos, han hablado de mi libro, elogiándolo con afecto y deferencia que no olvidaré nunca.

Dos periódicos no han querido decir nada y otros dos me han censurado. No trato de rehuir la crítica, ni me molesta que hayan dicho que mi trabajo no ha sido de su agra-

do. Todo el que escribe tiene que pasar por esto. La opinión, muy respetable para mí, de estos dos diarios no enturbia lo más mínimo mi verdadero cariño a la Prensa. Además, sería un ingrato si olvidara las líneas que aquellos otros me dedicaron.

Cuando escribí *Prosa y Verso* no esperaba los elogios de tantos. Mis poesías son clásicas, es decir, *viejas, antiguas;* por eso ahora gustan menos; pero yo me habría engañado a mí mismo si hubiera intentado hacerlas de otro modo. Así siento la Poesía y así la escribiré siempre.

Para el eminente publicista que firma el prólogo de mi libro no tengo palabras bastantes. No me conocía; yo, entusiasta de él, le llevé el manuscrito; me recibió con la amabilidad peculiar suya, lo leyó, y con cariño escribió unas cuartillas que dieron vida a mi modesta obra. En mi alma quedaron grabadas las frases que me dedica aquel insigne escritor.

CORAZÓN Y ABOLENGO

I

Nada de extraño tenía que Rafael y Mariana se quisieran. Ramona, la madre de ella, fué una sirviente fiel que comió más de veinte años el pan de la casa de D. Sebastián de Colombí, el padre de Rafael. En los últimos de sus servicios como doncella fué una «institución». Además, había visto nacer a Rafael y a Conchita, su hermana; casi los había criado; fué el «perro de presa» de la casa, el coco de las demás criadas, la persona de confianza de los señores, y así se acostumbraron los niños a quererla. Conchita no salía nunca a la calle, como no fuera con su madre o con Ramona; por eso, cuando llegó el momento en que a María Rosa, la señora de Colombí, le dijo que se casaba, fué un día de verdadero disgusto. Luis, un honrado y simpático cajista, fué el encargado de

dejar a aquellos ilustres señores sin la mujer que era despensera, ama de gobierno, doncella, todo.

Luis y Ramona se casaron. Rafael y Conchita, que entonces eran muy pequeños, fueron a la boda; María Rosa, a pesar de su posición elevada, fué la madrina, y cuando volvieron de la iglesia, los niños, en el cuarto de Ramona, se entregaron al mayor de los desconsuelos. Ya no volvería más Ramucha, como ellos la llamaban; ya no les prepararía la cena; ya no acostaría a Conchita; y vendría otra, desconocida, huraña, con malos modos; y los dos hermanitos lloraban, costando no poco trabajo a su madre consolarlos.

Los primeros días iba Ramona, todas las mañanas, un rato a casa de sus antiguos señores; no podía pasar sin dar un beso a los niños, sin saludar a María Rosa; tenía también que dar su vuelta por la cocina; vigilaba, imponía a la nueva doncella que la había sustituído, en todos los oficios de la casa, y algunas veces se llevaba un regalito que, cariñosísima, le hacía Conchita. También tenía que ir algunos días Luis, cuando salía de la imprenta, y entonces los chiquillos se

disputaban la palabra para encargarle que fuera bueno con ella, que la quisiera mucho, que no la pegara, como hacía Matías con Juana, la portera. Y el bueno del cajista sonreía, y no le dejaban salir los niños mientras no les diera palabra de que nunca pegaría a Ramucha.

Todo esto ocurría por el año 1901.

Luis y Ramona fueron felices; ella, además de ser una mujer más que agraciada, era muy buena, muy dulce, muy obediente; lo fué de niña, y con más motivo había de serlo después, cuando estuvo tanto tiempo respirando el ambiente de orden y buenas costumbres de la casa de los Colombí. Luis, muy trabajador, sólo deseaba que llegaran los días de descanso para llevarse a paseo a su Ramona. No tenía amigos; los camaradas de su imprenta algunas veces se burlaban de él y le llamaban «el Enfaldado».

A los diez meses de esta unión nació Mariana. Rafael tenía doce años; Conchita, diez. Fué un día de júbilo en casa de don Sebastián. La niñita que a Ramona habían «traído de París» fué el juguete de Conchita. Rafael era un poco más formal y seguía con aprovechamiento sus estudios del Bachi-

llerato. Conchita siempre quería tener allí a la nena, chiquilla que, desde el principio, se vió que había de ser una criatura preciosa. Cuando tuvo cinco años, su cara era ya un cromo; la tez, muy blanca, como la de su madre, y el pelo, negro, formaban un bello contraste con aquellos ojos azules, de cielo, que entonces, juguetones y risueños, no presentían lo mucho que habían de llorar después.

Un inesperado suceso vino a ocasionar a aquellas dos familias, la de Luis García y la de D. Sebastián de Colombí, uno de los mayores disgustos. En el mes de marzo de 1907 quebró el periódico en cuya imprenta trabajaba Luis, y éste, como todos sus compañeros, quedó sin colocación. Estuvo dos meses sin hacer nada, al cabo de los cuales encontró una plaza de cajista en una Casa de Valladolid, adonde tuvieron que trasladarse, dejando muy apenadas a María Rosa y a Conchita.

El 16 de mayo salieron para la capital castellana, y a la estación fueron a despedirles todos, incluso D. Sebastián. Cuando el tren partió, Marianita saludaba con sus manitas

de nácar, Conchita lloraba, y hasta María Rosa se emocionó muy de veras.

*

María Rosa, desde que se casó Ramona, tuvo que dedicarse más al cuidado de la casa. La nueva doncella, como las otras criadas, tenía sus defectos; no había mas que una Ramona, estaba de non.

Así vivieron unos años las dos familias: la de Colombí, en Madrid, rodeada de las comodidades que permitían sostener los grandes ingresos de D. Sebastián; la de García, en Valladolid, disfrutando, en primer término, del cariño, que cada día se hacía más entrañable, entre el cajista y la antigua doncella, endulzado por aquel angelito, fruto del amor más puro. Luis tenía un buen sueldo; era un buen tipógrafo; así es que la criada de los señores de Colombí, dentro de su modesta posición, disfrutaba de un relativo bienestar.

Esto tenía muy contentos a todos en casa de D. Sebastián. Cuando llegaba el verano y marchaban al Norte salían a la estación de Valladolid, al paso del tren, Luis, su mujer y su nena. Ya sabían los de Colombí

que Mariana se iba haciendo una mujercita, porque muy a menudo les exigían que la retrataran; ellos les enviaban el importe de las fotografías; así es que en casi todas las habitaciones de la casa se veían retratos de Marianita, de busto, de cuerpo entero, con melenas, con papillotes, a los seis años, a los siete, a los ocho, a los ocho y medio, a los diez. Cada retrato era una sorpresa; en el último estaba más bonita. Y tenían razón; a los catorce años, ocho después que se marcharon de Madrid, ya Mariana estaba formada.

*

Dos años después, un día acababan de almorzar los señores de Colombí, y, de sobremesa, comentaban los sucesos políticos de actualidad. Don Sebastián hablaba con su hijo, que ya era ingeniero industrial, del mal cariz que en España iba tomando la política. Discutían, siempre con el respeto del hijo al padre. Don Sebastián era retrógrado, rancio; Rafael era un espíritu amplio, moderno; defendía las leyes novísimas; entusiasta del divorcio, nada más moral, como le decía a su padre. En política era casi republicano.

Esta manera de pensar tenía muy disgustados a D. Sebastián y a María Rosa, que querían que el ingeniero siempre fuera el niño dispuesto incluso a rezar el rosario, como hacía Conchita, que, a pesar de ser ya una señora casada, era dominada a su gusto. Vivía en otro piso de la misma casa, y como el marido pensaba de la misma manera que sus señores suegros, todos iban de acuerdo; todos, menos Rafael, que se había rebelado. El ingeniero era de la «cáscara amarga»; estaba suscrito a *El Liberal.* ¡Qué pecado!

Pues bien; cuando más entusiasmados estaban ese día discutiendo los individuos de la famosa familia de Colombí, se recibió una carta que causó gran alegría: la antigua sirviente volvía a Madrid; Luis había conseguido un puesto en la imprenta de uno de los diarios de gran circulación.

Y la misma escena de hacía diez años en la estación del Norte se reprodujo después; pero alegre, entusiasta. Cuando el tren paró y descendió del vagón aquella humilde y honrada familia hubo un desbordamiento de cariño. María Rosa y Conchita abrazaron a Ramona y a Mariana. Los viajeros saludaron a Javier del Río, el marido de Conchita.

Don Sebastián y Rafael no pudieron ir a la estación. El uno estaba muy acatarrado; el otro tenía un trabajo de importancia: el estudio de un puente.

La familia de María Rosa se llevó los viajeros a su casa; allí tenían que desayunar; allí estarían hasta que encontraran cuarto. Por el camino todo fueron alabanzas para Mariana.

—¡Qué guapa vienes, chiquilla! Ya la puedes guardar bien—le decían a Ramona—. Tienes una criatura preciosa.

Y, efectivamente, así era. Mariana estaba hermosísima. A pesar de tener sólo dieciséis años, su desarrollo, su cuerpo escultural, le hacían representar más edad. Eran tan bonitos aquel pelo negro, aquellos ojos azules, grandes, rasgados, en aquella cara de tez blanca como la nieve, que cualquiera, al verla, se quedaba asombrado. Su busto, gentil, con sus senos turgentes; la boca, chiquita, los labios, finos, de rosa: todo era escogido en Mariana.

—¡Qué gana tenemos—decía Luis—de ver al señorito Rafael!

En los diez años que estuvieron ausentes de Madrid sólo un verano fué a San Sebas-

tián con sus padres; de manera que hacía mucho tiempo que no se veían.

Cuando el coche paró delante de la puerta salió al encuentro Rafael, al que dejaron casi un niño, ya convertido en ingeniero, arrogante, guapo, de tipo varonil, un hombre de verdad. Don Sebastián, envuelto en su batín, también salió a recibirlos.

En aquella casa todos, menos Rafael, eran orgullosos; pero dejaban de serlo cuando se trataba de Ramona, a pesar de la vanidad, que siempre que tenían ocasión la demostraban en todo, principalmente en las armas de la casa de los Colombí, que lucían las colgaduras, los muebles, los membretes de las cartas, las portezuelas de los coches. No podían olvidar que Ramona fué honradísima, y, sobre todo, lo que había querido y cuidado a los niños. Así es que, cuando entraron en el vestíbulo, D. Sebastián alargó la mano al tipógrafo; Rafael no se contentó con eso: lo abrazó, besó a Ramona y saludó a Mariana, admirado por aquel conjunto de mujer, que no podía ni soñar. La fotografía es una mentira; no copia: sólo simula; los retratos no tienen expresión, no hablan, no sienten; los ojos permanecen inmóviles. Ma-

riana, en retrato, era una mujer bonita, pero nada más; en persona lo era todo: hermosa, gentil, ideal; hasta el timbre de voz era dulce. Aquel momento de alegría y de sorpresa fué el nacimiento de un afecto que después se convirtió en el cariño más entrañable, y que había de trastornar la vida de dos seres nobles y buenos.

II

Los años pasan muy de prisa. ¡Quién le hubiera dicho a Ramona, el día que entró en casa de sus señores, que allí mismo, en aquella habitación, había de pernoctar con su marido, y teniendo, además, una preciosa hija, ya mujer y orgullo de sus padres! Y así sucedía.

A la mañana siguiente de la llegada de los viajeros Luis se echó a la calle muy temprano; tenía que presentarse en la imprenta. Ramona, después de preparado el desayuno, que ella misma hizo para todos, fué a dar una vuelta por Valle-Hermoso; allí sería posible encontrar algún cuartito barato y cerca de los señores. Además, quería que Mariana entrara de costurera en la casa; estaría muy bien atendida y muy considerada, y, sobre todo, más sujeta; habida en cuenta

su belleza, no se la podía dejar en cualquier parte.

Para Rafael fué un cambio la llegada de los «chachos», como en broma les llamaba algunas veces. Antes siempre salía por las tardes, toda vez que empleaba las mañanas para trabajar. Desde que llegaron se hizo más casero; estaba más contento, pero huía de la gente, y sólo le agradaba la conversación de Mariana, que, en honor a la verdad, distraía. En Valladolid fué cinco años al colegio, y la chiquilla los aprovechó. Sabía leer y escribir muy bien, y las cuatro reglas de Aritmética; conocía la Geografía elemental, algo de Historia, y, como era muy lista, se fijaba mucho en las conversaciones, cogía palabras que a ella le agradaban, y resultaba, no una costurera, sino una verdadera señorita. En labores era un primor. Ya se lo decía María Rosa:

—Sé que haces muy bien el encaje de bolillos.

—No, regular; pero procuraré esmerarme y le haré a usted unos veletes para su cuarto que, aunque valdrán muy poco, tendrán el mérito de estar hechos con verdadero cariño; y, sólo por eso, ya verá cómo le gustan.

Y con mimo y coquetería infantiles acompañaba a la frase una sonrisa ideal. Coloradilla, bajaba la mirada al suelo, y, al unirse aquellas largas pestañas, se veían dos rasgos negros que cubrían el azul tan bonito.

El ingeniero la miraba con atención, serio, callado, observador; sólo en su interior repetía esta frase: «Es encantadora.»

*

Un día, a los ocho justos del arribo de la familia García a la corte, estaba Rafael en su despacho. Se inclinaba delante de la mesa de trabajo, ante el plano del famoso puente que la Compañía de Construcciones Metálicas le había encargado. No podía hacer nada. El compás, la regla graduada, el tiralíneas; todo era inútil para él. Maquinalmente los cogía, los variaba de sitio; equivocó un trazo, tuvo que rectificar con el raspador.

—¿Dónde está? ¿Dónde lo he puesto?—repetía—. No puedo hacer nada.

Y se llevaba la mano a la frente, que con furia frotaba, como si quisiera arrancarse el estorbo que separaba aquel hermoso cerebro del papel que tenía delante.

—Pero ¿qué me sucede?—exclamaba—.

¿Qué influencia tiene en mí esta mujer, esta niña? No soy un chiquillo, y, sin embargo, estoy cometiendo niñerías. ¿Qué me ocurre?

Y en esta reflexión estaba cuando apareció por la puerta del despacho la figura encantadora de Mariana, que llevaba una carta para el ingeniero.

—¿Estorbo?—preguntó.

—Tú, nunca; al contrario: me causas una gran satisfacción, porque *hacía tiempo* que no te veía. Desde ayer por la mañana. ¿Dónde estuviste después de almorzar, picarona, que no vi en toda la tarde esos ojos traviesos?

Mariana se puso muy colorada; bajó los párpados; después reaccionó, se repuso; mujer al fin, le sorprendió la lisonja, pero la agradeció.

—Fuí con mamá a buscar casa; estamos abusando demasiado de la hospitalidad que ustedes nos dispensan.

—No digas eso. Nosotros tenemos mucho placer en que estéis aquí. Ahora la casa está más animada. El carácter de mis padres ya sabes que es serio, taciturno; yo, abismado en mi trabajo, apenas salgo del despacho. Ahora hay alegría; te tenemos a ti, chiqui-

lla gentil, pajarita juguetona, que, como la auténtica que va de rama en rama, idealizando la primavera con su gorjeo encantador, así vas tú de cuarto en cuarto de esta lóbrega casa, que antes era una cárcel y ahora es un paraíso.

Mariana volvió a bajar los ojos al suelo; pero ya no se puso colorada.

—¡Uy, cuánta poesía!—exclamó la costurera con su gracia peculiar.

—Oye, Mariana, ¿por qué no estudias? Y no te lo digo porque crea que no tienes la suficiente ilustración para hacer un buen papel en sociedad—¡cuántas burguesas quisieran expresarse como tú!—; pero te hago esta reflexión porque... te lo voy a decir: porque mi afán es que no seas costurera; tú debías estudiar la carrera de maestra o de comercio.

—Mi tío Paco quería que estudiara algo; pero, claro... mi padre, el pobre, para eso tiene poco sueldo. Además, ayudo a mamá en los quehaceres de la casa cuando estoy en ella; y fuera, gano; la costura siempre da algo, aunque poco.

—Pero una mujer como tú no puede estar rodando de casa en casa, expuesta siempre.

No, no es posible; yo no lo quiero y no será. Si tus padres no pueden soportar ese gasto, yo me encargo de tu educación.

—¿Usted?—preguntó Mariana con asombro.

—Yo, sí.

—Pero usted tiene sus obligaciones; empieza ahora su carrera, y, aunque gana mucho, lo necesita para sus caprichos; además, es muy joven, y ¿qué dirían si supieran que sufragaba los gastos de una costurera?

—Pues dirían que hacía una obra de caridad.

—Eso no puede ser, señorito Rafael.

—No me llames señorito; tutéame.

—¡Está usted loco! ¿Y el mundo? ¿Y la sociedad? ¿Y la posición elevada de usted y de sus padres?

—¡El abolengo! ¡Para mí, el odiado abolengo, la sociedad, el mundo! Y ¿qué es eso? Un conglomerado de mentiras, una farsa. Yo soy un hombre libre; me rebelo contra esa sociedad que quiere acorralarme; protesto de ese mundo que fustiga al hombre cuando tiene cierta posición y quiere unir su alma a la de una mujer sencilla.

Mariana palideció; comprendía el rumbo que la conversación iba tomando.

—Mis teorías son independientes, pero sanas—exclamaba el ingeniero—. Para mí, es más digna la querida de un hombre cuando es buena, lo ama y le guarda fidelidad, que la esposa muy correcta en la forma, pero que le falta aunque sólo sea con el pensamiento. ¡Adulterio mental!... ¡Ay! Perdona, Mariana; estoy loco, loco; creí que discutía en el Casino... ¡Pobre niña! Podía lastimar tu inocencia; podía herir tu sensibilidad, tan delicada, tan dulce; perdóname.

—Tiene usted un corazón hermoso. No se preocupe; no ha dicho nada de particular.

—No he dicho nada, pero pienso mucho. En primer lugar, pienso que no hay derecho para impedir que un hombre destroce su corazón.

—Pero ¿por qué defiende con tanto calor esas teorías, que nadie profesa mas que usted, señorito Rafael?

—Ya te he dicho que no me llames señorito; lo exijo, lo ordeno.

—Bueno; le llamaré Rafael; pero no de «tú». Eso no lo conseguirá; me da vergüenza.

—Todo vendrá por sus pasos contados. Así llegará también el instante en que pueda decirte: «Ya lo ves, Mariana. ¿Me preguntabas por qué defiendo con tanto calor esas teorías? Pues aquí tienes... Porque me caso. Ya no soy el nieto del ilustre barón de Ronser; he quemado los pergaminos que me correspondieron, o los he cedido todos a favor de doña Concepción de Colombí y su distinguido esposo. Tomadlos; para vosotros todos; grabadlos en vuestra vajilla; recreaos; yo sólo soy un hombre de carrera, y, si queréis dinero, tomadlo también; os dejo; me voy con mi mujer, que no tiene armas en su escudo, pero tiene corazón; sus pies diminutos no han pisado tapices, pero su alma inmensa sabe querer como no queréis vosotros, seres vanidosos, enfatuados; es sencilla, pero es digna; es pobre, pero es honrada.

Mariana sentía que el rojo le subía a la cara. Estaba intranquila; le agradaba la conversación, y, sin embargo, hubiera querido escapar. Admiraba a aquel hombre caballeroso, que era todo corazón.

—Y si no queréis volver a verme—añadía Rafael—, tanto mejor para mí; me da lo

mismo. Idos, y yo con ella me voy, lejos de vosotros; no necesita soportar vuestros desaires, vuestras ofensas. Ya no es menestrala: ya es la mujer de un ingeniero; yo no desciendo a ella: ella se eleva a mí. Para ella trabajaré. Vosotros, con vuestro dinero y vuestros medios, no quisisteis ayudarla; yo, en cambio, evito que siga siendo costurera.

—¡Por Dios, Rafael, está usted loco!—dijo Mariana, ya fuera de duda.

—Lo que quieras: locura o delirio; pero sólo por ti, hermosísima mía.

Y por primera vez apretó aquellas manos suaves y nacaradas de la doncella, que abrasaban, y cuyo corazón latía con violencia.

—Pero ¿usted ha pensado bien eso? ¿No sabe que sus padres se opondrían?

No pudo continuar; un ruido de pasos en la galería anunciaba que alguien se aproximaba al despacho del ingeniero. Los dos se miraron, se comprendieron, y ella, ¡oh dominio de las mujeres!, como si ya fuera muy ducha en el arte del disimulo, exclamó:

—Sí, señorito Rafael; aquí tiene usted la carta...

*

Las pisadas se aproximaron, y no eran otras que las de Petra, la primera doncella, que no podía ver a Mariana. Petra era muy fea; con eso basta. ¡Desgraciada la mujer hermosa que tiene cerca otra que no haya sido dotada por la Naturaleza de un cuerpo o de una cara gentil! Para ésta, la bonita siempre ha de ser una loca, una coqueta. En España, sobre todo, el mayor enemigo de la mujer es la mujer misma.

Entró Petra en el despacho, miró en derredor, estaban solos. Dió el recado: el director de la Casa constructora reclamaba su presencia. Volvió a mirarlos, sobre todo a Mariana, con atención. Las mujeres son muy observadoras. Si hubiera sido un hombre no se habría fijado. Petra echó una ojeada a la cabeza de Mariana.

—No está despeinada—dijo para su interior—; pero es una loca.

Volvió a salir. Detrás, Mariana, que no sabía cómo iba: si contenta, satisfecha, preocupada. ¿Qué nuevo horizonte se presentaba a sus ojos? ¿Sería un sueño? ¡Nunca se lo hubiera figurado! El señorito Rafael, a los ocho días de verla, enamorado de ella, y tan ciegamente. ¡Oh! Eso era una locura;

después vendría la reflexión. Además, ya pronto saldrían de la casa, y, como decía Robustiana, la cocinera, «Si te he visto no me acuerdo». Pero ¿y cuando volviera a coser? Otra vez renacería ese amor, se aumentaría cada vez más, y, si se empeñaba en casarse... entonces... ¡Oh, corazón humano! Mariana pensaba, y, a pesar de ser tan sencilla, la vanidad enloquecía su mente.

—¡Yo, la hija del tipógrafo, convertida en la mujer del ingeniero! Iré con él de su brazo; tendremos visitas, todas personas muy ilustres; tendré mi criada, que me sirva; ¡vaya, ya lo creo! Y cuando lo sepan mis amigas... La hija del señor Mariano, que tanto *postín* se da porque su padre está en la Diputación. ¡Pues ni que fuera... un diputado!...

Todas reflexiones propias de chiquilla; de ser una mujer más cuajada hubiera pensado en el varón, en el hombre; su imaginación habría sido un poco sensual. Mariana era muy joven; su cuerpo era de mujer, pero su alma era de niña.

III

Al día siguiente ya los señores de Colombí sabían por Petra que Mariana estuvo en el despacho del señorito Rafael un gran rato. La había visto entrar con la carta para el ingeniero, y, mucho tiempo después, los sorprendió de *palique*. No cabía duda que al señorito le gustaba la «costurerilla», y recalcaba la frase con desprecio.

—¡Luego, tanta inocencia!—repetía Petra—. Que si buena, que si fina, que si tal, que si cual...

Y volviendo la cara en dirección del cuarto de Mariana exclamaba, con rabia:

—¡Fea!

Don Sebastián y su costilla, reunidos en el tocador de ella, conferenciaban muy preocupados. El notición que Petra había puesto en su conocimiento les había dejado estupe-

factos. Hacía tres días que lo sabían, y en tres noches no pudieron conciliar el sueño.

—¿Qué hacer, Dios mío, qué resolución tomar?—exclamaba D. Sebastián—. Radical tiene que ser.

—Hay que andarse con cuidado—repetía María Rosa—. Rafael no es un niño; ha cumplido veintiocho años, y ya sabes que nuestro hijo tiene una voluntad muy firme.

—Sí; pero ahora hay que jugarse el todo por el todo. A la fuerza hay que separarlos. No creo que mi hijo sea capaz de dar su limpio apellido a esa... esa... mujer. ¡Casado con una costurera, con la hija de su criada, el nieto del ilustre barón de Ronser y sobrino del no menos ilustre barón actual, mi caballeroso hermano, e hijo de D. Sebastián de Colombí y de Manceras, Pacheco, Bernaldo de Quirós, Suances y Alesteni!

No se dió ningún adjetivo; pero se apropió los apellidos de sus padres y abuelos.

—No, no hay que pensar en ello; descartado. Mi hijo no sería tan loco; tiene mucho talento, y el talento es el timón en el hombre.

—Sí; pero a veces el timón se rompe—replicó María Rosa.

—No; aquí lo único que puede ocurrir, y eso es lo que hay que evitar, es el amancebamiento. En casa, desde luego que no lo toleraría; pero es que tampoco quiero que sea fuera. Esa mujer es muy peligrosa. Es muy guapa y, desgraciadamente, es muy honrada; por lo menos, hasta ahora.

—¿Dices desgraciadamente?

—Sí; porque sé que si fuera una loca no habría peligro alguno: un capricho, unos días, y se acabó; conozco bien a mi hijo. Pero una mujer joven, honrada, bien educadita, y, sobre todo, hermosísima..., ¡uf!, ¡horror! No quiero pensar la catástrofe que podía acarrear a esta casa.

María Rosa se llevó el pañuelo a los ojos.

—¿Y si tú le invitaras a hacer un viaje contigo?—exclamó la señora de Colombí.

—No aceptaría. Además, ya sabes que ahora está muy ocupado con la preparación de los planos del puente, obra que hará célebre a nuestro hijo.

—¿Y si tú te fingieras enfermo, y yo tuviera, por mi reuma, que tomar unas aguas y necesitara que él me acompañase?

—Pues te irías sola; pero no con tu hijo.

Quedaron un instante en silencio. De

pronto se dió D. Sebastián, con la palma de la mano, un golpe en la frente.

—Ya está, ya tengo la solución—replicó—. Magnífica, soberbia, radical. No volverá a ver a Mariana. ¡Ah, gracias, Dios mío, que me habéis iluminado!

—¿Qué es ello? ¿Qué se te ha ocurrido?

—La Compañía de Construcciones metálicas necesita ampliar el estudio del puente. El ingeniero constructor tiene que salir para Inglaterra. Mi hermano es íntimo amigo del director; se le expone el caso con reserva; un favor, de caballero a caballero; yo pago los gastos; la Compañía nada tiene que perder; mi hijo viaja, se ilustra, se distrae, olvida, y, cuando vuelva a Madrid, ya no está aquí Mariana.

—¿Cómo?

—Esa es la segunda fase del asunto. Mientras él está en Inglaterra, yo hago gestiones en cualquier parte, en Coruña, por ejemplo, que está muy lejos; busco a Luis una plaza de cajista en aquella ciudad, cueste lo que cueste; aquí no es difícil conseguir que le despidan, y todo arreglado. No volviéndola a ver, se acabó el amor.

—Esta segunda parte no la encuentro tan

sencilla como tú crees. Luis es un obrero muy querido en todos los talleres. Si pudieras conseguir que lo despidieran de la imprenta, encontraría otra.

—Pues en seguida iría Sebastián a hablar con el gerente, y ya me las arreglaría yo para conseguir que no le admitieran.

—Pero ¿ibas a hacer eso? ¡Tú, tan bueno!...

—Por el honor de un hijo se hace todo. No hay tiempo que perder; ahora mismo voy a ver a Fernando.

*

No había pasado media hora, y Sebastián de Colombí entraba en la morada de su hermano el barón de Ronser. Un criado de librea abrió la puerta.

—¿Está mi hermano?

—El señor barón ha salido, y por casualidad me he enterado de que ha ido a casa de D. Ramón de Curcellas.

—¡Ah, magnífico! Más oportunidad no puede darse.

El Sr. Curcellas era el director de la Compañía constructora.

—Me voy; no puedo detenerme. Dígale a

la señora baronesa que tengo mucha prisa, que me perdone que no entre a saludarla.

Y tan ligero como le permitían sus cincuenta y cuatro años, bajó la escalera, tomó un coche y dió la orden «A la calle de Serrano, número... De prisa, cochero; una peseta de propina».

Y el auriga no se hizo rogar. Bajó la calle de Alcalá disparado; frente a la del Barquillo, por poco atropella a un transeunte; el cochero daba palos; el caballo galopaba. En el bulevar de Recoletos el coche se deslizaba rápido por el asfaltado. ¡Oh, fuerza de la peseta! Si hubiera tenido que llevar un herido o un enfermo pobre habría llegado a la Casa de Socorro con retraso; pero las buenas propinas tienen mucha influencia, sobre todo con los cocheros de alquiler.

El carruaje paró. Dos pesetas, cara de satisfacción del automedonte, que se quedó mirando al señorito. «Este es un caballero—exclamó para su interior—. ¡Qué pocos hay así!...»

Don Sebastián de Colombí no esperó a que bajara el ascensor, que estaba desempeñando un servicio. Subió la escalera corriendo; en el segundo tramo tuvo que pararse; se

ahogaba, y así no podía entrar en la casa. Se convenció de que era un inocente todo el que subía de prisa los escalones; el que va despacio llega antes. Ya más tranquilo, volvió a reanudar la marcha. Llamó.

—¿Está el Sr. Curcellas?

—Sí, señor; precisamente está con el señor barón de Ronser.

Curcellas, muy atento, saludó al hermano de su amigo; lo mismo hicieron ellos.

—¿Qué le trae a usted por aquí? Siempre será algún asunto de su hijo. ¡Ah, padrazo!

Y a la frase acompañó la demostración afectuosa consabida: un golpecito en la espalda.

—Pues, sí, señor; se trata de mi hijo.

Y D. Sebastián de Colombí hizo a Curcellas historia del asunto que con tanta urgencia le llevaba a su casa.

Muy reacio se mostró D. Ramón al principio; pero su gran amistad con Ronser influyó no poco en la resolución que al fin se convino entre los tres.

—Concedido—exclamó Curcellas—; pero denme ustedes un poco de tiempo: ocho o diez días; necesito preparar el asunto; hay que estudiarlo; no podemos obrar a ciegas;

no se puede hacer viajar «sin ton ni son» a un ingeniero de la Casa. Tengo que avisar a los fabricantes de Londres; hay que ver a qué obra le mandamos para su estudio.

—Sí, sí; no es cosa de veinticuatro horas —replicó Ronser—. Tú, Ramón, te tomas el tiempo que te haga falta; la cuestión es no dar el golpe en vago. Ya sabes que Rafael no tiene un pelo de tonto, y hay que evitar que sospeche, porque entonces todo se iría al suelo: dejaría la carrera, perdería el respeto a su padre, a mí, a todos, y vendría la catástrofe.

—Pero ¿usted—dijo Curcellas dirigiéndose a D. Sebastián—cree que con una ausencia de quince o veinte días se conseguirá acabar con esos amores?

—Afortunadamente, hemos acudido a tiempo—contestó el más joven de los hermanos.

Le pareció inoportuno hablarle de sus propósitos respecto a Luis.

—Sí; pero no se olvide—respondió el director—de aquel refrán «Ausencia es aire»...

—Cariño no puede existir; hace muy pocos días que se conocen. El amor, la ilusión, el capricho, o como usted quiera llamarlo, tiene que ser ahora muy relativo.

—Mejor; más vale así.

Y terminó la conferencia. Se despidieron los dos hermanos, y juntos abandonaron la morada del director.

*

En la calle cada uno tomó la dirección de su respectivo domicilio. Don Sebastián llegó al suyo contento; se había quitado un peso de encima. Contó todo a María Rosa; ella no estaba tan satisfecha. ¿A qué era debido ese pesimismo? ¿Es que la mujer, en cuestiones de amor, es menos confiada que el hombre? ¿Es que las madres quieren más a los hijos varones, y el cariño le hacía estar sobre aviso? No; no era eso. Era que María Rosa, además de tener más inteligencia que su marido, conocía mejor a su hijo, sabía lo hombre que era; aquella voluntad fuerte, indomable, de hierro, le asustaba. De niño, gracias al carácter enérgico de ella, pudo educarlo. Ahora le creía capaz de todo: de escaparse con Mariana—¡qué campanada sería!—, de atravesarse el cráneo de un balazo —esto la horrorizaba—. Hizo que se quedaba tranquila, por no apurar más a su marido; pero allá en su pecho el corazón de ma-

dre sufría de una manera angustiosa. ¡Oh, los hijos, cuántos disgustos dan! ¡Cuánto se sufre con ellos! ¡No compensan los ratos de alegría estos de desesperación! Y, simulando que colocaba bien un cuadro que estaba torcido, dió la espalda a su marido para llorar. Él lo notó.

—Pero ¿a qué viene eso? Es lo que debes hacer: que tu hijo te vea llorar, y ya verás cómo entonces se arregla esto. Y, después de todo, le das más importancia. Una cosa es lo que yo he hecho: poner los medios acudiendo a tiempo, y otra que tú te desesperes; cuando, en último término, aun no sabemos con seguridad si le gusta la chica.

¡Qué equivocado estaba el señor de Colombí! Él hizo sus gestiones, por si acaso; pero creyendo que su hijo, todo lo más a que podría llegar sería a un amancebamiento, como él decía.

Este fué su gran error. Rafael era honrado; Mariana era pura, virgen; no se merecía eso. Su físico era sorprendente; la parte moral, magnífica; su inteligencia, despejada; sabía y quería aprender; sería una excelente compañera. Por otra parte, pensaba en el cariño a Ramona y a Luis. ¿Era digno

pagarle a ésta los cuidados que le prestó cuando fué niño, aquellos desvelos, aquellas malas noches? Todo lo que hizo por él y por su hermana, ¿se lo pagaría seduciendo a su hija, a su única hija, orgullo de aquellos honrados padres? No; de ningún modo; él era un hombre de honor; Mariana era buena, formal; pero, aunque no lo fuera, aunque quisiera entregarse, él no lo permitiría. ¡Pobre Rafael! El amor que empezaba a germinar en su corazón era tan puro, que le hacía concebir una idea que ningún enamorado puede afirmar.

IV

Desde que los padres de Rafael se enteraron de la conferencia de su hijo y la costurerita procuraban eludir los encuentros con él; sin embargo, no tenían más remedio que verse en la mesa. Don Sebastián cogía un periódico y hacía que leía. Rafael notaba algo extraño; pero María Rosa, con más dominio que su marido, procuraba hablar de cosas indiferentes, y hasta sonreía.

—Ahora no vas al teatro, hijo mío, como el año pasado. No has estado en el Real ni una noche siquiera.

—No tengo gana de teatro, madre; además, ya sabes que estoy muy ocupado.

Quedaron callados. María Rosa volvió a preguntar:

—¿Ya es un hecho la obra del puente, Rafael?

—Sí.

—Y ¿dónde va a colocarse?

—A la izquierda del de Toledo, donde están haciéndose las obras de canalización. De éste al de la Princesa de Asturias hay alguna distancia, y el que nosotros construímos estará a la terminación del paseo del Canal, que, unido al de Santa María de la Cabeza, formará una magnífica vía. Se llamará el puente de la Renovación.

—Y ¿por qué?

—Porque será construído en la época de renovación de España, que también abarcará al Ayuntamiento de la muy ilustre y muy heroica villa del Oso y del Madroño. El Municipio, para celebrar esa renovación y el fin de la guerra europea, construye ese puente, que tendrá la novedad de ser colgante.

—Y ¿tenéis modelo?

—Sí, el de Brooklyn, en Nueva York; pero, claro es, en pequeño.

Don Sebastián levantó la vista del periódico.

—¡Ah, demonio!—dijo para su interior—. Nueva York; he ahí una cosa en que yo no había caído. Mejor sería enviarlo a los Estados Unidos que a Inglaterra.

Terminaron de almorzar. Don Sebastián se levantó en seguida y se dispuso para marchar a casa de su hermano; tenía que poner en su conocimiento lo ventajoso que sería para el logro de sus fines que Rafael marchara a América. No había tiempo que perder.

*

La nueva conferencia de los dos hermanos con el director de la Constructora no dió el resultado que ellos deseaban. Era demasiado. Además, la Dirección de la Compañía había desistido del modelo del puente de Brooklyn, y en su lugar se construiría el que indicaba la Memoria, que aquel mismo día fué enviada al ingeniero: un modelo del llamado Britania Tubular Bridge, de Menai, en Inglaterra.

Esto agradó mucho a la Comisión técnica del Ayuntamiento, porque se hacía en doble tubo de hierro para resistir las grandes crecidas; así, aunque el Manzanares alguna vez se sintiera un Volga, no había el menor peligro para el gran puente de la Renovación.

Grande fué la sorpresa de Rafael cuando se encontró en su casa la Memoria; pero ma-

yor la tuvo cuando, en el despacho del director, éste le dijo que tenía que ir a Menai.

Rafael quedó petrificado.

—Pero ¿a Inglaterra ha dicho usted?

—Sí, sí; a Menai. Tiene que marchar en seguida; allí estudia bien la cuestión de los estribos, que sobre eso he visto que hay deficiencias en la Memoria. Después va usted a Portugal, porque también tiene que estudiar la forma en que están las varillas del de Oporto, que es el que copiaremos en ese detalle.

—Pues están con los cuchillos extremos en talud—replicó el ingeniero.

El director quedó un poco confuso.

—En fin: mañana—le contestó—daré a usted las instrucciones precisas; hoy es tarde; además, veo que su semblante no acusa una salud completa.

—Sí, estoy enfermo — contestó el ingeniero.

Y salió del despacho.

No veía; estaba loco; una ola de dolor y de rabia pasaba por su pecho; el mundo se le caía encima. ¿Qué sino fatal se empeñaba en destruir sus planes? ¡Él, que había pensado compaginar el deber sagrado con

aquel sueño ideal que hacía unos días endulzaba su alma! Necesariamente tenía que salir para Inglaterra; un viaje lo menos de un mes, una ausencia cruel, que le impediría ver a Mariana, y ella, sola, se olvidaría de sus palabras, las que le dirigió cuando fueron sorprendidos por Petra.

Ella no le había dado el «sí» soñador, que esperaba impaciente; pero como si lo hubiera oído. No era posible que se negara a corresponder al cariño de un hombre que le brindaba una posición mucho más elevada que la suya; pero le contrariaba este viaje, cuando precisamente tenía que dejar solucionado este asunto.

—No hay tiempo que perder; voy a buscarla—exclamó el ingeniero.

Llegó a su casa; en el cuarto de costura estaba Mariana. Se enteró de que Petra había salido para hacer unos recados; la otra doncella no era importuna, no los molestaría; Juan, el criado, limpiaba el calzado en su cuarto; la cocinera preparaba la cena. La ocasión era a propósito, puesto que Ramona también estaba ausente.

Se acercó a Mariana, y muy bajo le dijo:

—Ven en seguida a mi despacho; necesito hablarte.

A los dos minutos volvían a encontrarse solos el ingeniero y la costurera.

*

—Te llamo, Mariana, para que me contestes categóricamente a lo que te dije el otro día en esta misma habitación.

—Pero ¿no comprende que eso es imposible? Hay un abismo entre usted, ingeniero ilustre, heredero de una gran fortuna, y yo, pobre menestrala, hija de un obrero.

—Tú eres una mujer excepcional y honradísima, como lo son tus padres; los míos son ricos, es verdad; pero... para ellos. Tendrán sus pergaminos, oropel fastuoso y ridículo, impropio de estos tiempos, en que el talento y el trabajo se abren más camino que la fortuna. Ellos tienen sus millones; yo soy un luchador. Es indudable que debo a mi buen padre mi educación; él me preparó, me inculcó la honradez y la caballerosidad; después lo hice yo todo. Hoy soy un hombre independiente; lo que valgo, a nadie mas que a mí me lo debo; por lo tanto,

tengo derecho a elegir la mujer que ha de ser la compañera de mi vida.

—Sí; pero su padre se opondrá cuando se convenza de que desea llevar a la práctica sus proyectos. A mí se me despreciará, se me arrojará de esta casa; mis padres, que tanto les consideran, serán igualmente expulsados, y mi madre, sobre todo, tan buena, sufrirá lo indecible. Quizá no pudiera soportar el dolor de no venir a verlos, de no abrazar a la señorita Concha, a quien tanto quiere, con quien peleó tanto. ¿No comprende, Rafael, que esto es horrible? ¿No ve que ahora, que se está a tiempo, se debe poner el remedio? Yo me marcho de aquí; me iré lejos, muy lejos, donde no me vuelva a ver, para que pueda olvidarme. Cuando pasen los meses ya no se acordará de Mariana. Distraído con su trabajo, y quizá rodeado de alguna damita que sus padres le busquen, irá su corazón insensiblemente inclinándose a ella, y el ilustre ingeniero concluirá por darla su nombre; pero no se olvide de esto: si es pobre, buscará su dinero para lucirlo; si es rica, los pergaminos de su padre para satisfacer su vanidad, y, mientras tanto, la infeliz costurera se morirá en un rincón, pen-

sando siempre en estos instantes, los más dichosos de su vida.

—Nunca te irás de mi lado, o yo partiré contigo; abandonaré a mis padres; todo, antes que dejar a mi Mariana, que separarme de este pedazo de mi alma, que es lo que más quiero...

Y entre sus manos estrechaba las de la doncella, que al contacto de sus carnes establecían una corriente rápida, fulminante, de delirio.

—¡Locuras!...

—Deberes ineludibles y sagrados me obligan a salir para Inglaterra; no sé el tiempo que estaré fuera; creo que poco; pero antes necesito oir de tus labios que dejaré aquí una mujercita que en mi ausencia no me olvidará, y que cuando vuelva me recibirá amantísima. Mientras dure mi viaje me escribirás todos los días, para que sepa que no dejas ni un solo instante de recordar a este hombre, que ya sólo vive para ti.

Mariana lloraba; fueron las primeras lágrimas que de mujer vertía. Aquellos ojos, tan bonitos y tan risueños, empezaban a sufrir. Ella, que diez o doce días antes llegó a Madrid tan contenta; que todavía, a su edad,

no debía pensar en nada serio; que era una niña, que casi no hacía dos años que jugaba a las muñecas, se hallaba comprometida ahora en unas relaciones formales, y con un hombre de veintiocho años. No le cabía duda que Rafael la quería.

De pronto le asaltó una idea. ¿Intentaría aquel hombre, de mucha más posición que ella, hacerla su querida?... ¡Horror! Rápidamente se acordó de sus padres. «¡Pobrecillos! ¡Qué sería de ellos!»—exclamó para su interior.

Instintivamente comprendió Rafael lo que aquella cabecita pensaba; sus lágrimas, su indecisión...

—Tú serás mi mujer, Mariana, no sólo ante mi corazón, sino ante las leyes, ante Dios; no dudes un momento de mi sinceridad.

Aquellas palabras, salidas del alma, la convencieron. Sus ojos se quedaron fijos en los del ingeniero; los dueños callaban, pero ellos hablaron mucho; era el «sí» deseado, la mirada penetrante de amor, el refrendo de aquel idilio, que para él empezó el mismo día que llegaron.

Y cogió las manos de la chiquilla y las

besó con locura. Ella quería retirarlas; le parecía que aquello era muy grave.

—No, no—decía—; me marcho, que pueden venir. ¡Que nos van a ver! ¡Loco... loco! ¡Te quiero con toda mi alma... pero déjame!...

Y rápidamente dió un brinco de corza y se alejó por la galería.

El «Te quiero con toda mi alma» hizo a Rafael el más feliz de los hombres. Desde la puerta contemplaba aquel cuerpo escultural, que al fin sería suyo.

—¡Oh, suerte querida, qué dicha más inmensa me das!—exclamó el ingeniero.

*

A los tres días, en el despacho del director, se ultimaron los detalles del viaje de Rafael. Iría a todo gasto por cuenta de la Constructora. Tuvo suerte D. Sebastián; la Compañía no tenía más remedio que pagarlo, puesto que había que justificar ese viaje en el «Haber» de la misma; además, al variar el modelo del puente tenía que ir, efectivamente, a Menai.

Esta conversación a que nos referimos tuvo lugar el día 4 de abril. Se convino en

que el ingeniero saliera para Inglaterra al día siguiente, 5, en el expreso de Francia.

Mariana no fué a la estación; hubiera dado que sospechar, y había que evitarlo a toda costa. El último adiós fué conmovedor. Ya, por la mañana, habían paseado por la Moncloa y el Parque del Oeste.

—Que no me olvides un momento—decía él—; que no dejes de darme noticias todos los días. En París no me detengo sino el tiempo preciso para tomar el tren de Calais. Desde este punto telegrafiaré, y esa será la primera noticia que tendrás de mí. Después, mi carta. Ya sabes que estoy en el Mathys Hotel; apúntalo; no lo olvides, porque tienes que escribirme mañana mismo, para que sepa de ti lo antes posible.

Y le dió un lápiz y un pedazo de papel.

—¿Dónde vas a escribirme?—preguntó el ingeniero.

—En mi cuarto, por la noche; no podré ser muy extensa, porque dispondré de poco tiempo, para no llamar la atención si tengo un gran rato la luz encendida. Ya sabes que se ve por el montante desde el cuarto de Petra.

—No te olvides que tienes que recoger

mis cartas por la mañana, que por las tardes no está Manuela, la frutera. Ya sabes que mi afán es que salgas sola lo menos posible. No te olvides de esto, que es muy importante.

—Todo lo haré como tú deseas.

—¡Qué preciosa eres!... ¿Me quieres mucho?

—¡Con toda mi alma!

—¿Vas a quererme siempre?

—Con locura.

—¡Bendita seas, rica de mi vida! Que no salgas sola, ¿eh? ¿Lo vas a hacer así?

—¡Sí, tontín, Rafael mío!

Aquel paseo de amor fué el último y fué triste y delicioso... No había más remedio que terminarlo. Para los enamorados pasan las horas volando.

Mariana y Rafael se prometieron amor eterno; hubo lágrimas, apretones de manos, juramentos de cariño entrañable.

Por la noche, en el momento de subir al coche, ella bajó a la puerta, con su madre y con los criados, para despedirle; los padres de Rafael le acompañaron a la estación. Mariana había llorado; se le conocía, aunque se lavó los ojos. ¡Pobrecillos enamorados! Era

un amor de pocos días; pero como la chispa eléctrica, que hiere rápida, así los hirió en el corazón esa ilusión que embriaga de placer y de dicha cuando en la vida se encuentran dos seres que se comprenden y se aman y sus almas les anuncian que nacieron el uno para el otro.

Una hora después regresaban los señores de Colombí de la estación, satisfechos, como el que ha realizado una gran acción.

—Se acabó el peligro — exclamó D. Sebastián.

Al poco rato, y cuando se cenó, todo era tranquilidad en aquella casa. Todos dormían; todos, menos Mariana, quien se pasó la noche sin poder conciliar el sueño hasta la madrugada, en que el cansancio la rindió.

V

Mariana hubiera querido escribir aquella noche para echar la carta al día siguiente; pero no pudo; no tenía cabeza para eso. En tan pocos días pasó la pobre por una serie de impresiones que necesariamente tenían que abatirla: primero, la llegada a una casa donde no tenía confianza; después, la declaración del ingeniero, y ahora, su separación.

Al día siguiente, 6 de abril, D. Sebastián empezó sus gestiones para conseguir que a Luis le dieran de baja en la imprenta, y al mismo tiempo escribió a su amigo de La Coruña Roque Maserto para que le buscara allí una plaza de cajista. Este era un asunto que tenía que llevarlo Colombí con mucho tacto, porque cualquier imprudencia hubiera hecho descubrirlo, sobre todo en Madrid; aquí había que tener cuidado de que nadie se en-

terara, ni aun el mismo regente de la imprenta, al cual había que sorprender en su buena fe. Él todo lo arreglaba con el ajustador, inmediato superior de Luis. Don Sebastián sabía que le iba a costar miles de pesetas; pero lo que él pensaba: «Unos se lo gastan en caballos, en automóviles; otros, en viajes, en reuniones; yo emplearé el dinero en evitar a mi hijo una desgracia.»

Rafael pasó la noche como se la esperaba: preocupado, sin poder dormir. Cuando el tren llegó a Valladolid ya habían perdido tres horas. Entonces era muy molesto viajar por la línea del Norte, por los grandes retrasos que llevaban los trenes. La huelga que tuvieron en agosto obligó a la Compañía al despido de 1.500 empleados, y esto, unido a la mala calidad de los carbones, ocasionaba retrasos, continuos accidentes; en una palabra, un desbarajuste enorme en los transportes. Cuando el tren llegó a Hendaya eran las cuatro y treinta. Al salir de Irún dió su adiós a España y dirigió la vista hacia el Sur, como si quisiera enviar su último saludo y una mirada de amor a su Mariana.

—¡Qué triste es la separación para los

enamorados!—exclamó para su interior el ingeniero.

*

Unas cuantas horas hacía que Rafael había partido de Madrid. La noche del 7 al 8 descansaban todos en casa de D. Sebastián de Colombí. Sólo Petra estaba despierta. En el reloj de la iglesia del Buen Suceso dieron las dos y media. De pronto oyó un ruido extraño; parecía como de pisadas suaves de un hombre a lo largo del pasillo. Se asustó, se incorporó en la cama; pero no quiso encender la luz. El ruido dejó de sonar. A poco empezó a percibirse otra vez; pero mucho más tenue que antes. No cabía duda: alguien andaba por el pasillo. No sería Juan, porque no tenía por qué disimular de ese modo para no hacer ruido. Petra se bajó de la cama muy despacio, procurando contener la respiración. Llegó a la puerta, abrió con mucho cuidado, y grande fué su sorpresa cuando vió que Juan se deslizaba de puntillas hasta el cuarto de Mariana, por cuyo montante salía una luz débil, pero la precisa para que el pasillo no estuviera en penumbra. Petra, por una pequeña rendijita, ob-

servó; pero su odio a la costurera pudo más que su calma; se echó una bata, y, abriendo la puerta, salió al pasillo. Juan se quedó petrificado.

—¿Qué hace usted ahí? — preguntó la criada.

—Vi luz en el cuarto de Mariana y vine a ver qué ocurría.

Mariana, al oir hablar, abrió la puerta. Estaba vestida; no hay que decir que estaba escribiendo.

—¿Qué sucede?—preguntó la hija del cajista.

—No sucede nada—respondió Petra, de mal modo.

—¿Cómo están ustedes aquí a estas horas?—volvió a preguntar la costurera.

—Y usted—replicó Petra—, ¿por qué está vestida?

—Porque estoy mala y no me había acostado.

—¿Sí? ¡Qué casualidad!

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Nada, nada, que ya es muy tarde; hasta mañana.

Juan no hablaba una palabra; estaba azo-

rado. La doncella se metió en su cuarto y el criado se fué al suyo.

Mariana cerró la puerta con pestillo y se acostó, pero preocupada. Le había llamado la atención la escena que había presenciado en el pasillo.

—¡Qué raro! ¿Qué será?—se preguntaba Mariana—. ¿Estarían citados el criado y la doncella? En fin: mañana puede que lo sepa.

A la mañana siguiente, antes de las diez, ya sabía María Rosa que Mariana, a las dos y media, estaba en su cuarto esperando a Juan.

—Pero ¿es posible?

—Sí, señora—contestaba la infame envidiosa—. Si ahora, en estos tiempos, «no hay una guapa que sea buena».

Y decía «en estos tiempos», porque María Rosa lo había sido en otros y le parecía una falta de respeto a su señora.

—¡Miren la mosquita muerta, que parece que no ha roto un plato!

—¡Buena pájara está! Y empieza jovencita; cuando tenga veinte años, ¡el delirio!

—Y lo peor es que le gustan todos.

—¡¡Todos!!

—¡Vaya, vaya con la niña!

Unos instantes después ya sabía D. Sebastián lo ocurrido.

Por primera providencia había que despedir al criado. El Sr. De Colombí lo llamó y le pidió explicaciones.

—Sí, señor; efectivamente, estaba a la puerta del cuarto de Mariana; pero fuí a ver qué ocurría, porque me desperté con un dolor tremendo de cabeza, y, al ver luz en el pasillo y saber que era tan tarde, *me picó* la curiosidad.

Ya no le cabía duda a D. Sebastián: era una cita.

—Pues bien; queda usted despedido inmediatamente.

—Señor, yo no he cometido ninguna falta.

—¿Le parece a usted poco? ¡Pues sí que se necesita *tupé!*...

—¡Esta es una injusticia muy grande, señor!

—Bueno, bueno, basta; no hablemos más.

A la hora estaba en la calle el pobre Juan, víctima de la infame envidia de una mujer. Al salir les dijo a los porteros:

—Esa *tía* ya me las pagará.

Se refería a Petra.

A la familia de Luis se le dió una excusa cualquiera para corroborar la despedida de Juan.

Don Sebastián salió aquella mañana a las once. Tenía que ultimar el asunto de Luis, que iba muy a gusto suyo. En el momento de salir le entregaron una carta; era de su amigo Maserto, quien le notificaba que tenía una plaza de cajista en la imprenta de un semanario de aquella ciudad.

—¡Admirable! Esto va muy bien; dentro de unos días—continuó Colombí para su interior—, todos fuera de Madrid. Este enemigo es más conveniente tenerlo lejos; quien quita la ocasión quita el peligro.

Como la desgracia y el dinero de D. Sebastián se habían encargado de destrozar a aquella honradísima familia, el asunto en la imprenta donde trabajaba Luis fué también a medida del deseo de Colombí. Dentro de dos días estaría despedido el cajista.

Nadie quiso hablar a Mariana respecto de lo que se suponía una cita con Juan. ¿Para qué? Antes de ocho días estarían todos en La Coruña. Evitaban así un disgusto grande a la pobre Ramona y no complicaban más la situación, ahorrándose todos esos malos

ratos, que habían de traer consigo escenas muy desagradables.

En la imprenta todo estaba muy bien convenido. El ajustador de Luis le buscó una cuestión; tuvieron unas palabras; lo insultó; García devolvió el insulto con creces; se dió parte al gerente, y el pobre Luis se quedó otra vez sin colocación. Con un honrado y activo operario la desgracia volvía a ensañarse: la primera, la quiebra de un periódico; la segunda, la trama infame de un hombre que, aparte esto, era bueno, pero a quien el abolengo hacía cometer las acciones más vituperables.

El mismo día entró Ramona llorando. Habían despedido a su marido. ¡Ahora que habían encontrado un cuartito muy confortable en la calle de Guzmán el Bueno, cerca de los señores; cuando todos estaban tan contentos, Luis volvía a quedar desacomodado!

—Le han despedido de la imprenta, señora; lo ha insultado el ajustador, y, encima, a la calle. ¡Qué desgraciados somos!

—¡Vaya por Dios! Pero no te apures, mujer—decía María Rosa—; ya haremos por colocarlo.

—Precisamente—exclamó D. Sebastián—hace unos días que tuve carta de un íntimo amigo mío que vive en La Coruña, persona de gran influencia, que me preguntaba si sabía de un tipógrafo que fuera muy honrado, para la imprenta de un semanario que probablemente comprará dentro de poco tiempo; que había una plaza vacante, y no querían darla a cualquiera. No tengo nada mas que telegrafiarle, y en seguida será nombrado. Creo que a tu marido no le desagradará. Menos sueldo que aquí ha de tener; pero, en cambio, en provincias la vida es más barata; de manera que estaréis muy bien. En verano va mucha gente de Madrid, y varias familias amigas nuestras, a cuyas casas, de confianza, puede ir a coser Mariana.

Ramona encontró consuelo. ¡Qué ironías tiene la vida! La pobre infeliz demostraba con frases de afecto su agradecimiento hacia aquel matrimonio.

—¡Gracias, señoritos, gracias! ¿Qué sería de nosotros si no fuera por ustedes? ¡Tan buenos! ¡Dios los haga felices y les dé tantas dichas como se merecen!

Los dos tenían que violentarse para no de-

mostrar el efecto tremendo que aquellas palabras les hacían. ¡Pícara contrariedad! Si no fuera por Mariana, o si Mariana hubiera sido fea—pensaban—, ¡qué bien habrían podido cumplir con el deber de gratitud hacia Ramona, teniéndola cerca de ellos y sin apelar a tales mentiras! Pero, lo que tantas veces dijeron: «Por el honor de un hijo se hace todo.» Además, confesándolo al sacerdote, sus conciencias quedarían limpias y tranquilas.

En la tarde del 21 de abril la familia de Luis García se acomodaba en el correo de Galicia para trasladarse a La Coruña, lo mismo que diez añoc antes lo habían hecho para ir a la capital castellana; pero ahora nadie fué a la estación a acompañarlos.

El matrimonio Colombí puso una excusa, y de ellos se despidieron en la casa, donde hubo sus correspondientes lágrimas. Mariana iba desesperada; ya no volvería a ver a Rafael. El sino se empeñaba en separarlos; había que acatar su voluntad omnímoda: primero, él; ahora, ella.

—¡Oh, sueño embriagador!—decía la chiquilla para su interior—. Jugaste con mi corazón, me hiciste concebir una esperanza

ideal, soñadora, y todo por tierra. ¿Por qué vendríamos de Valladolid? Allí estábamos tranquilos todos. El viaje a Madrid fué nuestra desgracia.

¡Pobre Mariana! ¡Tan joven, y cuánto sufría!

VI

Dieciséis días mediaron desde la marcha de Rafael a Londres hasta la de Mariana a La Coruña.

El mismo itinerario que se propuso aquél lo cumplió. Llegó a Calais y se embarcó en seguida para atravesar el Canal de la Mancha, y, mientras tanto, se recibía un telegrama en casa de los señores de Colombí que decía:

«Llegué bien; embarco para Douvres; os abraza a todos

RAFAEL.»

Tres horas después hacía el recorrido en ferrocarril de Douvres a Londres.

Era la primera vez que el ingeniero viajaba por Inglaterra; pero, como hablaba muy bien el inglés, resultaba su viaje muy

cómodo y práctico, aparte, como era natural, la pena que le ocasionaba la separación de Mariana. Unos meses después, y este viaje lo hubiera hecho con ella, siendo su mujer. ¡Oh! Eso habría sido encantador; pero él mismo se emplazaba para repetirlo con su Mariana cuando estuvieran casados y hubiera economizado unos miles de pesetas.

Rafael ahorraba bastante. En la Constructora tenía 7.000 pesetas de sueldo, y otros trabajos extraordinarios le producían algunos ingresos; y como no tenía más gasto que sus diversiones, y éstas eran muy limitadas, iba continuamente capitalizando sus economías, que ya ascendían a unos cuantos centenes.

A los cinco días de haber llegado a Londres salió para Menai, dejando encargado en el Mathys Hotel que le enviaran la correspondencia.

Veinticuatro horas llevaba en este punto citado cuando le entregaron dos cartas: una era del director de la Constructora; la guardó en el bolsillo; la otra, de Mariana.

Con la impaciencia que es de suponer la abrió.

No hay alegría mayor para un enamorado, cuando lleva días separado del objeto de su amor, que recibir una carta suya; sólo unas líneas, unas frases, lo enloquecen.

El ingeniero leyó:

«*Día 6, a las once de la noche.*

Rafael de mi vida: Anoche no pude escribirte; cuando quise hacerlo me convencí de que era imposible: me ahogaba la pena. No podía imaginarme que en tan pocos días pudiera tomarse a un hombre tanto cariño.

Has dejado a tu Mariana destrozada. Sólo le pido a Dios que pasen estos días y vengas pronto, para que aquí, cerquita de mí, te convenzas de lo muchísimo que te quiero.

Se nota la falta tuya en esta casa, siempre tan noble, tan caballeroso; todos te echan de menos; yo más que nadie.

Haré lo que me encargaste; vive tranquilo; ten confianza; ya sabes que sólo deseo complacer a mi Rafael, que lo es todo para mí.

Me pasé la noche llorando.

No dejes de escribirme, que también espero tu carta con impaciencia.

No puedo continuar; las lágrimas me caen en el papel.

Tuya siempre,

MARIANA.»

Rafael besó la carta repetidas veces. «¡Qué bien escribe!—pensó—. Casi una niña, con una instrucción limitada, y, sin embargo, ¡qué bien redacta! Todo lo hace su alma, que es grande.»

—¡Bendita seas!—dijo el ingeniero contemplando la carta.

Con una fecha más que la de Mariana, es decir, con siete días, llegó la de Rafael.

Decía así:

«*Londres, 8.*

Mariana querida, vida mía: Cuando leas esta carta todavía no habré dejado de llorar, como lloramos los hombres, con lágrimas del alma.

Cualquiera que pudiera verme en mi interior diría que hacía mucho tiempo que estaba fuertemente unido a una mujer que había de ser mi esposa o mi amante, cariños mucho más intensos que el de novios. Esto te probará lo que yo te amo y lo que he de

quererte cuando seas mía, cuando ese cariño esté fundido en el crisol del más ideal de los delirios.

Nacimos el uno para el otro, Mariana. El día aquel feliz que llegaste a Madrid experimenté una sensación tan excepcional que jamás sentí en ocasión alguna. Era un sueño, un algo que idealizaba mi vida. Después, a medida que te contemplaba; cuando admiré esa gracia especial que ninguna mujer tiene como tú; cuando observaba tus gestos, tus ademanes; cuando conocía lo angelical que eras, mi ilusión crecía por instantes, y así mi amor fué rápido hacia ti, como el rayo desciende a la tierra imponente y grandioso.

Creo que has de endulzar mi vida, y no dudo que tú serás la mujer más adorada de la Creación. Me siento con fuerzas para quererte como no quiere ningún hombre. Nuestra existencia será un idilio continuo; y después, cuando, ya viejos, pensemos en los días lejanos, en estos que son el pedestal del cariño más entrañable, tu orgullo de mujer se verá satisfecho al recordar que, en todo el transcurso de una larga vida, tu Rafael sólo

vivió para ti, sólo fué tuyo; porque así sucederá, Mariana mía.

Si Dios nos concede esa longeva existencia que ansío, y tú murieras antes que yo, contigo iría en seguida, para que en la muerte, lo mismo que en la vida, nuestros cuerpos descansen juntos, y, pasando los años, volando las generaciones, nuestras cenizas se mezclaran ya del todo. Después, más cantidad de tiempo acabará de destruir ese resto de la materia; pero quedarán nuestros espíritus unidos en lazo indisoluble.

Dirás, pobre niña, que te hablo de cosas tristes, y tendrás razón; pero tú, con tu clara inteligencia, disculparás mi párrafo meditabundo, hijo del abatimiento que me produce nuestra cruel separación; es la psicología del desesperado.

En fin, te hablaré de cosas más alegres. Esto me ha parecido, como me lo esperaba, monumental; pero se observa un «no sé qué» especial, típico de esta gran urbe: las calles, colosales, inmensas, pero ennegrecidas: el lujo y el fango. He paseado por el parque de Saint James, que es soberbio; he visitado el Museo de Bethenal-Green y la abadía de Westminster; pero una de las cosas que

más me han llamado la atención ha sido la torre de Wakefield, donde vi las joyas de la corona de la Reina Victoria, con sus 2.783 diamantes, ¡una maravilla, Mariana!, y el magnífico zafiro y colosal rubí que regaló Pedro de Castilla al Príncipe negro.

Te he recordado mucho cuando veía todas estas magnificencias; pero te prometo que, cuando nos casemos, a estos mismos sitios que ahora visito, angustioso, te traeré, para que disfrutes de ellos, y los dos, unidos para no separarnos jamás, vagaremos alegres por todos estos lugares, que ahora me producen más pena que satisfacción.

Adiós, Mariana; no me olvides un momento; no dejes ni un solo instante de pensar en este hombre, que ansía volver a tu lado y sueña con el día ideal en que pueda decirte: «¡Mariana, ya eres mía!»

Sólo y siempre para ti tu

RAFAEL.»

Mariana lloraba de pena, de orgullo, de satisfacción, al leer aquella carta tan cariñosa, tan amantísima.

—¡Cómo me quiere!—se decía.

Y no se equivocaba; el ingeniero sentía

por ella un amor tan extraordinario, que él mismo se asustaba de lo inmenso que era.

Rafael tuvo una segunda carta el 13 en Menai, y Mariana el 15. A causa de la guerra el correo funcionaba muy mal, y se recibían a veces las misivas con gran retraso.

En la que dirigió Mariana a Rafael el día 20 le daba la tremenda noticia del traslado de la familia a La Coruña, contándole los detalles que ellos sabían, es decir, la despedida de la imprenta en Madrid y la oportunidad de tener su padre disponible otra plaza de cajista en la capital gallega.

Esta circunstancia llamó su atención.

—¡ Qué cosa más extraña !—exclamó el ingeniero—. Tiene mi padre en sus manos una colocación en La Coruña, viviendo tan lejos de este sitio, y tan oportunamente, que se la da a Luis en seguida que le quitan la de Madrid.

Rafael meditaba. Para su claro talento no pasó inadvertido este detalle.

—¿ Será que mi padre sospeche algo y quiera establecer una larga distancia entre Mariana y yo? No sé; pero sí puedo decir que no conseguirá lo que se proponga. Es tan grande, tan inmenso, mi amor a Maria-

na, que nadie ni nada podrá impedirlo; sólo la muerte sería la única que podría separarnos. La llevan a La Coruña, bien; yo la volveré a Madrid. ¿Que no se puede por el momento? Pues Rafael a Galicia con ella. Lo mejor—seguía diciendo para su interior el ingeniero—es hablar claro y pronto. En cuanto llegue a Madrid le expongo a mi padre la situación; sentiré que se oponga; lamentaré darle un disgusto; pero, ¡qué hemos de hacerle!, mi resolución es irrevocable. No se puede pisotear la dicha de un hombre por el solo capricho de no lastimar el rango de la familia. No quiero faltar al respeto a mi padre; pero tampoco él tiene derecho a prohibir que su hijo sea feliz con una mujer que no es liviana. Mi padre es muy ecuánime, pero el abolengo lo trastorna.

La primera carta que Rafael recibió de La Coruña le hizo un efecto muy doloroso. En ella le hablaba Mariana de la pena inmensa que le producía lo que había de ser una separación quizá para siempre. También aludía a la frialdad con que los trataron en su casa los últimos días, sobre todo D. Sebastián. Terminaba diciéndole que, desde luego, ella creía que sus padres debían sospe-

char algo y empezaban a cumplirse aquellas profecías que le auguró.

Rafael hacía continuamente viajes de Menai a Londres. A los veinte días de estar en Inglaterra ya había terminado los asuntos que lo llevaron a la Gran Bretaña. Había hecho sobre el terreno sus estudios del Britania Tubular Bridge, y estaba dispuesto a volver a España al primer aviso, que esperaba de un momento a otro.

La Compañía había desistido de enviarlo a Oporto, toda vez que ya sabía Curcellas que el peligro había desaparecido de Madrid, y, por lo tanto, el ingeniero podía volver, y así se convino, porque urgía su presencia en la corte.

*

La familia de Luis García llegó a La Coruña y fué a parar a una modesta casa de huéspedes situada en la calle de Olmos. Allí permanecerían hasta que encontraran una casita económica.

El día 3 de mayo, a las cuatro de la tarde, estaba Mariana cosiendo con su madre en su cuarto, cuando entró la criada y les anunció que un señor preguntaba por ellas.

—¿Por nosotras?—dijeron con asombro.

—Sí, señora; por ustedes. Pregunta por la familia de Luis García.

—Que pase aquí, al cuarto.

—No, mamá; mejor es que vayamos al comedor, si doña Rufina no tiene inconveniente.

—Que pase, que pase aquí—contestó Ramona.

A los pocos instantes tenían las dos mujeres ante su presencia a Rafael de Colombí. Quedaron sorprendidas; Mariana algo se figuraba, porque ya Rafael se lo había dado a entender.

—Pero ¿qué es esto? ¿Qué te trae por aquí?—preguntó Ramona con alegría.

—Pues me trae un asunto muy serio. Dejad que descanse; dadme una silla. Ante todo, ¿cómo está tu marido?—preguntó dirigiéndose a Ramona.

—Bien, hijo, muy bien, gracias a tus padres, que, sin ellos, a estas horas no sé cómo estaríamos.

—Bueno; de eso ya hablaremos después. Te supongo, querida Ramona, ignorante de lo que le ocurre a tu hija. ¿No es eso?

—Pero ¿qué ocurre?—preguntó Ramona con ansiedad.

—No es nada grave; no te asustes. Importante, sí. ¿Tú no sabes que tu hija tiene relaciones formales con un hombre que piensa casarse con ella? Ya ves, Ramona; me permitirás que te diga que eres una madre muy torpe, y que teniendo una hija tan bonita has debido ser más perspicaz, más vigilante.

Ramona no salía de su asombro. Mariana había encargado a la dueña de la casa que le guardara las cartas que Rafael le escribía desde Inglaterra, como en Madrid había hecho la frutera Manuela, y por este procedimiento había podido ocultar a su madre sus relaciones con Rafael.

—Una madre—continuaba el ingeniero—que tiene una hija hermosa, se cuida de averiguar si la niña tiene o no tiene novio.

Mariana sonreía.

—¿Qué creía usted, doña Ramucha—decía el ingeniero siguiendo la broma—, que iban a dejársela siempre a su lado, con esa cara y ese cuerpo? Pues no, señora.

—Mi hija es muy joven; Mariana es una

niña; no puede, no debe pensar en esas tonterías.

—Todo lo que quieras, y siento daros un disgusto; pero yo traigo el encargo de pedir su mano a sus señores padres, el honrado tipógrafo D. Luis García y su bonísima esposa. Y tú, mi querida Ramucha, creerás que el novio por quien vengo comisionado será algún ebanista o impresor como su simpático futuro suegro, o algún empleadillo de poco sueldo. Tú creerás eso, ¿no es verdad? Pues estás en un error. El que aspira a casarse con tu hija es un hombre de carrera, es un ingeniero, y pertenece a una ilustre familia.

Rafael observaba la cara de Ramona. Ella quería comprenderlo y no lo entendía. Le parecía que soñaba; su satisfacción de madre era muy grande; pero un asunto de tanta trascendencia le causaba miedo.

—Sí, Ramona—dijo el ingeniero ya seriamente—; me caso con tu hija, y muy pronto.

—Pero no es posible, Rafael. ¿Acaso tus padres consienten?

—¡Ah! Me es igual. Yo soy mayor de edad; no necesito de ellos; tengo mi carrera, que me produce para vivir con decoro.

Ahora les propondré el caso. ¿Que aceptan? Mejor. ¿Que no consienten? Lo sentiré por ellos, que tendrán que prescindir de su hijo. Cuando Mariana sea mi mujer llevará muy dignamente mi apellido. ¿Que la desprecian? Donde ella no quepa no cabré yo. Vosotros volveréis a Madrid, porque de eso me encargo, y así tendréis cerca a vuestra hija. Ahora estaré aquí muy poco tiempo; mi presencia es urgente en la fábrica. Sólo quiero descansar, porque la travesía ha sido molesta y peligrosa, creyendo a cada momento encontrarnos con submarinos.

—¡Ah!, pero ¿has venido por mar?—preguntó Mariana.

—Sí; directamente de Londres a Coruña. El barco, pequeño; el pasaje, insignificante: éramos once; pero abreviaba la travesía, y por eso me decidí.

Rafael se despidió prometiendo volver aquella noche, a la hora en que estuviera Luis, para recoger su consentimiento, y aquellas dos mujeres quedaron locas de contento. La fortuna se entraba por las puertas de su casa. La emoción de Ramona era tan extraordinaria, que cuando Luis volvió de la imprenta no tenía fuerzas para contárselo.

—¡Dios mío, pero si es un sueño!—decía Ramona—. ¡Quién me hubiera dicho hace veinte años, cuando tanto peleaba con aquel niño, aquel Rafaelito tan travieso, que luego había de ser el marido de mi hija! ¡Qué vueltas da el mundo!

Como se convino, aquella noche fué Rafael otra vez a la casa de huéspedes para hablar con Luis, despedirse de aquellos honrados padres y dar el último adiós a Mariana.

El tipógrafo estaba muy azorado; no salía de su asombro; callaba. Sin embargo, tuvo arranques para preguntar a Rafael:

—Pero ¿usted se encuentra con fuerzas para querer a mi hija toda la vida? Mire que no es una señorita; que puede no estar en su puesto, en el que usted le dé, con todo el esplendor que su posición requiere. Honradez sí la tendrá usted siempre; pero eso no basta.

—Sí, Luis, sí basta. Además, no rebaje usted a Mariana, que es una criatura para hacer feliz al hombre más exigente.

—Bueno, bueno. ¡Allá usted! Yo lo único que habría de lamentar sería que no fueran felices.

—Lo seremos los dos; ya lo verá.

Salió Rafael de aquella casa con gran satisfacción. Había dicho que volvería muy pronto a La Coruña, porque, aunque tardaran algo los preparativos para la boda, él no dejaría de hacer algún viaje, aunque sólo fuera de veinticuatro horas, para ver a Mariana.

Al día siguiente salía el ingeniero en el correo para Madrid.

VII

La llegada a Madrid y la entrevista entre los padres y el hijo fué sumamente fría. Don Sebastián no sabía cómo contar a Rafael la escena del pasillo; decirle lo... alegre que era la tal Marianita. Esperaría tres o cuatro días; tenía que observar al ingeniero. Si no hablaba de ella, o lo hacía con indiferencia, entonces el asunto iría muy bien; era que ya no se acordaba de la chica, o que le tendría sin cuidado. En caso contrario, había que dar la batalla a toda costa, y entonces su hijo sabría todo lo que tenía que saber.

El mismo D. Sebastián tenía miedo a Rafael; la prueba es que, cuando éste preguntó por el criado Juan, se le dió una excusa cualquiera: había contestado mal a su padre y hubo necesidad de despedirlo.

La impaciencia no dejaba vivir al señor De Colombí; pensaba la manera de «romper las hostilidades» con su hijo, sorprendiéndolo cuando estuviera escribiéndola; porque D. Sebastián, aunque no tenía la certeza de los amores entre Rafael y Mariana, se inclinaba a darlos por seguro.

No tuvo Colombí (padre) que preocuparse en decírselo. A los dos días de su llegada a Madrid entró Rafael en el despacho del autor de sus días.

—Tengo que hablarte, querido padre, de un asunto que me interesa de una manera extraordinaria, y del cual depende mi felicidad.

—¿Qué es ello, hijo mío? — preguntó D. Sebastián, aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

—Padre, tengo veintiocho años cumplidos; estoy hastiado de la vida de soltero; ejerzo mi carrera con aprovechamiento, y, por lo tanto, estoy en condiciones de contraer matrimonio. Me caso a mi gusto. La mujer que mi corazón ha elegido no es liviana, es pura; pero te advierto, padre, que no pertenece a esa clase de niñas que buscan el matrimonio por capricho o por *sport*. No es

de sangre, como vosotros decís; no baila en el Ritz, ni juega al *tennis;* pero tengo la seguridad de que me hará muy feliz, porque tiene un alma tan angelical, que ha de ser nuestro hogar un perpetuo nido de amor. Supongo que os habréis figurado que esa muchacha de que hablo no es otra que Mariana. Vosotros no dudaréis que es digna, honradísima y de bastante instrucción, que yo he de completar cuando sea mi mujer.

Rafael hablaba con una firmeza y una tranquilidad asombrosas. Don Sebastián no podía ni hacerlo; se quedó materialmente pegado al sillón de su mesa.

—Vamos a ver, hijo mío; ten mucha calma, que estas cosas son muy serias y no puede uno dejarse llevar del entusiasmo de los primeros momentos. Cuando Mariana llegó a Madrid con sus padres me pareció, desde luego, una muchacha bondadosa. Voy a hablar de su parte moral; no he de referirme al físico, porque la hermosura de una mujer no se busca para ser feliz.

—Tú la buscaste; mi madre era muy guapa.

—Pero era muy digna.

—Mariana también lo es.

—Calma. Te decía que me pareció una muchacha bondadosa; pero nada más. Si yo hubiera podido pensar que por tu imaginación pasaba la idea de hacerla tu esposa, te hubiera dicho: «Hijo mío, la mujer que buscas para compañera de tu vida es honrada, efectivamente; pero no está a la altura de tu posición, de tu carrera, de tu apellido, de tu origen.»

—Ya vamos a parar al dichoso abolengo.

—No. ¡Si no vamos a parar a él!

Don Sebastián había decidido no demostrar a su hijo que el rango de la familia era lo que impedía aquella boda. Sabía que eso no era obstáculo para Rafael, y lo descartaba.

Ahora tenía en sus manos otra razón de más fuerza: la honradez.

—Yo no te hubiera negado nunca mi consentimiento—decía D. Sebastián—sólo por el hecho de ser hija de tu criada. No hubiera sido de mi agrado; pero allá tú; es que hay, Rafael mío, otra razón poderosa que impide tu matrimonio con esa mujer.

Y D. Sebastián explicó a su hijo la escena del pasillo, a las tres de la madrugada. Inútil es decir la metamorfosis que en la

cara de Rafael se operaba a medida que su padre iba contando todo aquel atajo de calumnias que el marido de María Rosa, lo mismo que ésta, creyeron de buena fe. Asombro, extrañeza, rabia; todo sentía aquel desgraciado, que veía ya destrozada su felicidad.

¿Sería verdad? Podía quedarle una duda; pero él, ante sus padres, demostró lo contrario. Esto es intuitivo en el corazón humano. Ha de tener el hombre caballeroso y honrado seguridad de su desgracia y no quiere que los demás lo sepan. Por lo tanto, Rafael, dominándose a sí mismo, exclamó con gran calma:

—No creo nada de eso, padre; es tan ex traordinario, que no me cabe en la cabeza semejante absurdo.

El ingeniero tenía razón. Por loca y mala que sea una mujer, cuando se le brinda un porvenir como el que a Mariana se ofrecía, siendo, además, una niña de dieciséis años, inteligente y de buen fondo, no tira su felicidad en veinticuatro horas, a no ser que esté demente; y Mariana no lo estaba.

—No lo creo, padre; eso es una calumnia—repetía el ingeniero.

—No, hijo mío; tienes aquí a Petra, que los sorprendió, y queda la confesión de Juan.

—Pero, Juan, ¿qué fué lo que confesó?

—Que iba al cuarto de Mariana.

—No es posible, padre. Dejemos este asunto. Yo veré a Juan, y si éste, delante de mí y de Mariana—porque conmigo irá a Coruña—, afirma que es verdad, entonces ella no podrá negar y me convenceré. Mientras esto no suceda, no es posible que yo dé crédito al dicho de una mujer como Petra, que siempre me pareció muy mala y muy falsa.

Y Rafael cortó aquella conversación con su padre saliendo del despacho.

—Ahora sí que es cuando hay que tener mucha calma—repitió para su interior el ingeniero—. Ante todo, hay que ver a Juan.

Fué a la cocina y preguntó a Robustiana dónde vivía el criado.

—No lo sé, señorito; pero sé que tiene un primo que se llama Gaspar, que está de dependiente en una tienda de comestibles de la calle de la Palma.

Rafael no quiso saber más. Se puso el sombrero y salió en seguida. Tomó el tranvía 11, hasta la glorieta de Bilbao; bajó

a pie la calle de Fuencarral, en dirección del Tribunal de Cuentas, y entró en la de la Palma. A los pocos momentos dió con la tienda de comestibles.

—Buenos días. ¿Está aquí de dependiente un joven que se llama Gaspar?

—Sí, señor. ¡Gaspar!—llamó el interpelado asomándose a la trastienda—. Preguntan por ti.

Apareció el muchacho.

—¿Usted tiene un primo que se llama Juan Ramírez?

—Sí, señor.

—Haga el favor de decirme dónde vive; necesito hablar con él.

—Hace pocos días que se ha quedado desacomodado y está en casa de un paisano que se llama Fermín Sánchez, que vive en la calle de Almansa; ya sabe, en los Cuatro Caminos.

Y el muchacho dijo el número de la casa.

Dió el ingeniero las gracias y salió de la tienda. Volvió a la calle de Fuencarral y tomó un tranvía 17, que le condujo a los Cuatro Caminos. Llegó a la calle de Almansa y entró en la casa.

—¿Vive aquí Fermín Sánchez?—preguntó a la portera.

—Sí, señor; segundo centro, núm. 2.

Al minuto estaba el ingeniero frente al que hasta pocos días antes había sido su criado.

Grande fué la sorpresa y satisfacción de Juan cuando vió a Rafael.

—Buenos días, señorito. ¡Qué alegría me da verle! ¿Ya sabrá usted lo ocurrido?

—Eso es lo que vengo a averiguar.

—Si usted hubiera estado en Madrid no pasa nada. He sido víctima de una injusticia; han engañado al señor. Esa infame mujer, esa Petra, que es muy mala, tiene la culpa, señorito Rafael.

—Cuenta lo que ocurrió.

—Pues, mire usted, señorito. Yo me desperté a las dos.

—Y ¿te acuerdas qué día fué?

—Pues fué... usted se marchó el 5... a los dos días, el 7 por la noche; eso es. Me desperté con un dolor tremendo de cabeza, y por el montante vi luz en el pasillo. Encendí la de mi cuarto; me parecía que era más temprano; miré el reloj: las dos y media. Me llamó la atención que tan tarde hubiera

luz, y creí que alguien estaría enfermo; tenían que ser Petra o Mariana. Me vestí y salí al pasillo. Vi que la luz partía del cuarto de la hija de Ramona, y, como era tan tarde, supuse, como antes le decía, que estaría indispuesta.

—Fíjate, Juan, en lo que dices; recuerda bien todo lo que hiciste; no omitas detalle alguno, por violento que te sea decirlo.

—Sí, señor; pienso decir la verdad. Cuando estaba en el pasillo sentí curiosidad de ver lo que le sucedía a Mariana.

—Pero, esa curiosidad, ¿cómo fué, Juan? ¿Era que te preocupaba que efectivamente estuviera enferma Mariana, o era solamente el deseo de atisbar? La verdad, Juan, la verdad. ¿O era que te llevaba hacia su cuarto alguna intención criminal?

El ex criado no salía de su asombro. Le llamaba la atención la seriedad con que Rafael hablaba y el interés que demostraba en averiguar todos los detalles.

—Sí, señor; la verdad: sentí la curiosidad de ver a Mariana, como hubiera sentido cualquier hombre; pero, ¡claro es!, siempre con el cuidado de que ella no se enterara; por eso fuí de puntillas para mirar por la cerradura.

Si siempre se dejara uno llevar de los celos, Rafael, en aquel instante, hubiera estrangulado al criado; pero necesitaba mucha calma y la tuvo.

—Cuando estaba mirando por la cerradura—continuó Juan—, abrió Petra la puerta de su cuarto y salió al pasillo, preguntándome qué hacía en aquel sitio y a aquella hora. Le di la excusa de la enfermedad, y entonces, al oirnos hablar, salió también Mariana.

—Y ¿cómo estaba Mariana?

—Estaba completamente vestida, y recuerdo que, al abrir la puerta, vi en la mesita una carta, y un lápiz a su lado, como si hubiera estado escribiendo.

—Y ¿qué ocurrió después?

El criado repitió a Rafael las breves palabras que se cruzaron entre Mariana y la doncella.

El ingeniero salió de aquella casa al poco rato, llevando la completa certidumbre de que lo que Juan decía era la verdad.

*

Por el camino, de regreso a su casa, fué el ingeniero pensando lo que había de hacer

respecto a Mariana. ¿Se lo diría? Desde luego escribiéndola, no; hay asuntos que es difícil tratarlos por carta; aparte el peligro de que se pierda y quede escrito lo que no debe quedar. Cuando hiciera el primer viaje le hablaría de esto; por más que a él no le cabía duda de que Mariana era inocente y de que todo había ocurrido como Juan se lo contó. Sí le llamaba la atención que ella no le hubiese dicho algo. ¡Oh! ¡Malditos celos! ¡Cuánto sufre un hombre cuando ama locamente a una mujer, y, sobre todo, si es hermosa! Es un tormento continuo; y ahora Rafael sufría aún más todavía por estar separado de ella.

—Si aquí, en nuestro país, en España —exclamaba el ingeniero—, hubiera respeto a la mujer, como en Inglaterra, seguiría tranquilo. Fué una de las cosas que más me encantaron en Londres: aquellas niñas que solas recorrían las calles, que subían a los autobus, a los tranvías, sin que nadie les dirigiera una palabra. Aquí, en Madrid, ¡cuánto abundan los seres inmundos y cobardes que, aprovechando la impunidad de ir solas, las persiguen y les dirigen groserías! ¡Cuándo se encargarán las autoridades de

acabar muy seriamente con el chuleo de esa hez de la sociedad!

Llegó a su casa, y en seguida se dirigió al despacho de D. Sebastián. Éste leía los periódicos. Allí volvieron a tener otra entrevista el padre y el hijo sobre el mismo tema: el asunto de Mariana, que era lo único que a Rafael le preocupaba. Tenía un poco abandonado el trabajo del puente; tanto, que el director hubo de decirle algo, a propósito de esto.

La conversación entre el ingeniero y su padre fué un tanto tirante. En ella Rafael expuso al autor de sus días la necesidad de que le diera su consentimiento para casarse en plazo breve, y le dijo que, de lo contrario, él lo haría, contra la autoridad paterna y contra todos los obstáculos que se interpusieran en su camino.

Don Sebastián quedó sumamente disgustado. A toda costa quería impedir esa boda, que era un oprobio para la familia. ¡Cómo se burlarían de ellos sus amigos! ¡Todo el mundo se mofaría del casamiento indigno!

—¡Pobre hijo mío—exclamaba—, dónde ha caído!

No encontraba D. Sebastián de Colombí

la solución al difícil problema que se le presentaba. Se volvía loco, cavilaba, y nada; por más vueltas que le daba al asunto no veía su finalidad; es decir, sí la veía, desgraciadamente. Tenía la casi seguridad de que su hijo se casaría con aquella... mujer, que sería la deshonra de la familia.

Habían pasado unos días y Rafael hacía sus gestiones para reunir los documentos necesarios para su próxima boda; pero quería apurar hasta lo último, y daba largas creyendo que su padre se convencería. A pesar de todo, era buen hijo y le repugnaba casarse contra su voluntad y riñendo con sus progenitores, pues, de no cambiar D. Sebastián de manera de pensar, la separación entre él y los que le dieron el sér se haría inevitable, porque su Mariana era antes que todo.

Rafael, a los quince días de llegar de La Coruña, pidió permiso para volver a ella sólo cuarenta y ocho horas. El director Curcellas empezó por negárselo, teniendo en cuenta el deseo de los hermanos Colombí; pero a la Constructora le convenía mucho estar en buena armonía con el ingeniero, muy com-

petente y de claro talento, y se le concedió el permiso.

—No esté usted más de dos días—le dijo Curcellas—; tenemos muy atrasados todos los trabajos.

—Ni una hora más—contestó el ingeniero.

Al día siguiente salía para La Coruña Rafael de Colombí.

VIII

Dos días después de estos últimos sucesos que hemos relatado se veía subir a un caballero, de unos cincuenta años de edad, por una calle angosta y sucia del barrio viejo de la Universidad, a la izquierda de la de San Bernardo, y ya cerca del hospital de la Princesa. Su semblante indicaba que iba poseído de una preocupación; era indudable que aquel hombre tenía una gran pena.

Se detuvo ante una casa de aspecto muy modesto y entró. El inmueble era viejo, destartalado; la escalera, sucia y mal oliente; en los descansillos, que eran de baldosa antigua, había muchas levantadas; por las hendiduras de las paredes se averiguaba que hacía innumerables años que allí no había entrado un pintor ni un estuquista. Se veía que aquella finca estaba abandonada.

El caballero subió al piso tercero y tiró de un cordón ennegrecido y grasiento que pendía del cerco de la puerta del cuarto derecha.

En seguida abrió una mujer gordinflona y muy metida en sus cincuenta y tantos años. Su cara, embastecida y surcada de arrugas prematuras, indicaba que aquella hembra había llevado una vida muy azarosa; los costrones y repliegues de su tez eran la mejor demostración de que allí se había abusado mucho de la pintura barata. Ahora mismo, a pesar de estar en el ocaso de su vida, llevaba los párpados horriblemente embadurnados. Las ojeras recordaban los insomnios, las malas noches, las juergas que en su juventud debió llevar aquella desgraciada hija del vicio.

Nuestros lectores se habrán figurado que el caballero que llegaba a aquella casa no era otro que D. Sebastián de Colombí.

La sorpresa de la antigua comerciante del amor no tuvo límites.

—Pero ¿qué es esto?... Pasa, pasa, Sebastiancito, que tengo mucho gusto en verte, aunque eres un ingratón y me tienes olvidada.

Don Sebastián fué introducido en una ha-

bitación muy reducida, con muebles antiguos todos, averiados los más de ellos. En una consola vejísima lucían varios floreros de vidrio cuajados de ramos y colorines. En el centro, un niño Jesús, ¡oh, profanación!, con su traje de terciopelo roto y chafado. Una alfombra que fué de moqueta, desecho del Rastro, más que descolorida gastada, era el complemento de aquello que lo mismo podía ser sala que trastienda de prendería.

—¡Pero si no salgo de mi asombro, *hijo!* ¿Has reñido con tu mujer? Ante todo, ¿cómo está la familia? Sin *novedaz, verdaz?*

Y recalcaba tanto las des, que resultaban zedas.

—Todos bien—replicó D. Sebastián, atajándola en sus preguntas monótonas e inoportunas.

—Pero ¿a qué se debe tanto honor? ¡Yo que tenía *un* porción de ganas de verte! ¿Cómo has averiguado que vivía aquí?

—Tu primo, el del tupi, me lo ha dicho.

—Ah, sí, Marianito; es *verdaz*. ¡Si vieras qué bien marcha! Se casó y...

—Bueno, bueno—contestó Colombí—; no me cuentes historias que no me interesan.

—Tienes razón, hijo. Pero estoy muy in-

comodada contigo. Una vez te necesité y me diste la callada por respuesta, y en aquel tiempo pasé muchos apuros: había salido del hospital y no tenía que comer. ¡El hambre es muy negra, Bastiancito! Y tú me abandonaste, después que fuí tan *buena* amiga tuya, *tanto como te quería.* ¿Te acuerdas?...

Y al decir esta frase quiso tocarle la cara, que D. Sebastián retiró. Cuanto más melosa se ponía, más le repugnaba aquella mujer, desecho de la prostitución.

—Vengo—dijo D. Sebastián—a que me hagas un favor, un inmenso favor, que te pagaré con creces; tanto, que podrás ampliar tu negocio mudándote de casa, porque esta es indecente.

—Buena falta me hace; porque, ¡si vieras qué malo está todo!...

—Pues bien; vamos al asunto. Yo tengo un hijo, el único varón. Oye, ¿no hay miedo de que alguien nos escuche?

—Nadie, tranquilízate; estamos solos—replicó la celestina.

—Ese hijo, que ahora tiene veintiocho años, lo es todo para mí. Es ingeniero industrial; tiene una cultura extraordinaria; su talento corre parejas con su caballero-

sidad. Ese pedazo de mi corazón se ha enamorado de una mujer muy guapa, pero muy loca, y de una clase muy inferior a la suya. Por todos los medios que he tenido a mi alcance he querido impedir esa unión, que considero desatinada. Pero mi hijo, ciego, no se detiene ante la catástrofe que le amenaza, y ya no tengo sino un recurso, el último, y para llevarlo a la práctica necesito tu cooperación.

—Y yo, ¿en qué puedo servirte?

—Verás, Josefa. A esa mujer que quiere casarse con mi Rafael hay que hacerla pasar por mi hija, para lo cual tú tienes que declarar que aquí, en tu casa, me veía yo con su madre, que era criada mía.

La celestina quedó sorprendida. Para ella era un asunto muy claro. ¿Qué tenía que ver con la honra de una mujer, si hacía innumerables años que no sabía lo que era eso? ¿Qué le importaba la felicidad de dos seres inocentes, si veía en perspectiva unos miles de pesetas? La alegría que rebosaba en su interior no tenía límites. Con 25 duros hubiera quedado satisfecha, y D. Sebastián, bien servido; pero había que *exprimir el limón*. La ocasión se presentaba oportuna y

halagüeña y no era cosa de desperdiciarla.

—No sé qué decirte—exclamaba Josefa.

Y como el vendedor que ensalza su mercancía, daba importancia al *sacrificio* que iba a hacer en honor de su antiguo *cliente*.

—El asunto—continuaba la celestina—es muy serio; puedo tener responsabilidad.

—Ninguna—replicaba Colombí—. Esto no lo tiene que saber nadie, ni la misma interesada; sólo los tres: mi hijo, tú y yo.

—Bueno; y ¿cuánto me vas a dar por ese inmenso servicio?

—Lo que tú quieras.

—¿Te parece tres mil pesetas?

Don Sebastián quedó asombrado. A pesar de ser rico, era económico, y eso de desprenderse de seiscientos duros de un golpe le asustaba.

—Pero... ¿tres mil pesetas?...

—Sí, hijo, sí; es un asunto que puede acarrearme algún trastorno.

—Yo había pensado darte mil pesetas.

—Eso es muy poco; tres mil, tres mil—repetía Josefa.

Y ponía la mano como quien pide limosna. Le decía luego:

—¿A ti qué te hace esa cantidad, si eres muy rico?...

A D. Sebastián le repugnaba aquel regateo, como si se tratara de una partida de patatas. Quería terminar cuanto antes la odiosa visita a la que le obligaba el honor de su heredero.

—Mira—le dijo—, voy a darte dos mil; si te conviene, decídete, porque, de lo contrario, busco otra persona.

Quedaron callados un instante. Josefa lo pensó en seguida; no era cosa de despreciar una cantidad de tanta importancia.

—Aceptado—contestó la antigua buscona—. ¿Cuándo vas a dármelas?

—La mitad, ahora mismo; el resto, dentro de quince días.

Y sacando mil pesetas de la cartera las entregó a Josefa, que las miró con atención y maquinalmente las estrujaba entre las manos.

—Mi hijo vendrá a verte, porque es natural que quiera asegurarse de la *verdad*. Ten cuidado no te coja en alguna contradicción, porque es muy listo.

Y Colombí dió detalles y señas de Ramona, referentes a aquella época, que Josefa

iba apuntando en un papel para no olvidarlo.

Don Sebastián abandonó aquella para él, ahora, repulsiva casa, pero que le recordaba los años alegres de su juventud.

*

Tremendo era el paso que había dado el Sr. De Colombí. Él mismo no se hacía cargo de la importancia que tenía. Destruía la felicidad de dos seres inocentes y echaba por tierra la honra de una mujer tan buena como Ramona. Pero no era esto lo más importante para él. Confiado su secreto, que era falso, pero que tenía que sostener como verdadero, se entregaba a una aventurera que le explotaría de la manera más inicua.

¡Pobre cerebro loco, que no pensó, que no meditó las consecuencias graves que podía acarrear!

Llegó a su casa, pero no pudo comer; tal era el disgusto que tenía. Fingió un fuerte dolor de cabeza. María Rosa se asustó.

—No te apures, no es nada—decía él—; es sólo jaqueca.

Se le hizo una taza de café puro muy cargado y quedó en su cama, a obscuras, medi-

tando en aquello que momentos antes le había ocurrido, y que le hacía presentir los muchos disgustos que podía ocasionarle; pero una vez más lo repetía:

—El rango de la familia y el honor de mi hijo lo requieren.

Ahora no estaba tan satisfecho como cuando, en las mismas condiciones, regresó de la primera visita a Curcellas; y eso que esta era la batalla decisiva; aquélla se la había ganado su hijo; pero ahora las circunstancias variaban.

IX

Amaneció una hermosa mañana de primavera. Por los magníficos jardines del bulevar de Méndez Núñez, en La Coruña, paseaban, a las nueve, el ingeniero Rafael de Colombí y la encantadora Mariana. Él había llegado el día antes y tenía que salir al siguiente; sólo podía estar cuarenta y ocho horas, como había prometido al director de la Constructora, y, por tanto, había que aprovecharlas. Ya la noche anterior, en cuanto llegó, desde la estación fué a verla a la nueva casita que habían tomado en la calle de la Cordonería.

Aquella mañana el paseo de los enamorados era muy hermoso y convidaba al amor. Los árboles de aquellos frondosos jardines, cuajados de pájaros, cuyos trinos formaban un precioso contraste con el ruido de las sua-

ves olas que se estrellaban contra la misma muralla del paseo; la perspectiva de aquella hermosa bahía en forma de concha, y al otro lado las modernas y elegantes casas, con sus soberbias galerías de cristales, que recogían el reflejo de un sol deslumbrador, formaban un conjunto verdaderamente maravilloso.

Mariana iba encantadora; vestía falda azul estilo sastre, admirablemente cortada; se la regaló Concha el mismo día que llegaron a Madrid, y una modista amiga de Ramona se la arregló; medias color cuero, y del mismo tono los zapatos; blusa de seda; velito a la moda, tapando media cara y aquellos ojos divinos que, detrás del velo, simulaban dos tristes prisioneros en su celosía.

Rafael había pedido explicaciones a Mariana por lo sucedido en el pasillo de su casa en la noche del 7, a las tres de la madrugada. Las dió cumplidas, exactas. Coincidía en un todo con lo dicho por el criado Juan. Tuvo tanta firmeza en sus palabras, tal acento de sinceridad, sin una vacilación, tranquila, sin sufrir su semblante la menor alteración, que a Rafael no le cupo la menor duda de que su novia decía la verdad.

Todo estaba, por lo visto, inventado por aquella infame Petra.

Rafael contó a Mariana lo sucedido desde que no se habían visto, y lo que no quiso escribirle; sobre todo, la escena desagradable con su padre.

—Ahora vendrá la lucha tremenda entre él y tú—exclamó la costurera.

—No, esa lucha no vendrá—dijo Rafael—, porque no es necesaria; estoy arreglando mis papeles, y, con su consentimiento o sin él, nos casaremos en muy breve plazo.

Después, desde el paseo, fueron los novios a hacer unos cuantos encargos que tenía Mariana de su madre, y a la imprenta, para saludar a Luis. Con él estuvieron un ratito, para no entretenerlo demasiado, porque al día siguiente se publicaba el semanario y ya estaba haciéndose la tirada.

Allí, como ya le aseguró D. Sebastián, tenía menos sueldo; pero también menos trabajo.

Luis no estaba contento; esas imprentas de segundo orden, y, sobre todo, en provincias, no le agradaban. Su ilusión era volver a Madrid. «¡Si pudiera entrar en la de un diario de gran circulación!» *El Imparcial,*

El Liberal, A B C, esos periódicos no se le iban de la imaginación. Además, el manejo de las máquinas de linotipia le seducía y era su afán, porque tendría más sueldo.

Se despidieron los novios del cajista y fueron a la casa de ella, donde estuvieron charlando hasta la hora de comer. Por la tarde volvieron a dar su paseo, y por la noche los llevó Rafael a los tres a cenar a un restaurant. Al día siguiente tomó otra vez el tren para Madrid.

La despedida de Mariana fué cariñosísima, como siempre. Estuvo más serena, porque veía que se acercaba el día en que no volverían a separarse.

Llegó Rafael a Madrid con gran retraso. Fué a su casa, saludó a sus padres, se bañó, se vistió y en seguida fué a la Constructora a hacerse presente, y a que viera D. Ramón de Curcellas que había cumplido su palabra.

A los pocos instantes volvió a la calle de la Princesa, se encerró en su despacho y se puso a trabajar.

Las relaciones entre el padre y el hijo cada vez iban siendo más tirantes; sólo se veían a las horas de comer, y D. Sebastián estaba con él sumamente serio.

En esta situación pasaron unos días: Rafael, creyendo que el tiempo se encargaría de ablandar a su padre; éste, siempre con su firme propósito de impedir a todà costa aquel matrimonio.

*.

Las obras del puente iban muy despacio. Con motivo de la guerra, los materiales de construcción escaseaban, y a cada momento se presentaban serias dificultades, que la buena dirección de Curcellas y el talento de Rafael iban venciendo.

El ingeniero había terminado los planos, y por la Compañía se mandó construir un modelo pequeñito que fué visitado por una infinidad de personas. Se expuso también en el escaparate de una elegante casa de comercio, y continuamente se agolpaba el público para admirar el modelo del nuevo puente colgante que tendrían los madrileños. Ya iba siendo muy conocido el nombre de Rafael; varios periódicos se ocuparon de él en sendos artículos, cuyos recortes envió a Mariana, que los leía y releía con avidez. Una de las mayores satisfacciones que experimenta una mujer es la que siente al leer

en letras de molde un elogio dirigido al hombre a quien ama.

Mariana sentía un amor muy grande, y en ella era mayor que en otra mujer, por ser de una posición más modesta que la de su novio.

Rafael estaba ya decidido a hablar a su padre. Desde que regresó de La Coruña la última vez sólo tuvieron una conferencia muy corta, dos palabras, en la que Rafael le dijo que por Juan, primero, y por Mariana, después, sabía con completa seguridad que la escena del pasillo fué una infame calumnia de la criada; por lo tanto, había que decidir la situación, y para ello fué a su despacho. Entró y cerró la puerta tras sí. Don Sebastián le miraba asombrado.

Rafael iba a tomar la palabra; pero se adelantó su padre y no le dejó empezar.

El momento para ambos, sobre todo para D. Sebastián, era tremendo; de esos que en la vida hacen época, de los que no se olvidan nunca. Para Rafael era el rompimiento con su padre; y esto, en un hijo, sobre todo cuando es bueno, es muy desagradable. Para D. Sebastián era el planteamiento de una historia falsa, y en la que ponía en en-

tredicho la honra de una mujer que había prestado tantos y tan leales servicios a los suyos.

—Mira, hijo mío—dijo el padre acariciándole—; me alegro de que hayas venido, porque tenía muchos deseos de hablar contigo. Tengo que confiarte un secreto, el único que tu padre ha tenido para ti.

Rafael estaba tranquilo. Suponía que el asunto de que su padre quería hablarle se relacionaba con su novia. Sin embargo, le puso un poco en cuidado el oir lo del secreto. Procuró tener mucha calma y aguantar incluso las ofensas que pudiera dirigir a Mariana; al fin, era su padre.

—Yo, Rafael mío—continuó D. Sebastián—, hace muchos años cometí una mala acción en un momento de locura; una ligereza, una debilidad de esas que muchos hombres padecen. De ello me arrepentí, y más aun porque falté a tu buena madre, que no se lo merecía; pero, ¡qué quieres!, la otra era agraciada, la ocasión... mi temperamento... Tu madre estaba entonces enferma.

Don Sebastián sabía que María Rosa no estaba en casa; pero, a pesar de eso, y de

tener la puerta del despacho cerrada, hablaba muy bajo.

—Aquellos amores—continuó el padre de Rafael—fueron pasajeros; afortunadamente, duraron muy poco; pero han dejado en mi existencia un peso tan hondo, que continuamente me ocasionan trastornos físicos y morales. De aquel amor liviano, no amor, capricho, nació una niña.

Rafael, densamente pálido, escuchaba sin pestañear. Don Sebastián continuó:

—No hubo necesidad de tomar una determinación seria, porque, afortunadamente, previendo lo que podía ocurrir, me ocupé de casar a la madre con un hombre de su condición. El fruto de nuestro amor pasó por hija suya. Aquello era criminal, lo comprendo; pero, ¡qué quieres!, había que salvar a toda costa la honra de aquella mujer. Cuando se celebró el matrimonio los dos quedamos tranquilos al ver que se evitó lo que pudo ser una catástrofe.

—¿De manera que cuando la madre se casó ya llevaba en sus entrañas el fruto de aquel amor, o capricho, como tú dices?—preguntó el ingeniero

—¡Exacto!

—Entonces tú tendrías la seguridad de que aquella niña era hija tuya.

—Seguridad completa.

—Y, claro, no podías reconocerla porque eras casado; hija adulterina; pero para compensar a ese pobre infeliz a quien hicisteis pasar por padre, sin serlo, tú te encargarías de proteger a esa niña.

Don Sebastián empezaba a palidecer.

—Hay que suponer—continuó el ingeniero—que sobre aquella mujer tendrías cierto dominio; no sería una cualquiera, a quien conocerías en la calle; quizá alguna amiga o criada de tu casa. Que aquel hombre sería un bonachón, y, por lo tanto, dispuesto a todo. Tú, entonces, viendo el camino expedito, y sin responsabilidad alguna, para descargar tu conciencia, cogerías a aquella niña, la internarías en un buen colegio y cuidarías de que la dieran una educación esmerada. Es lo menos que podías hacer para contrarrestar aquella acción tan... Perdona, padre, iba a decir un disparate.

Y, cogiéndole la cabeza con cariño, besó aquellos cabellos grises, casi blancos.

—¡Perdóname; soy tu hijo, te quiero, te respeto!

Rafael lloraba; la pena le ahogaba, no podía ni respirar; pero llegó a dominarse.

—Sigue, padre, sigue.

Don Sebastián continuó:

—He estado muchas veces para confiarte esta pesadumbre de mi vida; pero como no había para ello pretexto, quería guardar el secreto. Hoy las circunstancias han variado.

—Sí, han variado mucho, padre; es verdad. Estás sufriendo; quieres decírmelo y no te atreves. Yo te ayudaré, y pronto. ¿Para qué vamos a hablar más? Los dos estamos destrozándonos. Esa mujer a que te refieres es Ramona; el fruto de ese pasatiempo, su hija Mariana. Es decir, que ésta es hermana mía, y, por lo tanto, no puedo casarme con ella.

Don Sebastián bajó los ojos, casi llorosos, al suelo y se tapó la cara con las manos. Era un gran cómico.

—Ahora sólo te exijo un juramento: que esto nadie lo sepa por ti. A nadie puedes hablar: ni a Ramona, ni menos a tu madre. ¡Cuidado! A Ramona, porque vería que yo había violado un secreto que quedó entre

los dos; a tu madre, porque sería la destrucción de nuestro matrimonio, de nuestra felicidad.

—¡Pero tú, en cambio, destruyes la mía!

—Yo no, hijo mío; las circunstancias de la vida.

Rafael salió del despacho de su padre; iba desencajado. No sabía qué determinación tomar.

Don Sebastián empezaba a comprender la importancia del paso que había dado, y, sobre todo, le aterraba la idea de que su mujer lo supiera. En un principio pensó darle cuenta de este nuevo proyecto que tenía para deshacer la boda de su hijo; pero desistió de ello, porque era peligroso «jugar con fuego». Las mujeres, en cuestiones de faldas, como ellas dicen, son muy desconfiadas, y podía a María Rosa pasar por la imaginación que tal vez, efectivamente, su marido había tenido amores con Ramona. Por eso resolvió no decirle una palabra, y era, por lo tanto, más difícil de llevar el asunto hasta su completa solución sin que ella se enterara.

Rafael por todas partes se encontraba sitiado. Si hablaba claro, se enterarían Ra-

mona y Luis y la catástrofe sería inevitable, y, además, lo sabría su madre y vendría el rompimiento entre sus padres, o, por lo menos, una serie de disgustos que les harían desgraciados. En caso contrario, si callaba, ¿qué excusa le pondría a su Mariana para terminar con ella, cuando precisamente le había jurado un cariño inmenso? El que fueran hermanos no quitaba para que la amase, puesto que se enamoró de ella cuando ignoraba su parentesco. Por esta misma razón no podrían vivir como hermanos, puesto que la deseaba como hembra.

—Mi situación es horrible—se decía el ingeniero para su interior—. No me queda sino un recurso: hacer todas las gestiones necesarias para cerciorarme de que mi padre no me engaña; de que, efectivamente, Mariana es mi hermana, y, cuando me convenza, concluir con mi vida. ¿Para qué la quiero, puesto que sin Mariana me es imposible vivir? El revólver es la única solución; se inventa cualquier excusa y se acaba de una vez.

Don Sebastián estaba deseando que su hijo le preguntara dónde había celebrado sus citas con Ramona, pues suponía que no había

de creer que hubieran sido en su misma casa. Lo quería para que se convenciera; pero le parecía un poco fuerte, y hasta peligroso, que él se lo dijera. Rafael tenía mucho talento, y a un hombre de estas condiciones es más difícil engañar.

Al fin se lo preguntó. Don Sebastián le dijo:

—Sí, hijo mío; nos veíamos en una casa reservada de una mujer que conocí en mi juventud.

—Y esa mujer, ¿vive?

—Sí; precisamente el otro día la vi de lejos.

—Pero ¿no sabrás dónde tiene su habitación?

—Lo ignoro. Sé que tenía un pariente que era encargado de un bar que hay cerca del Puente de Vallecas.

—¿Cómo se llama esa mujer?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Qué te importa? ¿No te fías de tu padre?

Don Sebastián decía todo esto para disimular aún más.

—Sí, me fío; pero necesito ver a esa mujer. ¿Cómo se llama?

—Josefa Fernández.

X

Las grandes naves de la Constructora estaban invadidas de obreros. El ruido del martilleo se confundía con el de los tornos y el de los potentes motores eléctricos, cuyos volantes ponían en movimiento las modernas máquinas. Allí las había para todo: para forjar, para pulimentar, para cortar. En otro cuerpo de edificio aislado, la fundición, cuyo interior tenía algo de fragua de Vulcano y mucho de infierno, con aquellos hombres medio desnudos para poder soportar las inconcebibles temperaturas que irradiaban las monumentales calderas, que al destaponarlas soltaban ríos de hierro, cuyo rojo caldo iba a depositarse en los moldes.

¡Oh, cerebro del hombre, qué grande, qué inmenso eres!

Las naves generales de la fábrica presen-

taban un cuadro muy interesante. Los novecientos y pico de hombres, con sus blusas azules manchadas por la grasa de los aceites y el roce de los metales, trabajaban sin distraerse, fijos en su obligación. Los jefes de talleres pasaban de vez en cuando para vigilar y resolver las dudas que se presentaban, y asimismo los ingenieros iban de los escritorios y mesas de planos a los talleres, acudiendo adonde su presencia fuera necesaria.

Allí estaba también Rafael, quien terminaba un trabajo urgente, que había de quedar colocado en el término de tres días.

Las piezas del puente que no venían del Extranjero iban haciéndose poco a poco, y en la actualidad había recibido Rafael el encargo de montar una claraboya para un patio de la casa de campo del opulento banquero D. Emilio de Garzón, que en su magnífica finca, cerca de Madrid, pasaba, en esos días de primavera, una temporada con varios amigos, todos personas muy conocidas en la sociedad elegante de la corte.

La claraboya era muy original, de quita y pon, parecida a la del nuevo teatro Reina Victoria, pero más práctica y más rápida,

para cubrir y descubrir el elegante patio de la casa de la hermosa finca Valdégrandora, de los ya nombrados señores de Garzón. Era una ingeniosa obra, debida al talento de Rafael.

Curcellas, en su despacho de la fábrica, llamó a Colombí.

—Esa claraboya, ¿está terminada?—preguntó el director.

—Sí, señor.

—Pues hay que montarla en seguida; el señor Garzón suplica que se le ponga lo antes posible. Disponga los hombres que han de ir con usted, y mañana mismo pueden facturarse las piezas.

—El banquero ha dispuesto que se lleven en camiones automóviles para que el envío sea más rápido, puesto que en ferrocarril tendrían que ir en pequeña velocidad y tardarían mucho.

—¡Ah! Bien—contestó el director.

Este nuevo trabajo le había contrariado a Rafael, puesto que por segunda vez tenía que ausentarse de Madrid. Sabía que era por pocos días; pero esos le privaban de poder terminar el asunto de Mariana, y, por lo tanto, su resolución tenía que retrasarse.

Por otra parte, no podía faltar al director, que tan amablemente le había dado permiso para ir a La Coruña, y que tendría que volvérselo a dar en plazo breve.

A los dos días ya estaban las piezas en la finca, esperando la llegada del ingeniero y de los obreros encargados de su montaje.

*

Era la finca Valdégrandora un hermoso monte situado a 45 kilómetros de Madrid por carretera. Tenía cerca de 1.500 hectáreas, y cuatro guardas cuidaban de él. La finca era preciosa, por la diversidad de paisajes que la embellecían. La mayoría del arbolado era de encinar; pero en las orillas de los dos arroyos que la cruzaban se veían espléndidos álamos, algunos chopos y varios fresnos. Tenía también sus hectáreas destinadas a olivar y viña, con sus molinos y prensas modernos, que Garzón cuidaba mucho, porque era hombre, el banquero, que se ocupaba del monte tanto como de la casa de banca.

En el centro de la finca, y rodeado de un precioso jardín a la suiza, se alzaba el *cha-*

let, espacioso y elegante. Una terraza por el lado del Mediodía, al que daba la fachada principal, completaba el conjunto del bonito edificio.

En aquellos días disfrutaban de la hermosa temperatura primaveral, además de los dueños de la finca, D. Emilio de Garzón y su distinguida consorte Claudia Romeral, el hermano de ésta, Mariano, con su costilla, María del Valle, y su hija Pepita; Jorge Derol; su mujer, Fabiana, y una sobrina de ellos, Solita Casieri; otra muchacha amiga, Purita Bermón, y el pollo de la reunión, Enrique Garmel.

Tomaban el té en la terraza, y las conversaciones eran diversas y animadas. Algunas veces se hacía general.

—Oiga usted, Emilio—exclamó Purita, que era la chiquilla más traviesa, más decidida y más verde de las tres solteras—, ¿es verdad que mañana viene el muchacho ese, ingeniero, de quien hablaba usted el otro día?

—Mañana le tendremos aquí—contestó Garzón.

—Y ¿es guapo?

—Muy guapo, joven, elegante y soltero.

¡Animarse, niñas! Pertenece a una distinguidísima familia. Tú, Jorge, conoces a su tío, el barón de Ronser.

—Y a su padre, aunque no le trato: Sebastián de Colombí—exclamó Jorge—. Sebastián es un poco antiguo; pero, aparte eso, sé que es persona de excelentes condiciones.

—Pero ¿es verdad, Emilio—preguntó Solita—, o es guasa viva?

—Nada de guasa.

—Siempre será algún obrerote ordinario, convertido en ingeniero—replicó Solita.

—¿Y eso qué tiene que ver?—exclamó Pepita Romeral—. El hombre, cuanto más rudo, es más fiero, más hombre. Me cargan los *educaditos;* a mí me gustan los hombres de *bronce*.

—A mí, los de carne — contestó Purita con malicia.

Las últimas palabras las dijeron bajo, para que no se enterasen los papás y los tiítos, que en mesas aparte saboreaban el riquísimo Rosenheim.

Las tres chiquillas y Enrique estaban en una mesa separada de los demás y celebraron el chiste de Purita.

Después del té fueron a dar su acostumbrado paseo. Unos días iban a pie; otros, en burro; algunos, en auto, y entonces se alejaban por la carretera, llegando hasta más allá de Guadarrama.

Las tres niñas querían llevar siempre a su alrededor a Enrique; pero a éste le entusiasmaba más la conversación de Fabiana, y, en cambio, el marido de ésta se iba con las chicas.

Fabiana era una hermosa mujer de veintiocho años, muy desarrollados y muy apetitosos. No era ni morena ni rubia; pero el color de su pelo era de un castaño que seducía. Su cuerpo, metido en carnes, que no llegaba a la gordura, era de una sensualidad que a Enrique le agradaba en extremo. Su marido, que contaba doce años más que ella, se iba aproximando a esa edad en que a muchos hombres les enloquecen las niñas; por eso Jorge iba siempre mosconeando con su sobrina y con las otras dos chiquillas. Además, le divertían los cuentos, un tanto verdes, que contaba Purita.

Las tardes que paseaban en burro había escenas graciosísimas cuando alguno de estos animales, ya tan tropezones de suyo,

caía, y con él la damita que llevaba encima. Si se lucían las piernas ya había comentarios para unos días.

Enrique sentía vivos deseos de que tropezara el burro de Fabiana; pero ella tenía suerte: casi siempre le tocaba el mejor, y, a pesar de que aquel hermoso cuerpo de mujer pesaba bastante, no se entregaba su cabalgadura.

Las chiquillas no pasaban de veintidós años, la mayor, que era Pura. Solita era la más formal; pero siempre juguetona y picarilla. Las tres eran niñas *bien*. Purita era descaradísima; Jorge admiraba lo mucho que sabía aquella nena.

—Pero ¿quién te ha enseñado todas esas cosas que dices?—le preguntaba el marido de Fabiana.

—Las aprendí en el colegio; me las enseñó Sor Micaela.

—¡Ja, ja, ja!

Y a carcajadas se celebraba el golpe de Purita.

Otras veces decía que se las había enseñado su novio, que era un chico muy *salao*.

—Y ¿quién es tu novio, Purita?

—¿Quién va a ser? Joselito...

Nuevas carcajadas coreaban el chiste.

Así iban pasándose los días en aquella hermosa finca, donde todo era satisfacción y alegría.

*

Aquella mañana, en que debía llegar el ingeniero a montar la claraboya, estaban todas, las niñas y las mayores, muy arregladitas. Se habían peinado mejor que ningún día. Se cargó también un poquito la mano en la pintura y en el perfume. Querían causar buena impresión al ingeniero, a aquel ingeniero tan guapo. Lo hacían sin malicia; la mujer es coquetuela por naturaleza.

A las diez y minutos llegó Rafael. Fué un automóvil a la estación a buscarlo, y, por lo tanto, se adelantó bastante a sus obreros. Vestía traje gris y sombrero flexible del mismo color, y llevaba una maleta que un criado recogió y condujo al cuarto que le tenían dispuesto.

Todas las chicas esperaban en el jardín, y, con ellas, el dueño de la finca. Cuando llegó el auto salieron también Mariano, Jorge y Enrique. Emilio de Garzón fué, de una a otra, haciendo las presentaciones.

Purita se acercó en seguida a Rafael; tenía muchos deseos de entablar conversación con el ingeniero.

—¿Va usted a estar mucho tiempo entre nosotros?—le preguntó.

Rafael estaba enamorado ciegamente de Mariana, y, como todo hombre que ama de verdad, no gustaba de florear a las demás mujeres; pero en aquella ocasión tenía que ser fino y galante.

—No todo el tiempo que yo quisiera, señorita, porque aquí estaría uno muy bien toda la vida; pero mis asuntos requieren mi presencia en Madrid lo antes posible.

—¡Qué lástima!—contestó Purita con el mayor de los descaros.

A Pepita también le agradó el ingeniero al principio, y para su interior repetía:

—Me gusta, a pesar de no ser de *bronce*...

El banquero condujo a Rafael, para que lo viera, al patio donde iba a colocarse la claraboya. Cuando se tomaron las medidas fué un jefe mecánico; por eso el ingeniero no lo conocía. Era muy elegante, bastante espacioso y adornado al estilo de Andalucía. Alrededor, arriates con preciosos celastros, fénix y quencias; en las esquinas,

cuatro magníficos cocos rodeados de geranios, y en el centro, una fuente de mármol, a que servía de remate una estatuílla de bronce representando a Diana cazadora. Esparcidos por todo él, mecedoras, butacas, sillas y mesitas de mimbre, de color, constituían el mobiliario de aquel patio jardín.

Rafael advirtió al banquero que todos aquellos muebles y las plantas que pudieran quitarse era conveniente retirarlos para evitar que sufrieran algún deterioro.

Así se hizo cuando llegaron los seis operarios que la Constructora había enviado para llevar a cabo el montaje de la claraboya. Entre ellos y los criados dejaron el patio limpio de muebles y macetas, y la fuente se tapó con tablas y arpilleras. Pocos momentos después empezaban su tarea, bajo la dirección del ingeniero.

Aquel día se trabajó mucho y bien. De seguir así, en cuatro quedaría colocada la cubierta de cristales.

A los seis operarios se les había dado dos habitaciones: una para comer y otra para dormir.

Llegó la hora del almuerzo, y Rafael, que ya había cambiado de traje, pasó al co-

medor con todos, sentándose a la derecha de la señora de la casa.

La comida fué muy animada; se habló de todo: de política, de teatros, de ciencia, de arte. Las mujeres estuvieron pendientes del ingeniero; tenían que observarlo, fijarse si comía bien...

Fabiana, que estaba enfrente, le miraba con mucha atención, y, cuando Rafael pasaba la vista en general, al llegar con sus ojos a la mujer de Jorge, ella le sostenía la mirada un instante cortísimo; no era tan descarada como Purita, que la tenía fija más de medio minuto. Se estableció una especie de pugilato entre la soltera y la casada para ver cuál de las dos le miraba más.

Al día siguiente, por la tarde, todas se empeñaron en que el ingeniero fuera con ellas a paseo. Él se disculpaba.

—No puedo dejar a los operarios un momento—decía Rafael.

—Deje usted dicho al encargado lo que tienen que hacer—replicaba Purita—, y así podemos disfrutar de su agradabilísima compañía.

—Sí; tiene razón Pura — afirmaba Fabiana.

—No es cosa de desairar a ustedes. Iré.

Y, efectivamente, se le dejó dicho al obrero encargado lo que tenía que hacer, y el ingeniero pudo acompañar a los dueños y a sus huéspedes a la jira vespertina de aquel día.

El paseo se hizo a pie por el camino bajo de la viña, que era uno de los más deliciosos sitios de Valdégrandora. A derecha e izquierda había magníficas alamedas, escalonadas por las desigualdades del terreno. Muy cerca iba, casi paralelo, un arroyo cuyas orillas, cuajadas de frondosos fresnos, completaban el paisaje ideal que a Rafael agradaba en extremo.

En uno de aquellos sitios se hizo una parada, y Mariano Romeral impresionó varias placas con todas aquellas personas, que formaban preciosos grupos. En uno de ellos Purita se colocó queriendo subir a una encina, cuyo tronco estaba muy inclinado, y, como llevaba la falda, cual empezaban a volver a usarse, un poco estrecha, lucía bastante una de las piernas, fina por abajo, torneada por arriba; ¡un encanto!... En otro grupo se cogió del brazo del ingeniero, y Fabiana se detuvo, mirándole, y en el

último Purita le colocó una flor en el ojal. No se podía hacer más en tan pocas horas.

A la vuelta vinieron tarde, variando de camino. Lo hicieron por el de la senda del ribazo. Fabiana y Purita, siempre al lado del ingeniero.

—¡Qué importuna es esta mujer!—decía para su interior la soltera.

—¡Qué cargante es esta niña!—pensaba, de la misma manera, la casada.

Y Pepita decía a Solita:

—Pero ¡qué tontas son esas! ¡Qué ridículas! No lo sueltan un momento, como si fuera el bello Narciso.

—No es feo—exclamaba Solita.

—No vale nada. Más me gusta el encargado, que será todo lo obrero que quieras, pero es un hombre *de una vez.* ¡*Brutal* de guapo!

—Sí, pero huele a grasa—repetía Solita.

Enrique estaba achicado. «De fuera vendrá quien de casa nos echará.» Fabiana, desde que llegó Rafael, no le hacía caso, y en el paseo de aquella tarde tuvo que irse con las dos nenas a quienes algunos ratos también acompañó Jorge.

Pura y Fabiana no dejaban un momento

a Rafael. La soltera era muy descarada, pero más chiquilla; la otra, mujer de mucha experiencia, más comedida en la forma, era más segura en el fondo.

Se habían quedado un poco atrás. Rafael iba verdaderamente comprometido. Si les hacía caso, no guardaba muy bien la fidelidad a su Mariana; de otro modo, quedaba muy mal con ellas, hacía el ridículo delante de dos mujeres. Sólo deseaba que se acabara pronto la obra para marcharse del lado de aquellas hembras, que envenenaban.

—¡Qué bien está eso para perderse!—decía Purita mirando a la parte de la derecha del camino, sitio cuya espesura presentaba un aspecto imponente (a aquella hora, ya entre dos luces).

Después le preguntó a Rafael:

—Si yo me perdiera en ese bosque, ¿me encontraría usted?

—¡Ya lo creo! Porque, aunque no la viera, la olería.

—¿Sí? ¿Y a qué huelo?

—Huele usted a mujer divina, que es el perfume que más nos gusta a los hombres.

Aquello no agradó mucho a Fabiana, y, para animarle más hacia ella, se acercó tan-

to, que, a un ligero movimiento que maquinalmente hizo Rafael, con su brazo tocó de lleno el pecho de aquella mujer: un pecho de virgen, duro, hermoso.

—Estas mujeres me comprometen —se dijo Rafael—. ¡Ah! Si no fuera por lo muchísimo que adoro a la otra, ya os lo diría yo con creces. Antes de tres días erais mías las dos.

En la tarde siguiente no quiso el ingeniero dejar el trabajo por dos razones: porque se estaba en lo más importante de la colocación de la claraboya y porque comprendía que era peligroso ir al lado de Fabiana y de Purita.

—Estas mujeres tan sensuales son encantadoras por el momento—repetía el ingeniero—; para cierto tiempo, agradabilísimas; pero ¿y después? ¡Ah! Para siempre, aquélla, mi Mariana; aquella es buena, virtuosa, dócil. Mariana hubiera podido hacer mi felicidad.

Y después de repetir estas frases se quedó pensativo.

En aquella ocasión daba pruebas Rafael de lo mucho que quería a la costurera. A pesar de que tenía la casi seguridad de que

su padre no le había engañado, por ella no quiso comprometerse con ninguna de aquellas dos casquivanas, a quienes hubiera sido fácil conquistar.

—Esta es la sociedad en que mi padre quería meterme—repetía el ingeniero—. Yo no sirvo para esto; yo ambiciono un hogar tranquilo; yo quiero una mujer que sea mía en cuerpo y alma; que, cuando vuelva de mi trabajo, me reciba amantísima; que, al apretar entre mis brazos su cuerpo divino, recoja en un beso entrañable la expresión más fiel de su cariño; que yo sepa que su mente pura sólo pensó en mí; que aquel cuello, tapado para los demás hombres, se descubre para que yo, yo sólo, lo vea y lo acaricie. Este es el ideal que ambiciono; esta es la felicidad que yo hubiera tenido con mi Mariana.

Como Purita y Fabiana sabían que aquella tarde no iría a paseo el ingeniero, y veían que la obra iba a terminar muy pronto, querían aprovecharse; así es que desde muy temprano estuvieron en el patio *presenciando* los trabajos. También se encontraba allí Pepita, que no quitaba ojo a Casiano, el obrero encargado, un hombre de

bronce, como ella decía. Los demás operarios ya lo habían notado y le dieron sus bromas con la señorita rubia.

—Anda, anímate—le decían—; no seas tonto, que todavía te vamos a ver con *hüito.*

Seis días estuvieron los obreros y Rafael en la finca, y en ese tiempo quedó la claraboya perfectamente colocada y muy a gusto del banquero, que se recreaba con ella como un chico con un juguete.

Y como todo llega en la vida, al fin llegó el día, poco agradable para las tres mujeres, en que habían de ausentarse de Valdégrandora el ingeniero y el encargado.

Los obreros recibieron espléndidas propinas de D. Emilio y quedaron muy contentos. Todos se despidieron en general, y Casiano, en particular, de Pepita; era una demostración de agradecimiento por el *flirteo* de la señorita.

Rafael salió después que sus obreros. Fabiana y Pura hubieran deseado ir al apeadero; pero les pareció un poco fuerte; no trataron de proponerlo a las demás y salieron con todas al jardín a despedirle.

Hubo sus correspondientes ofrecimientos, palabras de afecto, apretones de manos.

—¡Que nos veamos en Madrid!

—Sí; con mucho gusto.

—¡Que no nos olvide!...

Jorge y Mariano le ofrecieron su casa. Purita no pudo hacerlo porque no tenía allí a su padre; pero tomó una iniciativa, que todos aprobaron con gran contento: le harían una visita en la fábrica, para que les enseñara los talleres y la fundición.

Fué el de la despedida un momento muy interesante, que Mariano Romeral aprovechó para impresionar otras dos placas.

XI

A su llegada a Madrid Rafael dió cuenta a Curcellas de todos los trabajos que se habían hecho en la finca del Sr. Garzón, y volvió el ingeniero a ocuparse de los del famoso puente, que habían estado por parte de él, y sin culpa suya, un poco abandonados.

Al mismo tiempo pensó en solucionar cuanto antes el asunto de Mariana, y lo primero que tenía que hacer era ver a la celestina.

Como andaba muy ocupado no podía distraer horas enteras para averiguar dónde vivía aquella mujer; por lo tanto, se fué a una agencia de policía particular, y, mediante un anticipo de treinta pesetas, dejó el encargo de que se hicieran gestiones para saber dónde habitaba Josefa Fernández. Pa-

ra ello dió también detalles del primo encargado del túpi.

Rafael volvió a su casa; tenía que escribir a Mariana, a la que hacía cinco días que no dirigía carta. A ella no había de extrañarle, porque, antes de salir para Valdégrandora, ya le había puesto al corriente de todo.

Cuando el ingeniero regresó a Madrid volvió otra vez a ponerse taciturno. Los sitios aquellos donde había estado Mariana le ocasionaban una pena muy grande, y por momentos se le veía demacrarse.

A María Rosa no le pasaba inadvertido. La pobre señora sostenía una lucha tremenda, que también le quitaba la vida. Además de querer a su hijo con delirio, no tenía esa preocupación por el abolengo tan arraigada como D. Sebastián. Por su parte hubiera cedido; pero no quería disgustar a su consorte.

*

A los tres días de llegar de la finca de Garzón sabía Rafael las señas de Josefa. No se había mudado; vivía en la misma casa en que fué a verla D. Sebastián.

Allí se encaminó el ingeniero.

Llamó a la puerta y salió a abrir una criada zarrapastrosa.

—¿Qué desea?—preguntó la fámula.

—¿Doña Josefa Fernández?

—Sí, señor; pase.

Y Rafael fué conducido a la misma habitación en que días antes se fraguó el complot miserable que ocasionaba su desgracia.

Algo más arreglada que el día que recibió a su padre, pero más pintarrajeada todavía, estaba la celestina, que no causó asombro a Rafael en ningún sentido. «Una mujer vulgar»—pensó el ingeniero.

Josefa, al momento, comprendió que tenía delante al hijo de su antiguo amigo, y que necesitaba de mucha serenidad para no cometer ninguna imprudencia o caer en alguna contradicción. Recordaba que Sebastián le había dicho que era muy listo, y, por lo tanto, necesitaría doble cuidado.

Rafael explicó a la ex buscona el objeto de su visita, después de haberse dado a conocer.

—Sí, señor—replicó ella—; se veían en mi casa.

—¿Usted vivía entonces aquí?

—¡Quia! No, señor; vivía en aquella época en la calle de Lemus.

Y dió el nombre de la finca en que por aquellos años habitaba Josefa, y que Rafael apuntó en un papel.

—¿Estuvieron mucho tiempo visitando su casa mi padre y aquella mujer?

—Unos dos años.

Rafael volvió a apuntar.

—¿Usted no recordará qué años fueron?

—No sé si me acordaré... Espere usted... Entonces venía a casa... Sí... pues hará unos dieciséis o dieciocho años.

La ex buscona había tenido muy presente la fecha que le dió D. Sebastián; no la había olvidado, y ahora, al contestar á Rafael, lo hacía tan bien y con tanta seguridad, que el ingeniero no sospechó que aquella mujer estaba engañándole miserablemente.

No cabía duda; su padre tenía razón; ya no había esperanza. Se le nublaron los ojos. Se dió cuenta de que su corazón latía con violencia, y hasta miedo tuvo de que en aquella cueva de la prostitución le diera un ataque.

Se puso en pie y dió las gracias a aquella harpía, que, con dos palabras en sentido

contrario, con sólo decirle la verdad, le hubiera hecho el más feliz de los hombres; pero las miserables pesetas tenían la culpa y destrozaban su vida poniéndole en el trance de hacer un disparate.

Vagando como un autómata estuvo una porción de tiempo por calles y plazas, sin rumbo fijo.

Después llegó a su casa y se acostó. María Rosa, que estaba muy preocupada, fué en seguida a su cuarto.

—¿Qué tienes, hijo de mi vida?—le preguntó su madre—. Tu cara está desencajada. ¿Qué te ocurre, Rafael?

—¿Qué quieres que me ocurra, madre? Que estoy algo enfermo.

El ingeniero no podía decir a María Rosa la verdad, porque entonces vendría la catástrofe entre sus padres; y ese era otro de los motivos de lucha horrible que sostenía. No ignoraba que, cuando tenía motivos, ella era una mujer de mucho carácter y le pediría explicaciones muy serias; y, probablemente, terminarían por separarse.

Esto horrorizaba a Rafael; así es que a su madre, que cariñosísima le pasaba la mano por la frente para ver si tenía fiebre

—mano temblorosa que él, correspondiendo a la caricia, besaba—, no pudo decirle otra cosa sino que estaba enfermo.

—Manda recado a la fábrica que no puedo ir—dijo el ingeniero—. Cierra el balcón, y dejadme dormir; me duele mucho la cabeza; no puedo hablar, ni ver la luz.

María Rosa cerró el balcón y le dejó solo, después de haberle besado en la frente.

El pobre Rafael, meditando en el horizonte tan negro que se le presentaba, acabó por quedarse dormido.

Cuando le despertaron se encontró a la cabecera de su cama a sus padres y al médico de la casa, que había sido llamado por María Rosa.

—¿Qué es esto, Rafaelito?

—Esto no es nada, D. Manuel—contestó el ingeniero.

El doctor pulsó a Rafael; le dió el termómetro para que se lo colocara en la axila; lo miró después: 36,7; volvió a pulsarlo.

—Fiebre no tiene—exclamó el facultativo—; pero el pulso está sumamente excitado y nervioso. Nada, esto no es nada; quietud y un poco de bromuro, y mañana está usted bueno.

Volvieron a cerrar el balcón y le dejaron solo.

—¿Tiene algo de importancia?—preguntó María Rosa demostrando gran inquietud, y cuando ya hubieron salido de la alcoba.

—No es nada: un estado de excitabilidad de los centros nerviosos. Ya han visto ustedes que ni le he auscultado. ¿No saben si ha tenido algún disgusto?

—Ninguno—se adelantó a contestar don Sebastián.

María Rosa hizo un gesto de incertidumbre.

El doctor extendió la receta del bromuro potásico y se despidió de aquellos señores, que se quedaron: D. Sebastián, tranquilo, porque sabía la causa de la indisposición; pero María Rosa, muy disgustada, porque temía que fueran aquellos los pródromos de una grave enfermedad.

En seguida trajeron de la farmacia la disolución de bromuro, y la madre dió a Rafael la primera toma. A los pocos momentos el ingeniero estaba más tranquilo.

*

Mariana había recibido la carta que Rafael le envió a su llegada de Valdégrandora. Aquella epístola iba triste; en ella quiso, sin embargo, el ingeniero disimular su pena dirigiéndole palabras de mimo y de cariño; pero no pudo conseguirlo; había un tono especial en aquella carta que, más que alegría, ocasionó a Mariana una tristeza muy grande. Parecía que su corazón presagiaba que aquellos amores no iban por buen camino.

—¡Pobre de mí!—repetía para su interior la hija de Ramona—. Sucederá lo que yo presentía. La ausencia ha traído el abandono. ¡Me está olvidando!

¡Qué triste y qué desesperada es la situación de dos seres que se aman, cuando están separados, cuando no pueden comunicarse con facilidad sus impresiones y los incidentes que a cada momento les ocurren! En este caso lo era más todavía por la circunstancia imprevista y de tanta gravedad que se les iba presentando. Mariana creía que Rafael la olvidaba; aquel viaje a la finca, tras los cinco días que le tuvo sin carta, suponía que era una excusa. ¡Y la última, tan lacónica y tan fría!

Y, sin embargo, el ingeniero la quería cada vez más; pero como le escribió bajo la impresión de una angustia tan inmensa, no pudo reflejar alegría en el papel, porque eso era imposible en un hombre de las condiciones de Rafael, todo nobleza y corazón.

Aquel día Ramona notó en su hija la preocupación que la embargaba, y la chiquilla, tan buena, no ocultó a su madre sus tristes augurios; pero entre ambas se convino que Luis no se enterara.

El padre estaba un poco receloso con el noviazgo de su hija. Le parecía aquello tan imposible, que en diversas ocasiones no ocultó a su mujer su pesar por haberlo consentido.

Tres fechas más tardó Mariana en recibir otra carta, y en ella le anunciaba Rafael que estaba enfermo, que había aprovechado un momento para escribirla; pero que, como no se encontraba bien, tuvo que volverse a meter en la cama.

—¿Será verdad?—se preguntaba Mariana—. ¿O es esta una nueva excusa? ¿Será otro paso más para ir buscando el rompimiento?

Ella contestó a las dos cartas lamentándose de la dolencia que aquejaba a Rafael.

XII

Pasaron unos días, de los cuales el ingeniero estuvo varios en cama. Su enfermedad fué, más que física, moral. Durante ese tiempo pudo ir muy poco por la fábrica, ni menos ocuparse de lo que le preocupaba: del asunto de Mariana.

Había vuelto a escribirla otras tres cartas, y a todas tuvo contestación. Ella se había espontaneado un poco, y en una le decía que notaba algo extraño en sus renglones; pero él, en seguida, tuvo buen cuidado de hacerla variar en su manera de pensar, contestándola con otra cariñosísima. Quería tenerla engañada hasta lo último; no decirle nada hasta que tuviera decidida la determinación que había de tomar, que él auguraba que sería muy grave.

Daba por hecho que su padre había estado en amores con Ramona; esto era indudable; pero ello no quería decir que Mariana fuera hija suya. Podía ser una añagaza del autor de sus días para deshacer su boda con la costurera.

Claro que esto sería difícil de averiguar; pero, en último término, rompería su juramento respecto a Ramona y la hablaría.

De pronto se dió un golpe en la frente. Sus ojos brillaron de satisfacción; su faz varió por completo, tornándose, de triste y preocupada, en satisfecha y alegre.

—Pero ¿cómo no he caído en esto?—repetía para su interior—. No es posible que Mariana sea hija de mi padre, porque, en ese caso, Ramona hubiera impedido nuestras relaciones; y no es lógico tampoco que, no siendo hija de Luis, Ramona lo ignore. Recuerdo que su madre se puso hasta contenta cuando le hablé, y no es posible tanto cinismo en una mujer como Ramona, que siempre ha sido tan buena. ¡Oh, gracias, Providencia, que me has dado un rayo de luz!

*

Aquel mismo día recibió el ingeniero una carta por el correo interior. La abrió, y grande fué su sorpresa y su contrariedad al leer lo siguiente:

«Sr. D. Rafael de Colombí.

Nuestro muy distinguido amigo: El próximo sábado nos tomaremos la libertad de molestarle un par de horas.

Como ya convinimos con usted, iremos a ver los talleres de la Constructora.

Sin duda hubiera sido más cómodo que fuéramos en domingo; pero somos tan curiosos, que los queremos ver *con vida,* cuando todas sus máquinas estén funcionando.

No dudamos que será tan amable que ha de complacer a sus afectísimos amigos, que estrechan su mano...»

Y firmaban todos: los dueños y huéspedes de Valdégrandora.

Don Sebastián de Colombí había dicho en la mesa que tenía que hacer un viaje a Santander de tres o cuatro días. Algo les llamó la atención a María Rosa y a Rafael; pero, para que a ella no le extrañara, le dijo, des-

pués que terminaron el almuerzo, y ya solos y encerrados en su tocador:

—Mira, María Rosa: para Rafael, voy a Santander, porque no quiero que sospeche; pero adonde me dirijo es a Coruña. Quiero hablar a Ramona y exigirla que ha de obligar a Mariana a romper sus relaciones con nuestro hijo. No quiero dejar este asunto, que va a quitarme la vida, hasta que haya deshecho completamente ese disparatado noviazgo, o lo que sea.

María Rosa movió ligeramente la cabeza, como la persona que no queda muy satisfecha de lo que se le dice.

Como urgía, al día siguiente salió D. Sebastián para La Coruña.

*

A la hora convenida llegaron a la fábrica todos los firmantes de la carta. Fueron en tres automóviles. Rafael y Curcellas, que estaban al cuidado, salieron a la puerta y el ingeniero fué presentando a todos, y asimismo lo hizo después a los compañeros suyos, al subdirector y al jefe de contabilidad.

Estuvieron éstos muy amables y enseña-

ron toda la fábrica con bastante detenimiento. Las muchachas, siempre traviesas, enredaron todo. Pepita preguntó con disimulo por Casiano; pero allí había muchos más hombres de *bronce,* que valían tanto y más que aquél; hubiera tenido donde elegir.

Fabiana y Purita, como en la finca de Garzón, no se separaron ni un momento del ingeniero, y lo acosaron a preguntas, que Rafael, siempre deferente, contestó con gran complacencia.

Curcellas les prometió que les regalaría unas medallitas de cobre, como recuerdo de aquella visita tan agradable.

Mucho tiempo se detuvieron contemplando las piezas del puente de la Renovación, y, sobre todo, el modelo, que les encantó de una manera extraordinaria.

Cuando ya lo curiosearon todo se despidieron del alto personal, no sin haber dejado antes una crecida cantidad para el Montepío de los obreros.

Volvieron a subir a los automóviles y tomaron la dirección de sus respectivos domicilios.

✶

Don Sebastián había llegado a La Coruña. Durante el viaje fué pensando en la manera de que tenía que valerse para ver a Ramona, por lo menos una vez, y hablarla sin que se enteraran Luis ni Mariana. Había pensado mandarle recado desde el hotel, fingiéndose enfermo; pero ¿y si le daba la ocurrencia a Ramona de ir con su hija? Entonces no podía llevar a efecto su plan.

—Lo mejor—se dijo Colombí—es ir a su casa.

Y así lo hizo, al día siguiente de llegar.

Dió la casualidad de que estaba entonces en la imprenta con trabajos muy urgentes y Luis tenía que comer allí. Mariana le llevaba el almuerzo; de manera que cuando llegó D. Sebastián tuvo suerte: encontró a Ramona sola.

Mucho miedo tenía el padre de Rafael a aquella escena; pero no había otro remedio, y se decidió desde luego a abordar la cuestión cuanto antes.

Después del saludo de la pobre Ramona, que fué cariñosísimo, empezó su triste cometido aquel pobre loco, que no reparaba en los medios, por tremendos que fueran, para llegar al fin deseado.

Comenzó D. Sebastián diciéndola que tenía noticia de las relaciones amorosas de su hijo con Mariana, y que era necesario que ella pusiera de su parte todo cuanto pudiera para hacer desistir a la chica de esa proyectada unión, que era el mayor de los disparates.

Ramona oía y callaba. Siempre respetuosa con su antiguo señor, no se atrevía ni aun a hacer la más insignificante observación.

—Bueno, ¿qué contestas?—preguntó Colombí.

—¿Qué quiere usted que diga, señor? Que obedeceré como es su deseo; pero si ellos se quieren, no sé si podremos hacerlos desistir de su empeño.

—A la fuerza hay que conseguirlo, por cuantos medios estén a nuestro alcance; porque, en caso contrario, sería yo capaz de hacer un disparate.

—No tiene usted que hacer ninguno, ni aun siquiera incomodarse. Yo le respondo que Mariana dejará a su hijo.

—Así lo deseo, y que sea lo antes posible; y si a mi Rafael no se le puede hacer desistir, hay que tomar una determinación

enérgica. Esto que te voy a decir es un poco fuerte, Ramona; pero no hay más remedio que hacerlo. Si mi hijo no cede, tú misma tienes que inventar cualquier historia respecto de Mariana para hacerle comprender que no es digna de él.

—Y ¿qué quiere usted decir con eso, señor?

—Pues quiero decir que tú misma tienes que asegurar a Rafael que tu hija ha tenido un amante.

Ramona se puso densamente pálida y tuvo que cogerse a la pared, pues llegó un momento que creyó caer al suelo. ¿Cómo hubiera podido ella creer que D. Sebastián de Colombí, su antiguo señor, tan bueno, tan correcto, tan caballero, había de proponerle una cosa tan tremenda?

—¡Oh, sería infame! ¡Una madre nunca puede hacer eso!

—Este es un caso excepcional.

—Yo le aseguro, vuelvo a repetírselo, que mi hija dejará a Rafael; pero yo no puedo valerme de ese medio, que me repugna.

—Si no se apela a un medio enérgico no se consigue nada con mi hijo, que está ciego.

Tienes también otro camino, y puedes emplear el que más te agrade.

—¿Cuál?—preguntó la antigua sirviente.

—Decirle que tú fuiste mi querida y que sospechas que Mariana es hija mía.

La pobre Ramona no sabía cuál de las dos proposiciones le había hecho más efecto. Dudaba si aquello era un sueño o si D. Sebastián estaba loco. No pudo contestar; permaneció callada; las lágrimas le enturbiaron los ojos. Su pecho parecía el de un agonizante; respiraba con dificultad.

Colombí comprendió que la escena había sido muy fuerte y se dispuso a abandonar aquella casa.

—Serénate, ten valor y piénsalo—replicó D. Sebastián—, y la determinación que adoptes me la comunicas en el hotel, yendo tú sola, como es natural.

Y el padre de Rafael le indicó la fonda donde paraba. En cuanto cerró la puerta tras sí, Ramona, frenética, loca, desesperada, corrió a su cuarto y se dejó caer sobre la cama, presa de un tremendo ataque nervioso.

Al día siguiente D. Sebastián de Colombí salía para Madrid, satisfecho. Ramona le había asegurado que Mariana reñiría con

Rafael, y que en caso de que éste no consintiera, para obligarle, ella se echaría la culpa, y así el honor de su hija quedaría a salvo; pero poniéndole la condición que ni ésta ni Luis se enteraran.

Esto era lo que Ramona había prometido a D. Sebastián. ¿Lo cumpliría? Ella misma lo dudaba.

Cuando el padre de Rafael llegó a su casa, después de haber descansado y de terminar su *toilette,* le entregaron la correspondencia. Seis cartas, que fué abriendo; una de ellas, del interior, sólo decía: «Sr. Colombí.—Calle de la Princesa.» Rasgó el sobre y se encontró con tres retratos-grupos, en papel, y de tamaño 9 x 12. Tres positivas de las cuatro placas que había impresionado Mariano Romeral en Valdégrandora. Uno de ellos era en el que estaba Purita poniéndole la flor, y en el otro, del brazo de su hijo.

—¡Oh!—dijo D. Sebastián—, la suerte me favorece. He aquí un arma bastante poderosa. Estos retratos irán a poder de Mariana.

XIII

Uno de esos días críticos en que Rafael sufría terriblemente y en que vagaba por las calles, distraído, sin fijarse siquiera en las personas que pasaban a su lado, se retiraba por la mañana hacia su casa y, al pasar por la plaza de España, se detuvo para ver las obras de embellecimiento que allí se hacían.

Cuando estaba contemplándolas notó que una mujer se le acercaba por la espalda. Un poco de reojo vió que iba admirablemente vestida, y Rafael percibió un ligero pero delicadísimo perfume. Iba a mirarla, cuando ella, acercándose más, le dijo al oído:

—¿Está el ingeniero aprendiendo la jardinería?

Rafael se volvió y se encontró frente a frente con Fabiana.

Se saludaron, no sin haberle apretado ella la mano más de lo debido.

—¿Qué hace usted, que no se le ve por ninguna parte?—preguntó la mujer de Jorge.

—Trabajar mucho, Fabiana.

—También hay que dedicar unas horas al descanso, a las distracciones, a los amigos y a las amigas... Como dijo usted que le gustaba el campo, yo creí que aquí disfrutaba de él; pero no le he visto ni un día siquiera. A mí también me gusta la soledad; todas las tardes voy en coche a la Casa de Campo o a la Moncloa; algunas veces con amigas; pero casi siempre sola...

Rafael comprendió que si aquello no era una declaración se lo parecía mucho.

—Tenemos que hablar—repitió Fabiana—; tengo que contarle muchas cosas. ¿Cuándo y dónde quiere usted que nos veamos?

Fué una pregunta tan inesperada la de aquella mujer, que Rafael se quedó por un momento sin saber qué contestar. A los pocos segundos le dijo:

—Pues, donde usted quiera.

—Mañana, en la Puerta de Hierro. ¿Le parece bien?—replicó la señora de Derol—.

Un poco más allá de donde para el tranvía.

—Sí, allí iré; pero mejor pasado mañana.

—¿A qué hora?

—A las cuatro y media.

—Muy bien; hasta pasado mañana, Rafael—le dijo, apretándole la mano mucho más que al principio de la conversación.

Y ella tomó el tranvía de Argüelles, en dirección a la Puerta del Sol, y él siguió a pie por las calles de Ferraz y Ventura Rodríguez hasta la de la Princesa.

—Pues, señor—decía el ingeniero por el camino—, este es un incidente que no me esperaba; tengo cuarenta y ocho horas para pensarlo.

Aquella noche Rafael no pudo dormir. Fabiana le había impresionado de una manera extraordinaria. No sabía qué resolución tomar respecto a la cita. En aquellas circunstancias en que él estaba, abatido y preocupado por el asunto de Mariana, tenía que dedicarse a hacer el amor a una mujer casada. Si faltaba a la cita quedaba muy suciamente con ella; además, ¿por qué no confesarlo?, Fabiana era verdaderamente hermosa.

—Después de todo, a esta mujer no he de

tomarle cariño—exclamaba el ingeniero—. Será un capricho, un pasatiempo; bueno, pues no hay que desperdiciarlo. Iré a la Moncloa.

A la hora convenida estaba Rafael a la derecha de la Puerta de Hierro, y un poco más allá de donde para el tranvía.

Esperó. Dieron las cinco, las cinco y media, las seis, y nada. Fabiana no aparecía.

—¡Qué raro!—exclamaba el ingeniero—. Se habrá puesto enferma.

A las seis y media, ya cansado de esperar, se marchó Rafael.

Cuando llegó a su casa se encontró una carta, que le llevaron en el correo de las dos. La abrió, y en una hoja de papel, escrita con lápiz, decía lo siguiente:

«Rafael, no me tache usted de informal. Esta mañana ha recibido mi marido un anónimo en que le dicen que tengo amores con usted y que anteayer estábamos hablando en la calle de Ferraz.

Él no me deja salir, y no podré hacerlo hasta que pasen unos días y se le olvide.

He aprovechado un momento que he sa-

lido con la doncella a comprar una cosa para echar esta.

¿Quién habrá sido el infame que habrá escrito el anónimo?

Suya afectísima,

F.»

—Pues me alegro mucho—dijo el ingeniero—, porque esta aventura no era de amor; era de amor propio.

La autora del anónimo no era otra que Purita, que al pasar con su madre en el tranvía vió hablando a Fabiana y a Rafael y le hizo ese *favor* a su buena amiga.

*

Rafael volvió al día siguiente a casa de la celestina. Quería hablarla por segunda y última vez, para oir de sus labios que efectivamente aquella mujer que allí se vió con su padre era Ramona.

La visita fué más detenida que la primera. El ingeniero la acosaba a preguntas, que la ex buscona fué contestando con gran maestría.

Ya cansado, se levantó, y furioso salió de aquella casa, sin despedirse de Josefa.

Al llegar a la calle se detuvo, se pasó la mano por la frente, respiró con dificultad; no podía andar. En la de San Bernardo tomó un coche; dió al cochero las señas del Juzgado municipal de uno de los distritos.

Aquella noche, pasada de insomnio, como muchas, Rafael se había acordado de que le quedaba todavía un recurso para ver si su padre le engañaba. Le había dicho que Ramona fué encinta al matrimonio. La partida de casamiento de los padres y la de nacimiento de Mariana le dirían si aquella afirmación era verdadera.

Y hablaba solo dentro del coche:

—¡Pobre Mariana de mi vida, que soñaste con un hogar dulce: que habías de ser la mujer del ingeniero, que te mimara, que siempre estuviera pendiente de tus caprichos, que idealizara tu vida con el amor más inmenso, con el cariño más entrañable; que pensabas elevar de su posición a tus padres—a pesar de lo ocurrido, muy buenos—, y todo... «castillos en el aire»! ¡Tu dicha yace derrumbada en el abismo de la fatalidad; todo lo que pensaste fué un sueño; seguirás siendo una obrera, porque tu Rafael no puede contar ni aun con el recur-

UNIVERSITY OF

so de dejarte su dinero, porque no lo tiene!

Rafael daba por hecho que moriría.

—En el caso de que no me quepa duda —repetía el ingeniero—de que Mariana lleva mi sangre, estoy decidido... Un pistoletazo. ¡Oh, muerte divina! Tú traerás mi dicha. ¡Tanto como a la Humanidad asustas, y yo te busco, te deseo, ansío que vengas a mí, que me duermas en ese sueño ideal con tu narcótico poderoso!

De pronto vió que lloraba y con furia dióse un puñetazo sobre las piernas, tan fuerte, que, a no haber rodado el coche por adoquines, lo hubiera notado el cochero.

—¡No, nunca; eso, nunca! ¡Corazón, corazón, no me abandones! ¡Soy un hombre! ¡Llorar, no, no; valor, mucho valor!

El coche paró; subió al Juzgado; allí tenía Rafael un amigo que le serviría muy bien; entró en las oficinas.

—Hola, D. Rafael. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias. Mire, me va usted a hacer un favor. Con tranquilidad; no es cosa del momento. Me busca en los libros del año 1901 la partida de matrimonio celebrado entre Luis García y Ramona Sán-

chez. No me acuerdo día y mes con seguridad; pero debió ser hacia febrero.

—No importa; ya la buscaré yo—replicó el empleado.

—Entre ocho y nueve meses después busca la de nacimiento de Mariana García y Sánchez, y ambas las extiende en estos dos pliegos de papel sellado.

Y el ingeniero le hizo entrega de ellos.

—Cuando estén las dos me las envía o lleva en sobre cerrado, por si no estuviera, a la fábrica de Construcciones metálicas de los Sres. Beltrani y Compañía.

—Todo se hará como usted desea.

Y el ingeniero se encaminó hacia su casa.

*

Luis seguía ignorando lo ocurrido; vivía en el mejor de los mundos, dedicado a su trabajo.

Hacía tiempo que en un café de La Coruña conoció a un individuo que le había prometido volver a colocarlo en Madrid. Habían simpatizado mucho. Este sujeto, que era un maestro de obras, tenía un hermano que había sido nombrado gerente de la im-

prenta de un periódico de importancia, próximo a publicarse en la corte, y el hermano le había asegurado que muy en breve sería colocado el padre de Mariana.

Luis practicaba las gestiones sin que lo supieran su mujer ni su hija, para darles esa sorpresa.

El ingeniero, en tanto, estaba decidido a acabar de una vez con aquella situación anómala.

Había pedido al autor de sus días una conferencia para el día siguiente. Aquella sería la última, la decisiva.

XIV

No es posible dar una idea de la noche horrible que pasó Rafael. Ni un instante siquiera pudo conciliar el sueño, a pesar de haber tomado un sello de veronal, que cogió a su padre de la mesa de noche, y que el Sr. De Colombí se recetaba para los insomnios, que también padecía. El ingeniero encendía la luz, la apagaba, volvía a encenderla, variaba de postura, con una almohada, con dos, ¡nada! El sistema nervioso estaba tan excitado, que le era imposible dormir. A las cuatro menos cuarto de la madrugada se levantó. Se puso un abrigo de invierno y una gorra y se asomó al balcón.

Por aquellos días en Madrid escaseaba el carbón, y, por lo tanto, había muy poco gas, y a esa hora los faroles se apagaban completamente y las calles estaban como «boca de

lobo». La de la Princesa, como todas, presentaba un aspecto imponente. Sin embargo, la luna, en cuarto menguante y próxima a ponerse, daba una lucecilla opaca, que producía un claro obscuro muy tétrico. Aquel cuadro y aquel silencio no eran los más a propósito para levantar el ánimo de un hombre agobiado por la pena. A Rafael le hubieran convenido distracciones; pero él, como todos los enamorados de veras, no las quería. Estos seres hacen lo contrario: buscan la soledad.

El ingeniero en el balcón respiraba; le hacía falta aire, mucho aire. El viciado de la alcoba le envenenó aquella noche horrible. Miró hacia la sierra de Guadarrama. Dió un suspiro; parecía que con la vista quería llegar a lo que con su imaginación abarcaba. Decía:

—Allí está Francia, Inglaterra; allí está Europa, la que ahora se destroza; pero eso no quita para que sea la Europa de la vida. Allí no hay plutocracia rancia como aquí, ni miramientos ridículos; allí las leyes son modernas; el corazón manda; no se obliga a vivir bajo el mismo techo a dos séres que se odian; allí la mujer no está escarnecida; tie-

ne derechos. ¡Oh! La igualdad, la libertad para todo, y, por lo tanto, para querer. Allí el dinero, el talento, la sangre, viven en continua armonía.

Sintió pasos; miró; era un churrero con su cesta que atravesaba la calle en dirección de la de Marqués de Urquijo.

—He ahí un sér feliz—pensó Rafael—. Él creerá que es un desdichado, y, sin embargo, ¡cuán equivocado está! Ese no tiene abolengo; puede casarse con quien quiera y hasta tener su mujer en su casa sin haber recibido las bendiciones, y no desacata por eso a las leyes de la sociedad ni del buen tono. Le faltará un manjar exquisito en su mesa; pero tiene en su hogar la elegida de su corazón, la que prefiere, la que ama.

Dieron las cuatro y media; amanecía. Los primeros albores empezaban a idealizar la mañana de aquel día que el ingeniero veía nacer. Los pájaros picoteaban y, juguetones, lanzaban chirridos de árbol en árbol. Rafael, contemplándolos con pena, dió otro suspiro.

—¡Esos todavía son más felices que el churrero! Esos no necesitan leyes—exclamó el infeliz enamorado.

Volvió a encerrarse en su cuarto.

Horas después, cuando daban las nueve y media en el reloj del Buen Suceso, se acercó el momento de la entrevista entre el padre y el hijo. Rafael había pedido a D. Sebastián aquella hora, aprovechando el encontrarse su madre en misa.

Entró en el despacho; iba muy triste, muy demacrado. La inmensa pena que pesaba sobre él le había dejado huellas horribles.

—Padre, te he pedido esta conferencia porque deseo puntualizar unos detalles que en mi asunto veo un poco obscuros. Recuerdo que me dijiste que cuando Ramona fué al matrimonio ya llevaba en sus entrañas el fruto de su pecado.

—Certísimo.

—Y bien, después de casada ella, ¿tú volviste a verla?

—No recuerdo.

—Pues es un detalle, padre mío, que desearía que recordaras con exactitud, porque es de gran importancia para mi porvenir. Más aun; quizá dependa mi vida de él.

Don Sebastián hizo un gesto de desagrado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir, antes que nada, que yo soñé

con el amor de Mariana. ¿Para qué voy a repetirte lo dicho tantas veces: su hermosura, su honradez, su bondad, la dicha que no dudaba hubiera tenido con ella? Pasemos por alto todo eso. Pero ahora viene lo más importante, lo que tú no debes ignorar, pues antes quiero salvar tu responsabilidad, si aun estamos a tiempo, que creo que sí, porque parece que empiezo a ver claro.

—Mira, aquí no hay nada que tratar, porque ya sabes que esa mujer no es hija de Luis.

—Eso es lo que deseo averiguar.

—Pues ya lo sabes—contestó el padre de mal modo.

—¡Padre! Calma, mucha calma; te lo suplico; no te dejes llevar de tu genio. Olvida que eres el padre; yo, en cambio, no olvidaré que soy el hijo. Mira que destrozas mi vida. Si me abrieras el pecho, me sacaras el corazón y entre tus manos lo deshicieras, me harías menos daño que el que me ocasionas al no quererme oir con calma. ¡Padre mío, te lo suplico, ten lástima de tu hijo! Sabes que he sido obediente, respetuoso. Hemos pensado de distinta manera en todo, y, sin embargo, a tu lado he vivido siempre con ca-

riño, dignificando el honrado apellido que me diste.

—¡El ilustre apellido!

—¡El honrado, antes que nada!

—¡El ilustre apellido!—repitió el padre, dando un puñetazo en la mesa.

—¡Pobre padre; te ciega el delirio! Pues bien; sea lo que tú quieras. Te decía que he sido siempre un hijo modelo, y, a pesar de eso, no quieres escucharme con serenidad ni contestar categóricamente a la pregunta que te hago. Decía que quería que concretaras si después de casada Ramona tuviste con ella alguna cita.

—Ya te he dicho que no recuerdo.

—Pues debes recordar.

—¿Y qué más te da saber eso, si, de todas maneras, Ramona, cuando se casó, ya barruntaba los síntomas de la maternidad?

—Fíjate bien en lo que dices, padre; mira que tiras por el lodo la honra de una mujer como si fuera un guiñapo. ¿Afirmas desde luego que Ramona fué al matrimonio encinta?

—Sí, lo afirmo.

—Pues mien... ¡¡Ay, padre..., padre mío, deliro..., la sangre se me agolpa al cerebro!!

Te quise decir que faltas a la verdad..., porque estás trascordado; ¡han pasado tantos años!

—Sé muy bien lo que digo.

—Entonces, padre querido, has perdido la razón. Mira, mira, cómo no sabes lo que dices.

Y Rafael, violento, furioso, sacó del bolsillo las dos partidas: la de nacimiento y la de matrimonio.

—Lee, lee, padre; verás; estos papeles te dirán que Mariana nació a los diez meses y catorce días de casados sus padres.

Don Sebastián cogió las partidas, y maquinalmente las leía. Su atención no estaba en el papel. La cólera le devoraba; pensaba en la solución que tendría que dar a aquello. ¿Estaba vencido? No. Había que apurar hasta lo último. Ya no sólo se trataba de evitar que una mujer de baja condición entrara en la familia. Ahora era cuestión de amor propio. No podía quedar vencido por su hijo.

—Efectivamente—contestó el padre—; estaba trascordado; pero eso no quita para que te asegure que después de casada estuvo Ramona en amores conmigo más de un año.

—¡Padre! Hasta aquí ha llegado mi pa-

ciencia. Por no dar a mi madre un disgusto he callado y he sufrido, esclavo de la palabra que me exigiste de que esto quedara entre nosotros. Creí que no me engañabas, que efectivamente Mariana era mi hermana; pero veo que tu conducta en esta ocasión no es noble, no está a la altura de ese apellido que tanto encumbras.

—Estás faltando al respeto a tu padre.

—Nada de eso. Has apelado a todos los medios para evitar que tu hijo, un hombre independiente y con su carrera, se uniera a una mujer que tú conceptúas de baja estofa y yo tan alta como los ángeles del cielo. Estás ciego, padre; estás demente; padeces la locura de la vanidad. Esos pergaminos, ya sucios y destrozados de tanto pasar de generación en generación, son en nuestra familia como la roña y el musgo de los árboles y de las piedras, que hay que quitarla y rasparlo para que queden limpios. Haz gala de tu honorabilidad, de tu honradez, de tu talento, lo que es intuitivo en ti; pero desprecia esos papeluchos que te legaron tus antepasados; quizá los conquistaron en un acto guerrero; tú en ellos no tienes parte. Yo siento decirte, padre mío, que, para aca-

bar de convencerme de que me engañas, o, por el contrario, para saber con seguridad que me es de todo punto imposible hacer mía a Mariana, esta misma noche salgo para Coruña para traer a su madre, y delante de ella...

—No; de ningún modo. Una campanada; eso no es posible; un escándalo...

Un ruido estrepitoso se produjo en la casa, y los dos hombres callaron instantáneamente. Se oían voces, chillidos de mujer. Tropel que llega por la galería. Se asomaron a la puerta y vieron con asombro a Josefa Fernández, la celestina, que llegaba acompañada de todas las criadas y del portero, que querían cortarla el paso.

—Sí, ya le veo; ya le encontré.

Y apareció la figura rechoncha y antipática de aquella mujer que sirvió a D. Sebastián para colaborar su plan indigno.

—Buenos días. Vengo a decirle a usted —dijo dirigiéndose a Rafael—que su señor padre es un embustero y un informal y ha faltado a lo prometido. Ajustamos el negocio en dos mil pesetas, y esta es la fecha que no me ha entregado mas que mil. Le he escrito *un* porción de cartas y ni siquiera se

ha dignado contestarme. Don Rafael, sépalo usted: todo eso de la Ramona es mentira; todo lo hacía porque no quería que usted se casara con su hija.

—¡Esta mujer es una infame!—gritó don Sebastián.

¡Pobre! Todavía quería luchar; pero no; se convenció de que era imposible. Se dejó caer en una butaca anonadado. Estaba vencido.

—Bueno—contestó Rafael lleno de satisfacción—, váyase en seguida, no dé escándalo, que yo le juro, bajo mi palabra de honor, que esta misma tarde tendrá usted las mil pesetas en su poder.

De pronto oyó que en la calle voceaban periódicos.

El Imparcial, El Liberal, A B C, La Mañana, con la caída del Ministerio.

Rafael abrió el balcón y quedó sorprendido. Después dió un grito.

—¡Mariana, Mariana!

La costurera, que con sus padres había llegado la noche anterior en el mixto, cruzaba la calle. La hija de Ramona quedó parada.

El ingeniero continuaba dando voces.

Comprendió por la cara de ella que le tomaba por un demente.

—No, no estoy loco—continuó Rafael ebrio de alegría—. Ahora sí te lo puedo decir firmemente. ¡Mariana, tú serás mía!

XV

Aquella noche durmió Rafael fuera de su casa. El padre no quería soportar su presencia. Decía que se había rebelado contra su autoridad, se había reído de aquellas canas a las que debía tanto respeto. Por lo menos en muchos días no podrían vivir juntos. Dejaría pasar el tiempo y quizá se le iría olvidando la conducta de su hijo; o éste, con el castigo que el padre le imponía, era de esperar que reaccionara, y, de una vez, terminaría con esa mujer.

La escena entre D. Sebastián y María Rosa fué violentísima. Ella lloró mucho; pero Colombí se puso tan furioso, que su mujer se asustó. Nunca le había visto tan incomodado. Fué la pobre señora comisionada para decirle a Rafael que aquella misma

tarde tenía que irse a una casa de huéspedes.

—¡Ah! ¿Me echáis?

—Yo no, hijo mío, de ninguna manera; no conoces a tu madre; al contrario, tengo un disgusto tan inmenso, que no sé si podré resistirlo. Yo espero que dentro de unos días se le olvide a tu padre y vuelvas otra vez a casa, donde yo te recibiré siempre con el mismo cariño. Los días que estés fuera iré a verte.

María Rosa no tuvo más remedio que enterarse en parte de la escena desarrollada en presencia de la celestina; pero como su marido estaba tan colérico y arrojaba de casa a su hijo, el disgusto por esto, que era tan importante, le hacía olvidar lo otro. Puede que D. Sebastián se propusiera conseguir este objeto.

Y siempre procurando evitar una cuestión con su mujer, le dijo que había *comprado* una cualquiera para que le ayudara en su plan, que la desgracia hizo fracasar.

Después de haber almorzado solo en su cuarto, Rafael tomó un coche por horas y se encaminó primero a buscar habitación en casa de una señora a quien él conocía, por

haber residido allí un amigo suyo. Era en la calle de Atocha, y precisamente tenía vacante un gabinetito con alcoba. El ingeniero lo comprometió poniendo la condición de que el día que comiera fuera le rebajaría un tanto por el cubierto, y la patrona accedió. En la misma casa había otros cuatro huéspedes: un sacerdote, dos estudiantes y una pensionista. La patrona sólo tendría que darle cama, porque en el gabinete colocaría los muebles de su despacho, que le llevarían en un carro al día siguiente.

Desde allí marchó a casa de su agente de cambio, al que pidió 1.250 pesetas, a cuenta de unos títulos de 5 por 100 amortizable que le entregó para que se vendieran en Bolsa al día siguiente.

A la media hora la celestina tenía en su poder las 1.000 pesetas.

—Mi padre no se merece este sacrificio —dijo para su interior el ingeniero—; pero lo hago por mi pobre madre, a la que quiero evitar otro disgusto y otro escándalo.

Volvió a la calle de la Princesa para despedirse de ella y de su hermana.

La salida de Rafael de casa de sus padres fué muy emocionante. María Rosa, abraza-

da a su hijo y llorando, parecía como si quisiera retenerlo. Concha también se disgustó; Javier, su marido, estaba más tranquilo. De su padre no se despidió; se había encerrado en su habitación y dió orden de que no le llamaran para nadie ni por nada.

A los cuatro días ya se sabía en todo Madrid lo sucedido en casa de los Colombí. Ni él ni su hermano el barón de Ronser fueron aquellos días por el Casino y la Peña. No querían ver a nadie.

La sociedad, siempre dispuesta a ensañarse con la desgracia, hacía los más estupendos comentarios. Unos decían que el hijo quiso quitar una querida al padre, y que ella había dado un escándalo en la casa. Otros, que el padre y Rafael habían venido a las manos por cuestiones de dinero. El nombre de la costurera también andaba en lenguas, y no eran pocos los que decían que esta mujer, que era muy guapa y amante del hijo, le gustaba a D. Sebastián, y que ella hacía caso a los dos.

Rafael sólo había visto a Mariana el instante aquel desde el balcón.

El ingeniero, cuando quedó en su habitación un poco más tranquilo, se dedicó a es-

cribir algunas tarjetas a quienes necesariamente tenía que comunicar su cambio de domicilio.

Le había llamado la atención que llevando más de dos días en la casa de huéspedes, Mariana no le hubiera escrito diciéndole dónde paraba.

—Esto es extraño—repetía el ingeniero.

Y no cabía duda de que no le había dirigido carta alguna, porque todos los días enviaba al chico de la patrona a casa de sus padres para que le llevara la correspondencia que tuviera.

XVI

Tres días hacía que Rafael había salido de la casa paterna y estaba acabando de colocar unos cuadros y libros en su despacho, cuando le avisaron que tenía la visita de una señora.

—¿Jovencita?—preguntó el ingeniero, pensando en su Mariana.

—Regular; no es vieja, pero no es una niña. Es guapa y muy elegante—contestó la criada.

—Que pase; no sé quién puede ser.

La señora que le visitaba no era otra que Fabiana, la mujer de Jorge Derol. Entró y cerró la puerta en seguida. El ingeniero tuvo una gran contrariedad.

—Buenos días, Rafael. ¡Qué deseos tenía de verlo! No puede usted imaginarse lo que sufrí el otro día cuando pensaba que estaría

esperándome. Pero ¿quién sería el infame autor del anónimo?

—Y ¿cómo ha averiguado usted que yo vivía aquí?

—¡Ay, amigo mío! Las mujeres lo averiguamos todo cuando nos lo proponemos. Y usted, ¿por qué no me ha ofrecido su casa? ¡Ah, pillo, descastado...! Todo Madrid sabe que se ha peleado con su padre.

—Pero ¿ya? ¿En tan pocas horas?

—Estas noticias corren como la pólvora. Yo lo supe ayer en casa de Mariano. Ya sabe, Mariano Romeral.

—Sí, sí.

—Allí me lo dijeron, y esta mañana he mandado a su casa, a su antigua casa, a preguntar sus señas; y aquí me tiene usted, señor ingeniero; no dirá que soy etiquetera, puesto que sin que me ofrezca la casa vengo a visitarle.

—¿Y, por lo visto, su marido ya la permite salir?

—Ahora no me deja sola; pero cree que hoy lo he hecho acompañada de una amiga. Una tontería; le ha dado por ahí, porque nunca se ha metido en esas cosas. Ustedes, los hombres, son así: esclavizan a la mu-

jer, y en cambio se divierten cuanto pueden. Parece que se casan ilusionados, y esa ilusión, que no es mas que curiosidad por lo desconocido, les dura un mes. Al principio hacen ustedes de la mujer una muñeca, un juguete; pero un juguete que no se cuida, que se le trata a la bâqueta, porque en la luna de miel son ustedes brutales, y lo son cuando la mujer no quiere, no puede querer todavía. ¡Es tan rápida la transición de la vida de soltera a la de casada! No es como en ustedes, que cuando van al matrimonio han conocido muchas mujeres en la intimidad. Nosotras no sabemos lo que es el hombre, y cuando lo vamos conociendo, cuando empezamos a encariñarnos, viene entonces a ustedes el hastío, la nostalgia, piensan en la frase aquella de que «perdices cansan» y empiezan a gustarles las demás.

—A todos no sucede eso.

—A casi todos. Figúrese que fe tendré yo en los hombres cuando, a los tres meses de casada, sorprendí a mi marido besando a la criada. Después viene todo lo demás. A la mujer propia se la considera como un trasto viejo, se la denigra, se la ofende, se la maltrata y no se la pega porque no es de per-

sonas educadas. Pero que una se escurra lo más mínimo... Entonces sale a relucir el honor; el honor... del embudo, como yo lo llamo.

—Ustedes tienen la culpa de eso—replicó el ingeniero.

—¡Nosotras! ¿Por qué?

—Porque no se defienden, no se unen, se atacan; porque se odian unas a otras. En todos los países del mundo la mujer está emancipada. Tiene derechos, porque tiene el divorcio, esa ley tan moral y tan necesaria, que aquí en España tanto horroriza. Que les hablen a cualquiera de ustedes de divorciarse, a ver qué contesta. En las demás naciones la mujer defiende a la de su sexo con verdadero entusiasmo. En los Estados Unidos y en Inglaterra hasta tienen voto. Aquí, cuando una mujer casada da con un marido como esos que acaba usted de citar, que le pasa las queridas por los ojos, y ella, cansada de sufrir y de verse despreciada y denigrada, busca el cariño de otro hombre, vea usted lo que dicen las demás: «La loca, la perdida, la tal, la cual»; y muchas de las que dicen eso le han faltado al suyo con el pensamiento y no lo hacen materialmente

porque no pueden o son feas o no se atreven. Y la que no se toma la justicia por su mano y acude a la otra justicia, la de las leyes, ya está divertida: necesita una porción de años y algunos miles de duros para conseguir el divorcio. Y después, ¿qué? Que se ha quedado lo mismo que estaba, porque el divorcio aquí en España es lo más bufo, lo más ridículo que hay. ¿Y la que muere atravesada por el plomo homicida del marido, de un marido que en la mayoría de los casos se divirtió cuanto pudo, como usted decía antes? Sobre esa infeliz que muere asesinada se echa un carro de lodo, y las mujeres son las que más deshonran su memoria, las que más encenagan los restos que debían respetar, porque son pedazos del sér que siguió los impulsos de un corazón que no cometió más delito que el de amar o vengar un cúmulo de traiciones. Yo les diría a los legisladores de nuestro país: vosotros, que veis despuntar un alba de libertad y de nobleza, con brisa refrescante y pura que os llega de Europa, abandonad esas viejas tradiciones, que nos deshonran ante el mundo civilizado; romped esas rancias leyes que vuestros antepasados, en mo-

mentos de ceguedad y de locura, engendraron a la sombra de prejuicios bárbaros, y cread otras nuevas que os dignifiquen ante la Humanidad, ebria de justicia.

El ingeniero no pudo continuar. Rápidamente se abrió la puerta y apareció Jorge Derol, lívido, desencajado.

—¡Por fin!—exclamó el marido de Fabiana.

Ésta y el ingeniero se quedaron sorprendidos.

—No hay que asustarse, señores; que esto no va a convertirse en una taberna ni es una sorpresa de chulo—exclamó Jorge, fingiendo tranquilidad.

—Yo no me asusto de nada—repitió el ingeniero—, y menos cuando mi conciencia está tranquila.

—Muy tranquila puede estar teniendo aquí, en su habitación, a la mujer de otro hombre.

—La puerta la ha tenido usted abierta para entrar libremente.

—Eso no quita para que en su mismo cuarto estuviera con mi mujer, a la que voy...

Y se dirigió en actitud amenazadora hacia Fabiana.

El ingeniero dió un brinco y se colocó entre los dos. Rápidamente, y con fuerza hercúlea, le sujetó el brazo.

—Todavía no ha nacido el hombre—dijo Rafael—que delante de mí pegue a una mujer.

—Esta mujer es mía.

—Mientras esté en mi casa está bajo mi amparo. Acaba usted de decir que esto no sería una sorpresa de chulo; por lo tanto, como caballero tiene que conducirse. El hombre, cuando es un buen marido, correcto y fiel con su mujer y ella le da motivo, podrá tener derecho, que eso es muy discutible, para matarla; nunca para pegarla; esto es indigno. Usted, señor mío, no puede hablar de corrección ni de fidelidad porque no la ha tenido nunca. Esta señora ha cometido la ligereza de venir a visitarme, es verdad; pero ni yo tengo nada que ver con ella, ni ella tiene conmigo otra clase de relaciones que las de amistad.

—Todo eso lo dirá mañana mismo donde lo dicen los hombres de honor.

—Estoy a sus órdenes. Ahora, me hace usted el favor de salir delante de mí. En seguida acompañaré a su señora hasta que tome

un coche; no quiero escándalos en esta casa, donde sólo hace tres días que vivo.

Así lo hicieron. A los pocos instantes volvía el ingeniero a su habitación.

—Pues, señor—exclamó, dejándose caer en el sofá—, soy el sér más desgraciado que hay. Sin tener que ver nada con esta mujer, voy a tenerme que batir por ella. Las cosas que me suceden a mí no le ocurren a nadie.

En seguida entró la patrona con una carta.

—Pero ¿qué ha ocurrido, D. Rafael?

—Nada; mi sino.

Y el ingeniero contó la historia, la verdadera historia de sus relaciones con Fabiana.

La patrona no le creía. Es propio del corazón humano creer siempre lo malo en contra de lo bueno.

Los huéspedes también habían hecho sus comentarios.

—¡Pues sí que nos ha traído usted un vecinito de primera!...

—Diga usted, patrona—exclamó uno de los estudiantes—, ¿ha alquilado la habitación a Don Juan Tenorio?

En seguida abrió Rafael la carta. ¡Qué alegría! Era de Mariana. Rompió el sobre

y leyó. A medida que sus ojos recorrían las líneas, su cara se descomponía. Decía así:

«Rafael: No creí que usted me engañara de este modo. Hice el sacrificio de quererle, dudando algunas veces de su cariño por la diferencia de nuestra posición; pero me parecía que en sus palabras veía sinceridad y me hizo caer en lo que luego ha sido la burla más sangrienta. Yo no merecía eso. Ahí tiene usted las pruebas de su engaño.»

Y le enviaba adjuntos los tres retratos que D. Sebastián de Colombí le remitió a La Coruña: uno, en el que Purita lucía las piernas; otro, del brazo de Rafael, y el tercero, en el que le ponía la flor, tan arrimada al ingeniero y con una cara tan melosa, que parecía su amante acariciándolo.

Rafael se puso pálido como la cera. Su padre tenía la culpa de todo: de los disgustos y contrariedades que continuamente se le presentaban. Si no le hubiese echado de su casa, seguro que Fabiana no le hubiera visitado y ahora no tendría que jugarse la vida en un duelo. De lo que le ocurría con Mariana también era el responsable.

XVII

No habían pasado cuatro horas desde la salida de Fabiana y su marido de su habitación, cuando el ingeniero recibió por un continental la siguiente carta:

«Sr. D. Rafael de Colombí.

Muy distinguido señor y de nuestra consideración: Comisionados por D. Jorge Derol para resolver una cuestión muy grave habida entre los dos, le suplicamos que a la mayor brevedad nos indique las personas a quienes debemos dirigirnos para solucionar dicho asunto.

Con este motivo tienen el honor de ofrecerse de usted afectísimos seguros servidores, q. b. s. m.,—*Mariano Romeral.—El vizconde de Castellorite.*»

—¡Vamos! Ya pareció aquello—exclamó el ingeniero—. ¡Y tienen prisa! ¡Ah, sociedad, con todos tus convencionalismos, qué ridícula eres!

Se puso el sombrero y salió en seguida. En la plaza de Antón Martín tomó un coche por horas. Dió las señas.

A los quince minutos paraba el vehículo.

—¿Está D. Lorenzo Castrén?

—Sí, señor; pase.

Lorenzo era otro ingeniero compañero de Rafael.

—Hola, chico. ¿Qué te ocurre? Parece que vienes preocupado.

—Necesito tu ayuda para un asunto muy grave. Una cuestión personal.

Y Rafael contó a su compañero lo ocurrido.

Desde allí fueron los dos a casa de Agustín Doiler, otro amigo de ambos, abogado y muy competente en todos los asuntos que se relacionaban con las cuestiones de honor.

Como ellos suponían, Agustín accedió a prestar su cooperación a un asunto siempre desagradable, pero al que no debe negarse ningún caballero.

Aquella misma noche recibían los amigos de Jorge las siguientes líneas:

«Sres. D. Mariano Romeral y vizconde de Castellorite.

Muy señores nuestros: Encargados por D. Rafael de Colombí para representarle en una cuestión de honor pendiente con el señor D. Jorge Derol, suplicamos a ustedes nos indiquen hora y sitio donde podamos celebrar la primera entrevista.

De ustedes afectísimos seguros servidores,—*Lorenzo Castrén.—Agustín Doiler.*»

La dicha conferencia se celebró la mañana siguiente en la Peña.

Allí se convino en que la cuestión era muy seria. Los padrinos podrían tener la casi seguridad de que Fabiana no era amante de Rafael; los de éste lo aseguraban; pero el hecho es que el marido la había sorprendido en su habitación, y, por lo tanto, era un asunto tan grave, que no se podían admitir satisfacciones de los representantes de Rafael. No había sino una solución: zanjar la cuestión en el terreno. Jorge tenía la elección de armas.

Se convino en que fuera el sable, sin excluir la estocada; es decir, con punta, filo

y contrafilo. No terminaría el duelo hasta que uno de los adversarios estuviera verdaderamente inutilizado.

Rafael hubiera querido batirse a pistola. Había manejado algo las armas, pero hacía tiempo que lo dejó. Por el contrario, Jorge asistía a una de las mejores salas de Madrid.

Mariano Romeral propuso que el encuentro tuviera lugar en Valdégrandora. Allí estarían tranquilos y sin miedo a que las autoridades les sorprendieran; pero los representantes de Rafael, ya prevenidos por éste, se opusieron. Al ingeniero le repugnaba batirse en el mismo sitio donde, desgraciadamente, había conocido a la mujer que tenía la culpa de aquel duelo. Se convino en que se batirían a las cuatro de la tarde del día siguiente en un frontón que no se usaba, situado cerca de la Castellana.

A dicha hora estaban reunidos los dos combatientes, los cuatro padrinos y dos médicos, además del juez de campo o director de duelo, que era un afamado tirador de espada.

Se habían elegido dos sables del modelo Sanz, con gavilán curvado y quebrado, de

98 centímetros de largo y 700 gramos de peso.

Romeral se acercó a saludar a Rafael, que hablaba con su médico. Otro grupo, a alguna distancia, lo formaban Jorge y el suyo.

Se eligió y midió el terreno, concediendo 15 metros y limitándolo con dos rayas. Se quitaron los adversarios la americana, el chaleco y la camisa, quedando en camiseta de lana fina, como estaba estipulado, y guante de calle, y se le hizo a cada uno entrega de su respectivo sable, después de sortearlos, así como la colocación en el terreno. Los padrinos se situaron a ambos lados; un poco más separados, los médicos, y el juez de campo se acercó a Rafael y a Jorge y les dijo:

—Ya saben ustedes que no pueden avanzar hasta que yo diga: «¡Adelante!», y paran ustedes cuando diga: «¡Alto!» Prepárense. ¡Adelante!—dijo con energía el jefe del combate.

Se pusieron en guardia. Jorge, a poco, se tiró a fondo; Rafael paró en *cuarta*, retrocedió, y a los treinta segundos había perdido el ingeniero todo el terreno.

—¡Alto!—exclamó el juez de campo.

Volvieron al centro. Desde el principio se convencieron todos de la superioridad de Jorge sobre Rafael. Éste estaba tranquilo, a pesar de que se daba cuenta de su situación. Era muy bravo el ingeniero. Castrén y Doiler, en cambio, estaban muy pálidos; éste último, sobre todo, gran conocedor de las armas, preveía un fin desastroso para su apadrinado.

En el segundo asalto, una *finta* de estocada de Jorge, y rápidamente un golpe de filo que Rafael no paró, fué a darle con fuerza en la parte superior del brazo izquierdo. Brotó la sangre en abundancia.

—¡ Alto !—exclamó el jefe del combate.

Se acercaron los médicos. Rafael estaba tranquilo. A pesar de verse empapado en sangre, no había perdido el color, ni un átomo de serenidad. Al contrario, exclamó:

—Creo que vendándome el brazo puedo continuar.

Nadie le contestó. Se separaron un poco del sitio del combate y le sentaron en una silla, procediendo los médicos a reconocerle, después de quitarle la camiseta y haberle arrollado dos gruesas toallas poi el pecho y

la espalda, para que no se enfriara. Ya entonces empezó a sentir fuertes dolores.

La herida era penetrante. El sable había seccionado por completo el músculo deltoides, llegando al húmero por su parte superior. Tan grande había sido el golpe, que había producido en el hueso una fuerte contusión.

Desde luego se opinó, sin género de duda, que el duelo no podía continuar, y Rafael sufrió la primera cura con verdadero valor. Después se le colocó en un coche, y muy despacio, y acompañado de Lorenzo y de su médico, fué conducido a la casa de huéspedes. En el terreno no hubo reconciliación.

*

Al día siguiente los periódicos daban esta noticia:

«Ayer quedó honrosamente zanjada la cuestión pendiente entre el diputado don J. D. y el ingeniero D. R. de C.»

Y en otro lugar del diario se leía:

«Probando ayer unos sables a todo juego en un frontón de esta corte los Sres. D. Ra-

fael de Colombí y D. Jorge Derol tuvo el primero la desgracia de herirse. Aunque de alguna importancia, la herida no es de gravedad.»

Esta fué la primera noticia que tuvo María Rosa al coger el periódico por la mañana. Loca, desencajada, fué a la habitación de su marido.

—Mira, mira lo que dice aquí, Sebastián.

Y le alargó el periódico. Colombí lo leyó, y, aunque quiso aparentar gran tranquilidad, en su fisonomía se le conoció que le impresionaba la noticia.

—No sé por qué puede haber tenido este duelo—exclamó Colombí—. Sable a todo juego... La cuestión era grave.

—Yo me voy en seguida—replicó María Rosa —. ¿Tú irás también?

—Allá veremos—contestó el marido.

—Pues creo que ahora, sin excusa de ningún género, debes ver a tu hijo.

—Me ha ofendido muy gravemente, y en mucho tiempo no se me puede olvidar. Además, ya dice ahí que la herida no es de cuidado.

María Rosa no quiso insistir. A ella le ur-

gía verlo cuanto antes, y hacia la calle de Atocha se encaminó en seguida.

La entrevista con el hijo fué, por parte de la madre, muy conmovedora. Rafael, para que no se asustara, la recibió contento, riéndose, tomándolo a broma, y el pobre tenía que hacer un gran esfuerzo. Por un lado, la sangre que había perdido, y por otro, la fiebre que se presentó aquella noche, le ocasionaban gran debilidad. Sin embargo, tuvo fuerzas para contarle a su madre todo lo ocurrido y el origen de la cuestión personal que le llevó al terreno.

—Estas son desgracias de la vida que no pueden evitarse, madre.

La noche anterior no se habían separado de su lado Lorenzo Castrén ni Agustín Doiler. Los huéspedes y la patrona también se ofrecieron. Ellos lo agradecían; pero no quisieron sino aceptar la ayuda de Paco Sancho, uno de los estudiantes que lo era de medicina. Este le tomó las temperaturas y pulsaciones; pero a las tres y media de la madrugada, como Rafael estaba muy tranquilo, Lorenzo y Agustín le obligaron a acostarse.

Se convino en establecer tres turnos para

velarle más cómodamente las tres primeras noches. Uno lo constituirían su madre y Paco Sancho; otro, Lorenzo y Agustín, y el tercero, Conchita y su marido, que habían llegado hacía unos minutos, y, como era natural, se ofrecieron también. Después sólo haría falta una persona.

María Rosa quería quedarse todas las noches; pero le hicieron desistir de su empeño. No había razón para ello, ni el estado de Rafael lo requería. Se acercó a la cama y, después de haberle besado con gran cariño, le dijo:

—Te llevaremos a casa, ¿eh? Hijo mío, ¿quieres?

—No, madre; estoy muy bien aquí, y mis amigos tienen más libertad. Además, ya conoces el carácter de papá. Probablemente ni vendrá a verme.

María Rosa hizo un gesto de desagrado.

A los pocos minutos llegó el médico, que era el mismo que le había acompañado en el duelo. El doctor Ramírez Osorio era joven y valía mucho. Discípulo predilecto de un eminente operador, había sido uno de los alumnos que más brillaron en la cátedra de Técnica anatómica. Practicó también mucho

tiempo en el hospital clínico de la Facultad, y era, por lo tanto, muy competente en asuntos de cirugía.

Saludó a María Rosa y a sus hijos, a quienes presentó Lorenzo, y en seguida pulsó a Rafael; le tomó la temperatura, pero no quiso levantar el apósito hasta el día siguiente. Encargó que no hablara el paciente, o lo hiciera lo menos posible, y que no hubiera mucha gente en la alcoba, pues aunque no se trataba de un caso patológico infeccioso y sí de un herido, siempre era conveniente que el aire no se viciara.

Cuando se marchó el doctor todos se retiraron, menos María Rosa. Había encargado a Conchita que dijera a su padre que se quedaba a almorzar y a cenar en la casa de huéspedes y aquella noche a velar al herido.

*

Mientras en casa de Rafael se sucedían estas escenas tan poco agradables, en la Peña, Jorge recibía las más afectuosas enhorabuenas. En su casa también se dejaron un número extraordinario de tarjetas, y los telegramas y cartas que le enviaban de su dis-

trito llenaban cajones enteros; pero muchos de aquellos amigos que le felicitaban y le abrazaban, cuando volvía la espalda se reían de él y hacían los más sabrosos comentarios.

—Menos mal que ha tenido suerte—decían algunos—; porque casi siempre sucede que después... apaleado.

¡Miserables amistades! Sólo contadísimas lo son de corazón. ¡Sociedad hipócrita, que tienes dos caras: una, la del engaño, para halagar, para adular, para arrastrarte como sucio reptil, y otra, la de la maldad, en que te muestras como eres, traidora, envidiosa y envilecida, para denigrar lo que momentos antes enaltecías!

Fabiana aquellos días no salía de casa; estaba avergonzada. Aquella mujer nunca había faltado a su marido; pero le rodeaban tres sombras para hacer que las gentes dudaran de su fidelidad: su carácter, demasiado alegre; su hermosura y la conducta de su marido. Rafael, sí, le gustaba de una manera extraordinaria, e indudablemente con éste hubiera caído. Esta misma mujer, con un marido correcto que la hubiera educado, quitándola desde el principio la mala costum-

bre de bromear con los hombres, es seguro que hubiera sido una buena esposa.

Fabiana no ignoraba lo mucho que hablarían de ella; pero no podía remediarlo; cada día estaba más encaprichada por el ingeniero. Le había encantado aquella defensa que hizo de ella delante del marido, primero, interponiéndose para que Jorge no la pegara; después, aquella frase tan enérgica: «Mientras esté en mi casa está bajo mi amparo.» Esto le había quedado grabado en su imaginación. Y luego batirse y derramar su sangre por ella... «Es todo un hombre», pensaba Fabiana. Por un lado sufría; pero por otro estaba orgullosa. El corazón también tiene sus locas vanidades.

Cuando llegó a su casa, después de la sorpresa en la de Rafael, ya estaba allí Jorge. Tuvieron una escena tremenda, en que uno y otro se dirigieron los mayores insultos. Él la amenazó otra vez y ella le llamó cobarde.

—Ahora intentas pegarme; pero delante de otro hombre no te has atrevido.

Fabiana le invitaba a que se separaran. Ella era rica, y al sorprenderla con otro, ya tenía el marido una base para entablar el divorcio, o, por lo menos, para quitarle la

administración de los bienes, y, sin embargo, no quería o no le convenía hacerlo.

*

A la mañana siguiente, como el doctor Ramírez Osorio se había propuesto, levantó el apósito. La herida presentaba buen aspecto, y de seguir así, en poco tiempo estaría cicatrizada.

—Estamos de enhorabuena, señora—le dijo a María Rosa—; dentro de pocos días lo echo a la calle.

Rafael no se olvidaba de Mariana. La desgracia había hecho que él no pudiera verla después de recibir aquella carta en que le enviaba los malditos retratos, que tenían la culpa de su desdén.

En seguida vino el asunto del duelo y ya no pudo ocuparse de nada. ¡Qué pensaría ahora, cuando llegara a sus oídos que se había batido por una mujer!

Todo se confabulaba para destruir su vida.

Mariana ya lo sabía, no sólo por los periódicos, sino por la doncella Petra, que se había encontrado a Ramona en la calle y había vertido más veneno. Sin saludarla apenas, aquella infame mujer le dijo:

—Ya sabrán ustedes lo del señorito Rafael. Tenía amores con una casada, y el marido le ha dado una *recomendación* para que se entretenga unos días. Es lo que les sucede a los mujeriegos; porque yo no he visto nada como el señorito Rafael. ¡Cuidado que le gustan las faldas! Ahora tenía dos al mismo tiempo; y ¡menudo escandalazo hubo en casa con otra prójima, a la que debía 1.000 pesetas!

Y añadía:

—Conmigo también quiso propasarse un día; pero yo le paré los pies. ¿Qué se había figurado, que todas son como las que él acostumbra a tratar?... ¡Gracias a Dios, todavía hay mujeres honradas!...

Ramona llegó a su casa como es de suponer. Todo se lo contó a Mariana, que lloraba y no quería ni probar bocado. Ya no le cabía duda a la infeliz costurera de que Rafael era como casi todos los hombres.

—¡Infame!—repetía—. Quería divertirse conmigo.

No hubo otro remedio que comunicárselo a Luis, y aquella pobre familia se entregó a su dolor, diciendo que lo que más sentían era la burla de que habían sido objeto.

A pesar de todo eso, Ramona, que era muy noble, le dijo a su marido que debía ir a ver a Rafael; pero el tipógrafo le contestó que no podía hacerlo. Le repugnaba visitar a aquel hombre que quiso reirse de su hija, que tanto valía.

*

Luis obtuvo la plaza de cajista que por recomendación del maestro de obras le dieron en la imprenta del periódico que por aquellos días había visto la luz pública en Madrid. No era un diario de gran circulación; pero como era defensor de un partido político, se leía bastante, y, sobre todo, mejor que en Galicia estaba él, puesto que tenía más sueldo.

El primer día que le tocó libre se llevó a su mujer y a su hija a pasear a la Dehesa de la Villa. Al regreso vinieron a pie, y para descansar entraron en el café que hay establecido en la Glorieta de Quevedo.

Apenas se habían sentado delante de una mesa quedaron sorprendidos al ver en otra de enfrente a un muchacho que ellos conocían, y que, muy cariñoso, se levantó a saludarlos. Era Juan Ramírez, el criado de casa

de D. Sebastián. Juan ya no se separó de aquella familia hasta la hora de cenar.

A medida que se enredaban más en la conversación iba siendo distinta la texitura de los García respecto a Rafael. Juan los puso al corriente de todo lo que ellos no sabían. Les contó la cuestión que ocasionó su salida de la casa, y cuando llegó a la escena del pasillo, claro es que no dijo que iba al cuarto para mirar por la cerradura e intentar ver desnuda a Mariana, sino para preguntarle si estaba enferma; y como Mariana era inocente, y ahora, al referirlo Juan, permanecía tranquila, no les cupo a sus padres la menor duda de que aquello que contaba el criado era verdad.

Les dijo lo infame que era Petra, que de todo el mundo, incluso de ellos, hablaba mal, y Ramona desde luego lo corroboraba por lo que había dicho a ella hacía cuatro o cinco días.

El matrimonio García también se franqueó con Juan; le contó las relaciones formales de Mariana con el señorito Rafael, y entonces el muchacho dijo:

—Ahora me lo explico; ahora caigo por qué el señorito fué a buscarme y todo su afán

era querer averiguar lo que había ocurrido, y me hacía las preguntas con un interés tan grande que se veía efectivamente que aquel hombre estaba enamorado.

Luis y Ramona cruzaron una mirada de inteligencia.

Llegaron a la casa donde paraban, que era la de una viuda, paisana de Luis, que vivía con su hija en la calle de Altamirano. Les había alquilado dos habitaciones. A la puerta se despidió Juan, quedando con Luis en verse algún día.

Como los de García le dijeron lo del duelo, el muchacho se propuso ir una tarde a ver a su antiguo señorito.

XVIII

Grande fué la sorpresa en casa de Garzón cuando supieron el desafío de Colombí y Derol, dos amigos de ellos. Por María del Valle, la mujer de Mariano Romeral, se enteraron de la cuestión con toda clase de detalles. Purita estaba con su madre en casa del banquero la tarde que María lo contaba. Esta les dijo que su marido le había asegurado que Rafael y Fabiana no eran amantes. Que lo hubieran sido..., desde luego; pero que el día que Jorge los había sorprendido se trataba sólo de una visita que ella le hacía; que en la habitación de al lado había otras personas, y, además, que la puerta estaba sin cerrar; que Fabiana fué una estúpida en ir a casa de Rafael, cuando hacía tres o cuatro días que a Jorge le habían escrito un anónimo diciéndole que su mujer en la calle de

Ferraz sostenía una conversación muy íntima con Rafael.

—Figúrense ustedes qué íntima—decía la señora de Romeral—iba a ser la conversación en plena calle y a las once de la mañana.

—Verdaderamente—contestaba Purita, con el mayor de los cinismos—. No sé cómo hay quien escriba anónimos.

—Son seres miserables, abyectos—repetía su madre.

—Jorge ha hecho muy mal en llevar el asunto a ese terreno—dijo el banquero—. Es preferible una separación; así, a las gentes les queda la duda de si el matrimonio se habrá separado por no congeniar.

—Pero de este modo—contestaba Claudia Romeral—ya tiene Jorge la certificación...

—Y la tiene injustamente, sin motivo—replicó María.

—Todo eso son locuras que hacen los hombres—exclamó la madre de Purita.

—Y las mujeres—afirmó el banquero.

—¿Y cómo es que Rafael no vivía con sus padres?—preguntó Purita.

—¡Ah! Esa es otra historia—exclamó Ma-

ría—. Hacía poco que Colombí y su padre se habían separado. Parece ser que Rafael tiene una amante, que dicen que es guapísima; una costurera que entraba en la casa y que al padre le gustaba tanto como al hijo. Que Rafael pidió explicaciones a su padre, y, ¡es natural!, terminó de una manera chulesca la cuestión entre el ingeniero y el autor de sus días.

—Es decir, que en todo eso no hay mas que una víctima verdadera: la pobre madre del ingeniero—repitió la señora de Garzón.

—Dediquémosla un recuerdo — contestó Purita con guasa.

—¿Y ustedes van a seguir tratándose con Fabiana?—preguntó la madre de Pura.

—Yo, sí—contestó la esposa del banquero.

—Yo, también—repitió María—. ¡Si fuera una a tener en cuenta esas cosas, tendría que dejar de tratarse con media humanidad!

—Sí; pero no es lo mismo que se sospeche de una mujer a que, como ahora, se sepa con seguridad.

—Pues precisamente ahora es cuando no es verdad—añadió María—. Nadie tiene la culpa de que Jorge haya cometido una chiquillada; él mismo se ha puesto en ridículo.

Aparte esto, entre sus amistades de usted le hacía yo una lista...

—¡Oh! Eso ya es ir demasiado lejos.

—Sí, muy lejos; todo lo que usted quiera; pero, vamos a ver, ¿qué dicen de María Navio, y de Concha Lezpiz, y de Paquita Montalbán, y qué le ocurrió a Amalia Sabadell, y con quién han visto en el Retiro a Lilí Rutrón, y qué le ocurrió en la Moncloa a Toñita Cepeda?

Purita escuchaba con gran atención aquella numerosa lista...

*

Rafael iba muy bien y adelantando en su curación. Hacía muchos días que había desaparecido la fiebre. El severo de D. Sebastián todavía no había visto a su hijo. María Rosa estaba muy disgustada por esta incomprensible tenacidad de su marido.

Juan había ido un domingo por la tarde a verle, cuando ya el ingeniero estaba muy mejorado y tenía permiso del doctor para recibir visitas. Como en aquel momento no estaba su madre pudieron hablar de Mariana, a la que el criado le dijo había visto y acom-

pañado con sus padres hasta la casa donde vivían.

En el momento en que Juan se marchó Rafael se puso a escribir a Mariana, y en seguida mandó la carta con el chico de la patrona.

La tarde de aquel domingo era calurosa. Terminaba pronto la primavera, y el ambiente que Febo dejaba iba siendo un poco abrasador. Había corrida de toros, y la calle de Alcalá presentaba a las cuatro y media un cuadro típico, deslumbrador, característico. Los andenes, a derecha e izquierda, iban cuajados de una masa compacta. Los sombreros de paja blanca de los hombres contrastaban con los de diversos colores de las mujeres, y formaban una combinación muy bonita. En el arroyo no cabían los innumerables y variados vehículos. Producía un ruido ensordecedor el tintineo de los timbres en los tranvías, las bocinas de los automóviles y el chasquido de las trallas de los mayorales en los ómnibus, cuyas bacas iban cuajadas de aficionados alegres que, al paso de una barbiana, uníanse para dirigirla requiebros. Al lado de la democrática jardinera, el elegante auto, el milord de gomas con soberbio

tronco, la modesta manuela, en que se lucían dos castizas madrileñas, y, en la capota, el clásico mantón de la China.

Dejemos a este público alegre dirigirse al circo taurino y vamos a contemplar otro, también divertido, pero más modesto, que en esos mismos días se expansiona un poco más allá de la citada plaza de toros.

Es el de los merenderos en las Ventas.

En locales más o menos espaciosos se dedican al arte de Terpsícore hombres y mujeres; la mayor parte de éstas, criadas de servir, que buscan el solaz en esos días, no sólo para recrearse con el *agarrado,* sino para ver si con su gancho o su palmito pueden conseguir el ambicionado novio.

Las salas son sencillas respecto al decorado; las paredes, lisas; unos cuantos bancos o sillas alrededor y un piano de manubrio, algunas veces viejo y muchas desafinado. Si el baile es de más importancia suele estar en el centro un hombre, llamado *el bastonero,* que, con un palo largo, a modo de báculo, es el fiel guardador del orden de la danza.

En todos aquellos bailes se oyen diálogos chispeantes, llenos de gracia y oportunidad,

que para eso los clásicos madrileños tienen fama.

—Oiga *usté,* maestra, ¿*quiuste* darse una vuelta conmigo?

—Estoy *sofocá.*

—Pero ¿es que yo no me merezco un *chotis?*

—Está *usté* muy *delgao* y va a marearse.

—*Pué* que me mareara más en otro sitio, si *usté* quisiera... Pues, hija, ¡no se pone pocos moños! *Tiuste* más orgullo que la reina...

Un guardia que está cerca mira escamado.

... que la reina de *Ejirto.*

En otro lado de la sala se oía:

—Vaya *usté condiós,* serrana, que *tiuste* la cara más bonita *ca nacío* desde los tiempos *der* Napoleón, *uséase* el primero de los *emperaores.*

—Hijo, no sé cómo *tiuste* gana de florear con esa cara tan pálida, que *paece* un sello *da* quince.

Poco después le decían a una mujer que era muy flaca:

—¿Va *usté* a echar de comer a los perros, prenda?

En uno de aquellos merenderos en que más

se apiñaba la gente, y después de haber terminado una danza, se produjo un barullo indescriptible. Los hombres corrieron hacia un lado, las mujeres gritaban, llegaron los empleados del merendero, acuden los guardias.

—¿Qué ocurre?—preguntaban todos.

—A ver, a mí, socorro, que me han robado. Me han cortado la correa del bolso y se lo han llevado con cinco duros que tenía en él—dijo una de las asistentes al baile.

—¡Aquí está el bolso!—gritó una voz señalando al suelo.

Efectivamente, allí estaba, pero vacío.

—Pues el ladrón no puede haber salido; no se le ha dado tiempo—exclamó otra voz.

De pronto se acercó un hombre a uno de los guardias. Era un individuo de los que habían entrado de la calle al ruido de las voces.

—¿Ve usted aquella mujer que está allí? —le dijo, y le señaló una muy fea que estaba en un rincón—. Pues aquella es la ladrona; lo es de oficio; la conozco muy bien; regístrela usted y verá cómo tiene los cinco duros.

El guardia se dirigió a la mujer; el delator desapareció.

—Dese usted presa inmediatamente—le dijo el representante de la autoridad.

—Yo, ¿por qué?—contestó la mujer asombrada.

—Porque usted es la que ha robado el bolsillo a esta señora.

La mujer se echó a llorar, y con toda la fuerza de sus pulmones gritaba:

—¡Soy una mujer honrada! ¡Yo nunca he robado a nadie! Pero ¡qué desgraciada soy!

—¡Qué bien disimula! ¡Ah, tunanta, ya te lo dirán en la cárcel!

—Que la registren—dijo uno.

—Sí, sí, que la registren—repitieron varios.

Y una mujer le introdujo la mano en los bolsillos y, efectivamente, allí tenía seis monedas de cinco pesetas.

—¡Esto es mío!—gritaba la mujer.

—A la cárcel.

Y tuvieron los guardias que cercarla para que no cometieran con ella un desaguisado. A pesar de eso, no pudieron evitar que algunas mujeres le dieran unas cuantas bofetadas.

*

Don Sebastián y su costilla se preparaban para cenar. La segunda doncella les servía. Desde la salida de Juan no tenían criado; no querían meter en la casa uno cualquiera, y esperaban ocasión favorable. Ya era bastante tarde, y Petra, que le había tocado salir a paseo aquel día, no había vuelto.

—Es raro—decía María Rosa—. Le habrá pasado algo a la doncella. Siempre viene a las ocho, y hoy son ya las diez y aun no ha aparecido.

A las doce y media, cuando se preparaban para acostarse, les llevaron una carta, que decía en el sobre:

«Sr. D. Sebastián de Colombí. (Urgente.)»

María Rosa se asustó. La abrieron en seguida; leyeron:

«Señor: Estoy en el Juzgado de guardia. Un infame me ha delatado diciendo que yo había robado cinco duros a una mujer en un baile.

Ya sabe el señor que yo soy honrada. Juro que soy inocente.

Si el señor no viene en seguida, esta misma noche me llevan a la cárcel.

PETRA.»

—¡Vaya por Dios!—exclamó D. Sebastián—. ¡Pobrecilla! Pero ya... es muy tarde; mañana iré.

Y se acostó muy tranquilo.

A la mañana siguiente Petra volvía a la casa de sus señores, sacada del Juzgado por D. Sebastián, después de haber pasado toda la noche en un calabozo.

El delator fué Juan. «No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague», decía éste. Aquella mujer tenía la culpa de que le hubieran echado a la calle. Encontró la ocasión de corresponder al *favor,* y la aprovechó. En ciertas personas la venganza es muy sabrosa, y lo que él decía:

—Por lo menos, esta noche el disgusto se lo lleva.

XIX

Mariana había recibido una carta cariñosísima de Rafael. En ella le decía que la fatalidad se había empeñado en separarlos, pero que él, con una voluntad de hierro, iría venciendo poco a poco las dificultades que se presentaban y al fin brillaría el sol de la justicia. Que cada día estaba más enamorado; que no podía vivir sin ella, sin su cariño. En la carta, que era muy extensa, le hacía historia detalladísima de todo lo ocurrido. Le hablaba de las fotografías de Valdégrandora, a cuya finca le llevó su deber. Del compromiso que tuvo de retratarse con aquellas personas, en contra de su deseo. De la riña con su padre, el cual le echó de casa precisamente por su ciego empeño de casarse con ella. De su conocimiento con Fabiana y de lo encaprichada que

esta mujer estaba por él, hasta el extremo de ir a su misma casa a buscarle, incidencias todas que no pudo evitar, y terminaba la carta diciéndole que en cuanto se restableciera de su herida por completo iría a verla, a buscarla, a ella, a su Mariana, para repetirle de palabra lo que ahora le decía por carta, que era el eco fiel de lo que pensaba y sentía su alma.

Aquellas líneas hicieron gran efecto a la costurera.

—¡Pobrecillo!—exclamó—. Me quiere de veras, ¡y yo... que hasta le llamé infame! ¡Qué mala he sido! ¡Qué loca! Yo he debido ir a su lado y cuidarle con el mismo cariño que si ya fuera mío. ¡Pobre Rafael de mi vida! ¡Qué mal me he portado contigo! ¡Cuánto habrás sufrido en las noches horribles en que la fiebre, el dolor y la pena te devoraban! Yo, mientras, aniquilándome estaba también, con un dolor tan lacerante como el tuyo. El mío, moral, el del abandono, que destroza el alma. Tú tenías una herida en tu brazo; yo otra en mi corazón. ¿Por qué no habrás nacido pobre como yo? Y no hubiera habido dificultades para unir-

te a tu Mariana, que te quiere con el más ideal de los cariños.

La hija de Ramona lloraba. Fué a buscar a su madre; ella la consolaría; y así lo hizo aquella buena mujer, víctima también del abolengo de D. Sebastián. Apretó contra su corazón aquel pedazo de su vida.

—¡Sí, hija de mi alma! ¿Quién te va a consolar sino tu madre?

Y en sus dos rostros también se unieron las lágrimas de ambas.

*

El ingeniero seguía muy bien de su brazo. Faltaba ya muy poco para cicatrizar la herida. Estaba tomando un enérgico reconstituyente que Ramírez Osorio le recetó para contrarrestar la debilidad que le había ocasionado la pérdida de sangre.

A los tres días de escribir a Mariana le anunciaron la visita de una mujer.

—También muy guapa—dijo la criada con malicia.

—Es ella—exclamó Rafael lleno de alegría.

Pero esta vez también se equivocó el ingeniero. Era Purita.

La señorita de Bermón debió comprender que a Rafael le contrariaba verla; pero le tenía sin cuidado; era una fresca, y todo le importaba un bledo. Quería estar un rato de charla con aquel hombre que le gustaba, y ahora lo conseguía.

—Buenos días, Rafael; dirá usted que soy una entrometida y una loca, y hasta cierto punto tendrá razón; pero, francamente, tenía muchos deseos de hablarle, de verle después de su duelo, y como rarísimas veces salgo sola, no lo lograba. Hoy he dicho a mamá que iba a misa; ha dado la casualidad de que ella no ha podido acompañarme, y entonces he hecho una escapadita; primero, para decirle que he sentido mucho el percance, y después, para felicitarle por su rápida curación. Todo el mundo ha ido a dar la enhorabuena a Jorge y se ha olvidado del ingeniero; yo no quería ser como todos. Yo no podía olvidar a un amigo como usted, que aunque hace poco que nos conocemos, fué tan bueno, que disculpó mis travesuras de chiquilla. Pero, aparte eso, tengo buen fondo, Rafael, y, si me lo propongo, sé querer como las castizas.

Rafael oía todo aquello sin el menor inte-

rés. Estaba tan preocupado por su Mariana, que no se daba cuenta de lo que aquella mujer le decía. Él hubiera querido echarla de allí; pero eso era imposible. Se trataba de una señorita y no había más remedio que aguantar.

—¡Qué pesadas se ponen las tales mujeres!—repetía para su interior el ingeniero—. Primero, Fabiana; ahora, Purita. ¡Si llegará el papá y también tendré que batirme con él!

—Ya sé—continuaba Pura—que esa loca de Fabiana ha tenido la culpa del desafío. No debió usted haberse batido por esa...

—Pero, ¿qué? ¿No son ustedes amigas como antes?

—Sé que va hablando muy mal de mí; pero yo le pago en la misma moneda; por todas partes la voy poniendo como trapo sucio.

—Vamos, Purita; usted lo que tiene es celos de Fabiana. Sin duda cree que va a quitarle su novio.

—Yo no tengo novio.

Rafael seguía mostrando cansancio. Ella también seguía notándolo.

—Qué, ¿le molesto?—preguntó Purita.

—No, hija; me hace usted mucha gracia—contestó con ironía el ingeniero.

—Se dice por ahí—continuó Purita—que tiene usted una amante que es costurera, y que, por cierto, es muy fea. Dicen que es incomprensible que tenga usted tan mal gusto. Fea y ordinaria.

Rafael se levantó furioso de la silla. Purita había oído decir que Mariana era muy guapa; pero llamándola fea y ordinaria sabía que le molestaba más a Rafael, y por eso lo hizo.

—¿Quién es el canalla que dice eso? ¿Quién es el que asegura que Mariana, mi Mariana, no es tan pura como cuando su madre la trajo al mundo? Aun estoy débil; todavía mi cuerpo flaquea; pero, a pesar de eso, tengo vigor bastante para estrujar entre mis manos al infame que ofenda a mi Mariana, que es mi vida, mi alma, lo que más quiero, pese al mundo entero. Las demás mujeres son para mí seres despreciables.

El ingeniero estaba tan loco y tan nervioso que no supo lo que decía. No tuvo en cuenta que ofendía a Purita.

—Ya estoy cansado de sufrir; ya me es-

tán acorralando demasiado, y ya es hora de que rompa por la calle de en medio. ¿El mundo se empeña en que Mariana no sea mía? Pues yo a ese mundo miserable lo reto y puedo más que él.

En aquel instante se abrió la puerta y entró en la estancia una mujer. Era la hija de Ramona, que lo había oído todo.

—Ya no es necesario, Rafael, que retes á ese mundo—exclamó la costurera—. Mariana será tuya, como deseas.

Purita se quedó estupefacta.

—Vaya, aquí sobro yo. ¡Que les aproveche!—exclamó la señorita de Bermón—. ¡Que ustedes se diviertan!...

Y salió.

Rafael y Mariana no se ocuparon ni de contestarla. Se abrazaron y besaron con cariño.

—¡Al fin vienes a mis brazos!

—Jamás quise dejarlos. La suerte quería distanciarnos; ella nos ha vuelto a reunir.

—Ya para siempre, aunque pese a D. Sebastián de Colombí.

—Sí; ya seré tuya, y para que no puedan arrancarme de tu lado, no me separaré ni un instante de ti. Seré mala; pero todo lo haré por este cariño tan inmenso.

—Tienes razón, Mariana; ellos quisieron separarnos; no consintieron que nuestros corazones se unieran como Dios manda; ellos tendrán el remordimiento sobre su conciencia. Huyamos; iremos lejos; buscaremos otro cielo donde resplandezca la razón y la justicia; iremos donde nuestra dicha pueda olvidar a este que tanto se ensañó con nosotros.

—¡Y siempre contigo, Rafael de mi vida, alma de tu Mariana!

Y volvieron a abrazarse.

—¡Huyamos!

En aquel momento se abrió la puerta otra vez y aparecieron D. Sebastián de Colombí y su hermano el barón de Ronser. Rafael y Mariana quedaron sorprendidos.

—Aquí le tienes; aquí está el hijo infame—exclamó D. Sebastián—; ya se preparaba a escaparse con ella; el borrón hubiera sido completo. Este hijo es la deshonra de la familia.

—Pero, ¿a qué viene todo esto? Pues qué, ¿no me habías arrojado de tu casa?

—Sí; te eché para ver si te corregías; fué un castigo; pero veo que sigues en tu empeño de pisotear el limpio nombre que nos

legaron nuestros ilustres antepasados, y eso no lo consiento.

—Tiene razón mi hermano; eres un granuja—exclamó el barón.

—A él se lo tolero porque es mi padre; a ti, nunca—dijo Rafael.

—Tendrás que oirme, lo mismo que esta mujerzuela.

—¡Calla, miserable barón de Ronser; calla y no ofendas a esta mujer, que es tan digna como lo fué la que te tuvo en sus entrañas!

—¡Por Dios!—exclamó Mariana muy asustada—. Me voy, Rafael; yo seré la que huya.

—No; no te irás de mi lado.

—Sí.

—No; ven siempre conmigo.

Y fuertemente la retenía de un brazo.

—Déjala—exclamó el barón—; reacciona; vuelve en ti.

—Mal hijo, infame—repetía el padre—, canalla; yo... ¡te... maldigo!

Mariana dió un grito.

—¡Me voy!—volvió a repetir la hija de Ramona—. Adiós, Rafael; ¡nunca podríamos ser felices!

Y se dirigió hacia la puerta.

—¡Basta, basta ya!—gritó el ingeniero, cuya mirada parecía la de un loco.

Y rápido, de un salto, fué a la alcoba, abrió el cajón de la mesa de noche, sacó un revólver, se aplicó el cañón a la sien y sonó una detonación. A los dos segundos su cuerpo se desplomaba exánime.

—¡Horror! ¡Rafael de mi vida, Rafael mío, vive; vive para tu Mariana; Rafael, no me abandones!—decía ella.

Y con locura, con vértigo, le besaba, impregnándose de aquella sangre que se esparcía por el suelo.

—¡Rafael, Rafael, qué has hecho!—gritaban los hermanos acercándose y ya arrepentidos de su obra.

—¡Qué ha hecho!—dijo Mariana volviéndose hacia ellos.

Su faz estaba descompuesta; sus ojos, hundidos; la mirada, extraviada.

Volvióse otra vez a contemplar el cuerpo de su amado y volvió a besarlo con delirio.

—Rafael mío, tú me dijiste en una ocasión que si yo moría antes, irías en seguida conmigo; ahora te seguiré yo. ¡En la muerte lo mismo que en la vida!

Y quiso arrancarle el arma que la mano del cadáver oprimía fuertemente. Los hermanos lo impidieron. Y entonces ella, tan ligera como él había ido a buscar el revólver, fué al balcón, lo abrió y se arrojó al espacio.

En seguida se oyó el ruido seco que hizo el cuerpo al chocar contra las losas.

Aquel cariño entrañable había terminado.

FIN

Antonio Codorníu de la Matta.

Corazón y abolengo

(Novela.)

MADRID, 1918
Taller tip. de EL IMPARCIAL. - Duque de Alba, 4.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 063142696